

Homero

La Iliada



Compañía de Telecomunicaciones de Chile



HOMERO Y SUS POEMAS

"LA ILIADA" Y "LA ODISEA"

No se sabe gran cosa de Homero, y lo que se sabe más bien parece una leyenda. Esa leyenda dice que su madre, llamada Criteis, fue tomada por un desconocido en las orillas del río Melesígenes, supuestamente en algún punto de Grecia, y que, encinta del que sería su famoso hijo, la robaron unos piratas que la regalaron al rey de Esmirna quien, enamorado de ella, la hizo su esposa. La leyenda no dice una palabra sobre la vida de Homero, así como no aclara si fue ciego o no. Se supone que no.

Al lado de esta leyenda hay una teoría que dice que Homero es solo el símbolo de la poesía clásica y eterna, y que tal vez la obra no fue escrita por un solo hombre, sino creada y recitada por muchos hombres, los "homéridas", de la isla griega de Quío, que durante siglos la difundieron por las calles de las ciudades del Mediterráneo, principiando esta difusión alrededor del siglo VIII antes de Cristo. Al comenzar el VII se hallan, en cráteras y jarrones, representaciones de escenas de estos poemas, y en el siglo VI, cercana ya la era cristiana, empiezan las primeras representaciones oficiales de sus obras.

Los dos poemas tienen como punto de partida la guerra promovida por haberse robado el troyano Paris a la hermosa y divina Helena (símbolo de la belleza y la feminidad), mujer de Menelao de Esparta, quien, ayudado por su hermano Agamenón y otros reyes y príncipes trata de recuperarla, asaltando y tomando Troya. Los personajes son,

en general, símbolos de alguna fuerza, gracia o don: Penélope, de la virtud y belleza del hogar; Héctor, del héroe defensor de su patria; Aquiles, de la rapidez; Ulises, del ingenio; Patrocio, de la amistad; Paris, del mujeriego, etc. Lo mismo ocurre con los dioses, tan inquietos, tan cambiantes y veleidosos, tan fieles o tan sembradores de odio o amor como los mortales.

Todos estos personajes, tanto como los hechos que se les suponen, eran ya legendarios cuando Homero nació, si es que nació en alguna parte.

Para una mejor comprensión geográfica, ya que no histórica, pues no hay aquí historia propiamente dicha hay que decir que Troya llamada también Ilión, estuvo situada al sur del mar Negro, en las tierras en que hoy se encuentran Turquía, Irán, Siria, Líbano, Arabia Saudita, etc., y es una ciudad desaparecida hace ya mucho tiempo (aunque, según se dice, encontrada hace poco por un arqueólogo). Los aqueos son los griegos, y las demás nacionalidades mencionadas en los poemas vienen de islas y lugares de esa región.

“La Iliada” y “La Odisea”, poema este último que cuenta cómo Ulises pudo volver a su hogar y cómo su hijo Telémaco salió a buscarlo, con las aventuras que ambos tuvieron, forman, juntos, el canto épico primero y más grande y famoso del mundo. El primero es una tragedia; el segundo aparece como una novela.

Agregaremos una breve descripción de nombres de cosas, hechos y personajes:

Afrodita (Venus en Grecia), diosa del amor, hija de Zeus y Dione. Se dice que nació de la espuma del mar.

Agamenón, hijo de Atreo, rey de Micenas y de Argos, jefe de los ejércitos que sitian a Troya.

Andrómaca, mujer de Héctor y esclava de Pirro, hijo de Aquiles, después de la toma de Troya; es un símbolo del amor conyugal.

Anquises, padre de Eneas, troyano.

Antenor, príncipe de Troya que fundó después la ciudad de Padua, en Italia.

Apolo, dios de la poesía, de los oráculos, de las artes, llamado también Febo, por serlo asimismo del día y del sol. Hijo de Júpiter y Latona, hermano de Diana. Poseía en Delfos un santuario famoso, tanto como su oráculo.

Aqueos, originarios de Tesalia y, después de apoderarse del Peloponeso, establecidos, luego de ser echados de allí, en la costa de Acaya.

Aquiles, hijo de Tetis y de Peleo, rey de los mirmidones; al par de Ulises, el más famoso de los héroes de "La Iliada", símbolo del valor y de la rapidez.

Ares (Marte en la mitología romana), dios de la guerra, hijo de Zeus y Hera, símbolo de la fuerza bruta y del furor guerrero.

Argivos, como los aqueos, griegos.

Argos, ciudad del Peloponeso, al sur de Grecia.

Artemisa (la Diana de los romanos), hija de Zeus y Latona, hermana de, Apolo, símbolo de la castidad.

Asclepios, hijo de Apolo y de Cronis, famoso como médico.

Atenea (Palas), nacida de la cabeza de Zeus, al ser esta abierta por un hachazo de Hefestos. Diosa de la cordura y también de la guerra, de las artes e industrias femeninas.

Atreo, rey de Micenas, famoso por su odio contra Tiestes, su hermano.

Atridas, descendientes de Atreo.

Ajax, hay dos: uno hijo de Telamón y otro de Oileo.

Belerofonte, guerrero mitológico, mató a la Quimera montado en su caballo Pegaso.

Beocios, de una región de la Grecia antigua, famosos por su torpeza.

Briseida, sacerdotisa de Lirneso, entregada a Aquiles cuando tomaron esta ciudad.

Cassandra, hija de Príamo y Hécuba, entregada como esclava a Agamenón después de tomada Troya.

Clitemnestra, mujer de Agamenón. Mató a su marido, y ella fue asesinada por su hijo Orestes.

Criseida, hija de Crises, sacerdote de Apolo.

Cronos (el Saturno de los romanos), hijo de Urano y padre de Júpiter, Neptuno, Plutón y Juno.

Deífobo, hijo de Príamo y de Hécuba, esposo de Helena al morir Paris.

Deméter, personificación de la Tierra, la Ceres de los romanos.

Diómedes, rey de los argos.

Discordia, símbolo de la maldad, hija de la Noche y hermana de Marte. Arrojó una manzana (la de la discordia) en las bodas de Tetis y Peleo.

Egida, nombre del escudo de los dioses.

Eneas, príncipe de Troya, semidivino, pues era hijo de Venus y Anquises. Personaje de "La Eneida", de Virgilio.

Epeo, constructor del caballo de madera con que los sitiadores de Troya entraron a esta ciudad.

Erinias, diosas de la venganza, hijas de la Tierra.

Escamandro, río de la antigua Troada, región cuya capital era Troya.

Estigia, río de los infiernos que volvía invulnerables a los que eran sumergidos ahí (Aquiles).

Fénix, hijo de Amyntor; refugiado en la corte del padre de Aquiles, se encargó de su educación y lo acompañó a Troya.

Hades (el Plutón romano), rey de los infiernos, dios de los muertos.

Héctor, hijo de Príamo y esposo de Andrómaca.

Hefestos (Vulcano), dios griego del fuego y del metal.

Hélade, nombre antiguo de Grecia

Helena, princesa griega, esposa de Menelao, robada por Paris y recuperada por Menelao después de la caída de Troya.

Helesponto, nombre primitivo del estrecho de los Dardanelos, entre Turquía y Europa.

Hera, esposa de Júpiter.

Hermes (Mercurio), hijo de Júpiter, mensajero de los inmortales y dios de la elocuencia, del comercio y de los ladrones.

Idomeneo, rey de Creta.

Ilos, fundador de Ilión, después Troya, y rey de ella.

Iris, mensajera divina, convertida por Zeus en el arco iris. Bajaba a la tierra solo por medio de tal fenómeno. Hermes lo hacía de noche.

Itaca, una de las islas jónicas; allí reinaba Ulises al partir para Troya.

Laertes, padre de Ulises y rey de Itaca.

Lemnos, en otro tiempo isla turca, hoy griega.

Lesbos, isla griega, llamada hoy Mitilene.

Licaón, rey de Arcadia, que fue cambiado en lobo por Júpiter por haberle ofrecido, en una comida, los miembros de un niño a quien había degollado.

Lidios, de Lidia, Asia Menor.

Menelao, rey de Esparta y hermano de Agamenón.

Micenas, según la mitología, tierra donde reinó Agamenón.

Mirmidones, de la isla griega de Egina. Aquiles fue su rey.

Néstor, rey de Pilos, ciudad de la antigua Grecia.

Oileo, héroe griego, padre de uno de los Ajax.

Olimpo, cordillera de los límites de Macedonia. Se la tenía por la cima más alta del mundo, y residencia de los dioses.

Paris, hijo segundo de Príamo y Hécuba, llamado también Alejandro. Robó a Helena y mató a Aquiles, ayudado por Apolo.

Patroclo, hijo de Menetios, amigo de Aquiles, muerto por Héctor.

Peán, himno en honor de Apolo.

Pédaso, caballo de Aquiles, velocísimo.

Peleo, padre de Aquiles y rey de Yolcos.

Pilos, nombre de varias ciudades de la antigua Grecia; en una de ellas reinó Néstor.

Polidamante, atleta, famoso por su fuerza.

Poseidón (Neptuno), dios del mar.

Príamo, degollado por Pirro, hijo de Aquiles, después de la toma de Troya.

Talento, moneda antigua, equivalente a unos mil quinientos dólares de hoy.

Temis, diosa de la justicia.

Ténedos, isla del archipiélago, cerca de la costa del Asia Menor.

Ulises, rey de Itaca, uno de los principales caudillos de la guerra de Troya.

Zeus, padre de los dioses. Venció a los titanes y a su padre, Saturno, y dio el mar a Poseidón, a Hades el infierno, y se quedó con el cielo y la tierra.

Canto primero

LA PESTE Y LA IRA DE AQUILES.

Canta, Musa, la cólera de Aquiles, hijo de Peleo, cuya venganza tantos males causó a los aqueos y lanzó a los infiernos a muchas almas de héroes, cuyos cuerpos fueron pasto de los canes y de las aves, cumpliendo así la voluntad de Zeus, motivada por la disputa entre el Atrida, rey de guerreros, y el divino Aquiles.

¿Qué dios los llevó a tal lucha? El hijo de Latona y Zeus. Irritado contra el rey, envió al ejército una peste que produjo gran mortandad entre los soldados. El Atrida había ofendido al sacerdote Crises al llegar este hasta las naves aqueas para libertar a su hija, llevando un gran rescate y el cetro de Apolo lleno de insignias sagradas. Allí conjuró a los aqueos y en especial a los dos Atridas, caudillos de pueblos:

—Atridas y aqueos de hermosas armaduras: permitan los dioses del Olimpo que destruyáis la ciudad de Príamo y regreséis felices a vuestros hogares; pero devolvedme a mi hija y aceptad mi rescate si tenéis acatamiento para el dios Apolo.

Los aqueos se manifestaron favorables a que se le aceptara el rescate; pero el Atrida Agamenón despidió a Crises de mala manera:

—Cuídate de que yo no te vea hoy ni nunca cerca de las naves. No fíes en el cetro y en las insignias del dios. No te devolveré a tu hija, que llegará a la vejez en nuestra casa de Argos, ocupada en el telar y compartiendo mi lecho. Vete y no me enojes si estimas en algo tu vida.

El anciano obedeció al Atrida, alejándose por la orilla del mar. Rendido de dolor, elevó sus quejas hasta Apolo:

—Dios protector de Crisa, oye mi súplica: ¡que los dánaos paguen sus crímenes! ¡Castígalos con tus flechas!

Al oírlo, Apolo descendió del Olimpo llevando el arco y el carcaj

bien cerrado. ¡Parecía la imagen de la noche! Se detuvo cerca de las naves y lanzó un dardo que produjo una vibración terrible, matando mulos y perros. Después hizo blanco en los hombres.

Durante días los dardos divinos castigaron al ejército. Al décimo, Aquiles convocó una asamblea; se levantó por encima de los suyos y habló:

—¡Atrida! Vamos a ser rechazados y deberemos volver a nuestra patria, si es que nos salvamos de la muerte; la guerra y la peste se unen para rendirnos. Consultemos a un adivino y sepamos el motivo del enojo de Apolo: si es por no haber cumplido algún voto o por no haberle ofrecido sacrificios.

Vino Calcas, el de más fama, el que sabía del pasado, del presente y del futuro:

—¡Aquiles, ya que me invitas a explicar la cólera de Apolo, jura defenderme, pues preveo la furia de un hombre a quien todos los aqueos respetan.

—Habla con toda confianza; nadie irá contra ti mientras yo viva.

—Apolo solo protege al sacerdote ultrajado por Agamenón y mantendrá la peste mientras no se le entregue a su hija sin pagar rescate y no se lleve a la ciudad de Crisa un sacrificio. Entonces se aplacará y nos será favorable.

Alzóse Agamenón, lleno el pecho de furor:

—¡Adivino funesto!, nunca has anunciado nada agradable y declaras ahora que el dios nos manda esta plaga porque deseo conservar a la joven Criseida. Es cierto, la prefiero a Clitemnestra, mi esposa, pues no le es inferior en belleza ni en destreza. Accedo a devolverla, pues quiero la salvación del pueblo. Si ha de hacerse, dadme alguna compensación, que no sea yo el único sin recompensa.

Aquiles le replicó:

—Glorioso Atrida, ¿qué compensación te ofreceremos los aqueos? No queda botín alguno; se ha hecho ya la distribución de lo ganado

en los saqueos. Te compensaremos si Zeus nos permite destruir a Troya, la ciudad de las hermosas murallas.

Agamenón le contestó:

—Aquiles, no te engañes; no lograrás persuadirme. Para que devuelva esa cautiva es necesario que me compensen con una oferta de valor. Pero dejemos esto ahora y echemos al mar una nave con sus remeros; preparemos en ella un sacrificio y hagamos subir también a Criseida, poniendo al frente de la expedición a uno de nuestros jefes, Ajax, Edomeneo, Ulises, o a ti, Aquiles, para que aplaques al dios haciendo los ritos necesarios.

Con mirada recelosa respondió Aquiles:

—¡Mortal insolente! Ningún aqueo te obedecerá. Por mi parte, no he venido a pelear con los que nada me han hecho. Mi brazo lleva el peso mayor en las batallas y cuando se reparte el botín tú recibes la parte mayor y yo la más pequeña. Lo mejor es que me vaya y regrese a mis bajeles.

—¡Huye, si eso es lo que quieres! —exclamó Agamenón—. No seré yo quien te detenga; ya que me quitan a Criseida, sea; pero no sin que me lleve a Briseida, el premio de tu valor.

Aquiles, afligido, no sabía si desnudar la espada y matar al Atrida o dominar la cólera. En tal incertidumbre bajó del cielo Atenea, inquieta por ambos guerreros, y tiró suavemente de los cabellos de Aquiles para mostrarse solamente a él; Aquiles la reconoció al punto:

—¿Por qué has venido, hija de Zeus? ¿Para ver los excesos de Agamenón?

—Vengo del cielo —respondió Atenea— para calmarte, si quieres escucharme. Guarda la espada, pues algún día recibirás, en compensación, tres veces más bienes que los que ahora puedas perder.

—Diosa —repuso Aquiles—, he de respetar vuestras decisiones, ya que quien obedece a los dioses también es escuchado por ellos.

Enfundó la espada, mientras la diosa volaba hacia el Olimpo a reunirse con las otras divinidades.

Pero no podía el hijo de Peleo dominar la cólera y la desahogó en insultos:

—¡Borracho, ojos de perro, jamás te has atrevido a combatir con los bravos aqueos, pues creerías morir! Será más provechoso para ti quedarte con las ganancias de los que se te oponen. Pero llegará un día en que los tuyos lamenten tu ausencia y tú no podrás socorrerlos, por afligido que estés.

Dicho esto, arrojó al suelo el cetro y se sentó. En ese momento se levantó Néstor, el de las suaves palabras, y dijo:

—¡Ay, qué gran dolor! Ciertamente no dejarían de alegrarse Príamo y los otros troyanos si supieran lo que ocurre. Oídme los dos. Años atrás me relacioné con hombres que nunca me desdeñaron. Luchaban con los más fuertes adversarios, con las bestias de las montañas, y aquellos hombres atendían mis consejos; así debéis hacer vosotros ahora. Agamenón, no te apoderes de esa mujer; es la recompensa que los hijos de los aqueos dieron a Aquiles. Y tú, hijo de Peleo, no pretendas enfrentarte al rey; él es más poderoso, pues manda en numerosas gentes.

—Anciano—replicó Agamenón—, está bien lo que dices; pero ese hombre quiere dominar a todos. Porque los dioses le hayan hecho valiente, ¿tiene derecho a ofender?

Aquiles respondió:

—Me llamarían miserable si dijera sí a cuanto se te ocurre. Manda a otros, ya que yo no pienso hacerte caso, y escucha lo que te digo: no lucharé contra ti por esa mujer que me quitan después de habérmela dado. Pero no toques las demás cosas que hay cerca de mi navío; si lo intentas, tu sangre correrá hasta el mango de mi lanza.

Después de esas agresivas palabras suspendieron la asamblea. El hijo de Peleo se dirigió hacia las naves con sus compañeros. El Atrida hizo echar al agua un navío con veinte remeros y una ofrenda para los dioses. Después hizo subir a Criseida. De jefe de la expedición iba Ulises.

No olvidaba Agamenón la amenaza dirigida a Aquiles y dio las órdenes a sus heraldos:

—Id a la tienda del hijo de Peleo, tomad de la mano a Briseida y traedmela. Si Aquiles se niega a entregarla, iré yo y lo pasará peor.

Cuando los heraldos llegaron a las naves de los mirmidones, vieron a Aquiles sentado cerca. Dominados por el temor, detuvieron los pasos sin decir nada. Al advertirlos, Aquiles habló:

—¡Salud, heraldos! Acercaos; no tenéis culpa alguna, es Agamenón quien os envía por Briseida. Haz que salga, Patroclo, y entrégala. Sean ellos testigos ante los dioses, ante los mortales y ante el rey insaciable, si un día me necesita para alejar la plaga.

Patroclo obedeció la orden, buscó a Briseida y la entregó. Mientras ella los seguía, Aquiles, llorando, se apartó y fue a sentarse en las dunas, mirando las olas. Las manos elevadas, invocó a su madre, que salió del mar, se sentó a su lado, lo acarició y dijo:

—¿Por qué lloras, hijo mío? Dímelo todo.

Quejándose, Aquiles respondió:

—¿Por qué contártelo? Hace un momento los heraldos se llevaron a Briseida, que me habían regalado los aqueos. Espero que me ayudes. Háblale a Zeus para que consienta a los troyanos perseguir al enemigo hasta los navíos, de modo que se alegren y el Atrida Agamenón reconozca su ceguera.

Al oírle, Tetis le repuso:

—¿Para qué te habré traído al mundo y criado? Eres el hombre más digno de lástima y la muerte te acecha; pero subiré al Olimpo y trataré de que Zeus me escuche.

Entre tanto Ulises llegó a la ciudad de Crisa, conduciendo el sacrificio sagrado. Luego de anclar la nave, desembarcó Criseida, que Ulises llevó al altar y entregó a su padre, el sacerdote Crises. Se dispuso la hecatombe alrededor del altar, se lavaron las manos y Criseida oró en voz alta:

—Óyeme, arquero del arco de plata: puesto que has escuchado

mi ruego y castigado a los aqueos, atiende mi súplica y aleja de los dánaos la horrible plaga.

Tal fue la plegaria.

Luego hicieron el sacrificio de las víctimas, que degollaron y despellejaron. El anciano quemó una parte en el fuego y derramó abundante vino. Terminado el sacrificio, se dispuso el banquete, al que todos hicieron buen honor. Satisfecha el hambre, varios jóvenes distribuyeron la bebida, haciendo una libación. El resto del día pasaron entregados a cantos y danzas. A la mañana siguiente dispusieron la nave y regresaron al campo aqueo.

Aquiles, hijo de Peleo, seguía entregado a su cólera, tumbado cerca de los navíos, ausente de las asambleas y sin participar en los combates.

Tetis, que no olvidaba las súplicas del hijo, subió hasta el Olimpo y se dirigió a Zeus, hijo de Cronos:

—¡Oh padre Zeus! Si alguna vez te he sido grata, atiende este ruego. Agamenón ha deshonrado a mi hijo, apoderándose de la recompensa que había alcanzado. Favorécele con tu gracia y apoya a los troyanos hasta que los aqueos le honren como deben.

Zeus no contestó; permaneció sentado y silencioso, a pesar de que Tetis reiteró lo dicho. Al fin el dios, dando un gran suspiro, habló:

—¡Mal asunto! Vas a hacerme pelear con Hera. Ella me molesta con sus reproches, asegurando que favorezco a los troyanos en la lucha. Aléjate de aquí para que no te vea y haré lo que pueda.

Terminó la entrevista. Tetis lanzóse al mar desde la cima del Olimpo y Zeus volvió a su morada.

No ignoraba Hera que Zeus había escuchado a Tetis, la de pies de plata, y la diosa no tardó en dirigir al hijo de Cronos palabras mortificadoras:

—Dime, engañoso: ¿cuál de los dioses ha hablado contigo hoy?

Zeus contestó:

—No esperes conocer todos mis planes, aunque seas mi esposa. No me preguntes por aquello que yo haya decidido callar.

Hera, la de los ojos de ternera, replicó:

—¿Qué dices, hijo de Cronos? Pocas veces te he preguntado algo; hoy temo que haya podido embaucarte Tetis y hasta llego a creer que le has prometido ayudar a Aquiles.

Respondió Zeus:

—¡Endiablada esposa! Siempre estás “creyendo” algo y no puedo ocultarte nada. Lo único que conseguirás es alejarte de mi corazón. Siéntate en silencio y obedece.

Así lo hizo Hera. Los dioses murmuraron y Hefestos tomó la palabra para calmar a su madre:

—Triste será si reñís y gritáis en medio de los inmortales. Aconsejo a mi madre busque el modo de ser grata a Zeus, mi padre; que no renueve su enojo y turbe nuestra alegría.

Así diciendo, avanzó con una ánfora de dos asas e insistió en sus palabras conciliatorias. La diosa tomó la copa y su hijo fue ofreciendo la ambrosía a todos los dioses. El banquete continuó hasta la puesta del sol.

SUEÑO DE AGAMENÓN

Dioses y hombres descansan durante la noche y solamente Zeus vela. Piensa en cómo satisfacer a Aquiles y destruir a los aqueos. Decide enviar a Agamenón la visita del Sueño pernicioso y el mensajero divino va y halla al Atrida en su tienda. Le dice:

—¿Duermes, hijo de Atreo, domador de caballos? Zeus te manda decir que armes a los aqueos melenudo; se acerca la hora en que se podría tomar la ciudad de los troyanos.

Cumplido el encargo, el mensajero deja al Atrida imaginando que va a tomar la ciudad de Príamo ese mismo día, ignorando el crédulo los sufrimientos y llantos que Zeus reserva a troyanos y dánaos.

Ya se acerca la hora del amanecer cuando el rey ordena a los heraldos convocar a los aqueos. Reunidos, se celebra junto al navío de Néstor el consejo y Agamenón les entera del mensaje y comunica el deseo de probar a los aqueos.

Néstor se levanta:

—Amigos, caudillos y consejeros: si otro nos hubiera informado de este sueño, lo habríamos tratado de mentiroso, pero quien lo ha tenido es el más noble de los aqueos. Propongo que tratemos de poner en armas a nuestros hombres.

Convocadas por los heraldos, afluyen las tropas. Nueve de esos heraldos tratan a gritos de imponer orden y silencio para que pueda oírse a los reyes. Callados todos, el poderoso Agamenón, apoyándose en el cetro hecho por Hefestos, dirige a los argivos estas palabras:

—Queridos héroes dánaos: sabed que Zeus había prometido que destruiríamos a Troya, y ahora, con engaños, me invita a volver deshonorado a Argos, luego de perder muchos soldados. A los enemigos les han llegado auxilios armados con lanzas que impiden destruyamos

la plaza. Han pasado nueve años y vemos que no avanza la empresa que nos ha traído aquí. Voy a daros un consejo que espero seguiréis y es que huyamos hacia la patria, pues hemos de renunciar a Troya.

Al escuchar estas palabras, la asamblea se agita como las olas cuando las empujan los vientos. Se precipitan las gentes y levantan nubes de polvo. Se animan unos y otros a tomar las naves y echarlas al mar; limpian los deslizadores; quitan los puntales que detienen las embarcaciones, y en esa hora interviene Hera, dirigiéndose a Atenea:

—¿Será posible que huyan los argivos? ¿Y dejarán a Príamo y a los troyanos a Helena de Argos, por quien murieron tantos aqueos lejos del suelo paterno? Vuela, ¡oh diosa!, hacia las tropas y procura detenerlas.

Atenea, la de los ojos de lechuza, se lanza desde las cimas del Olimpo hasta llegar a los navíos aqueos, donde encuentra a Ulises, igual a Zeus en la prudencia. El dolor embarga su corazón y su alma. De pie, cerca de él, la mensajera dice:

—Descendiente de Zeus, ¿piensas huir así? Te pido vayas a las fuerzas aqueas y detengas a los hombres e impidas que lancen las naves al mar.

Ulises reconoce la voz de la diosa y busca al Atrida Agamenón para recibir el cetro de los antepasados; con este signo de autoridad en la mano recorre las naves aqueas y habla a las gentes para que no se vayan, con el resultado de que dejan los navíos y las tiendas y marchan tumultuosamente hacia la plaza de las reuniones.

Ya allí, se sientan. Solo Tersites sigue chillando. Bizco y cojo, el pecho hundido entre los hombros, la cabeza puntiaguda y el pelo ralo, es detestado por Ulises y Aquiles, a los que atacaba sin cesar. Ahora su voz injuria a Agamenón, contra quien los aqueos se manifiestan irritados. De pronto Ulises va hacia él, lo mira de arriba abajo y lo injuria así:

—¡Charlatán, domina esa lengua, pues eres el peor de los mortales que han venido a Troya! Ignoramos lo que ocurrirá para bien o para

mal. Si continúas despotricando, no te extrañe que te quite las ropas y te eche a palos, llorando, de la asamblea.—Al decir esto le da con el cetro unos golpes que le hacen doblarse de dolor, en tanto su piel se llena de una hinchazón sanguinolenta. La escena mueve a grandes risas y a comentarios favorables a lo hecho para acallar al injuriador.

Ulises desea hablar y Atenea invita al silencio. Luego de lamentarse el guerrero por la cobardía de los aqueos, añade:

—Amigos míos, recobrad el ánimo y quedaos para que sepamos si las profecías son o no acertadas. Ayer o anteayer, reunidos cerca de una fuente, junto a los altares, ofrecíamos un sacrificio a los inmortales y ocurrió un gran prodigio. De debajo del altar salió una serpiente que reptó por el plátano, en cuya rama más alta había ocho pajarillos acurrucados entre las hojas. Sin tomar en cuenta su piar, la serpiente devoró las crías, en tanto la madre revoloteaba llorando. Enroscada al árbol, la serpiente la alcanzó por una de las alas y la devoró también. Luego el hijo de Cronos, que había traído el reptil, hizo el milagro de convertirlo en piedra, mientras quedábamos admirados de lo que veíamos. Calcas reveló el designio divino: “Así como la serpiente devoró a las crías y a la madre, nueve en total, así nosotros hemos de combatir el mismo tiempo para tomar, en el año décimo, la ciudad de las calles anchas”. Esto dijo Calcas y esto es lo que va a cumplirse. Quedaos, pues, los aqueos, hasta que conquistemos la ciudad de Príamo.

Fuertes clamores aprueban las palabras de Ulises a quien sigue Néstor:

—¿Qué se han hecho los convenios y promesas? Ahora, como antes, sé fiel a tu designio, Atrida; guía a los argivos en las batallas y deja que mueran contrariados aquellos que quieren volverse antes de saber la verdad o la mentira de la promesa de Zeus. Y tú, príncipe, distribuye a los guerreros por tribus y fratrías, que la fratría ayude a la fratría y la tribu a la tribu. Si lo haces y te obedecen, sabrás quiénes se conducen brava o cobardemente y si es la voluntad de los dioses o el miedo de los hombres lo que impide tomar la ciudad.

—Anciano—dice Agamenón—, a todos sigues aventajando. ¡Ah, si yo tuviera diez consejeros como tú! Aquiles y yo hemos disputado por una mujer; pero si nos entiendiéramos quedaría resuelto el asunto troyano a nuestro favor. Ahora id a comer y luego a pelear. Afile cada uno su lanza, prepare el escudo, examine el carro y disponga el ánimo para la batalla.

Los argivos alzan un clamor y se dispersan y corren hacia las naves. Sube el humo de las tiendas de campaña, donde los soldados hacen su comida. Agamenón inmola un toro de cinco años e invita a Néstor, al rey Idomeneo, a los dos Ajax y a Ulises. Menelao llega, atento a las preocupaciones de su hermano.

Una vez que Agamenón impetra a Zeus, satisfechas el hambre y la sed, toma Néstor la palabra y dice a los heraldos que hagan los pregones y reúnan las tropas. Se lanzan los caudillos, acompañados de Atenea, animando a la lucha. Y así como las bandadas de gansos, grullas o cisnes vuelan y se posan entre chillidos, así se dispersan en la llanura las numerosas tribus. Y tal como los pastores reúnen los rebaños, los jefes disponen y ordenan sus hombres para llevarlos al combate. La figura de Agamenón sobresale como un toro en un rebaño de bueyes y vacas.

No sería posible contar la masa de soldados reunidos. Allí están los beocios, los focenses, los locrianos, los abantes, los que vienen de Atenas, los guerreros de Argos, los hijos de Micenas y de Corinto, mandados estos por su hermano Menelao; los pueblos que vienen de la Elide; los cefalenios, los rodios y otros muchos. De todos los guerreros Ajax es el mejor, en tanto falte Aquiles, irritado siempre contra Agamenón.

La ágil Iris, de pies como el viento, se dirige hacia los troyanos para darles una mala noticia. Apropiándose la voz de Polites, hijo de Príamo, habla:

—Anciano, sigues aficionado a los discursos, pero ya está aquí la guerra. Jamás he visto tantas tropas como las que atraviesan la llanura

para atacar tu plaza. A ti me dirijo, Héctor, a fin de que hagas lo que debes. Hay en la ciudad aliados que hablan otras lenguas, por ser de razas diversas. Es importante que cada jefe lleve al combate, organizados, a sus conciudadanos.

Héctor reconoce la voz y levanta la asamblea. Corren los soldados a las armas, abren las puertas de la ciudad y se lanzan fuera con enorme alboroto.

Además de Héctor, destacan entre los caudillos Eneas, hijo de Afrodita y del mortal Anquises, y Anfímaco, hijo de Nomió, extravagante que va a las batallas cargado de joyas como una mujer.

Canto tercero

JURAMENTOS. LO QUE SE VE DESDE LAS MURALLAS. EL DUELO DE PARIS Y MENELAO.

Los combatientes ya en orden de batalla, avanzan los troyanos con algarabía, en tanto los aqueos marchan en silencio.

Cuando los dos ejércitos están frente a frente, se ve que Paris manda a los troyanos; luce una piel de leopardo en los hombros y porta el curvo arco y una espada. Blandiendo su lanza, desafía a los mejores argivos a un duelo a muerte.

Menelao, viéndole adelantarse, goza con ello como goza un león cuando halla un ciervo o un macho cabrío que va a devorar. El guerrero celebra la ocasión de castigar al ofensor, y salta del carro.

Al verlo Paris, retrocede para evitar el choque, tal como se echa atrás y se aparta quien ve una serpiente en el camino.

Contrariado Héctor, le reprocha su cobardía; Paris lo calma:

—Si quieres verme combatir, que se sienten los troyanos y los aqueos. Menelao y yo peharemos por Helena y el que venza se la llevará con sus tesoros.

Héctor se yergue ante los enemigos y comunica la proposición de Paris; Menelao toma la palabra:

—Ya que todos han padecido infortunios, es justo que pague quien deba morir. Cuando esto ocurra, sepárense lo antes posible. Ahora ofreceremos sacrificios a la Tierra y al Sol. Dedicaremos otra víctima a Zeus y Príamo vendrá a dirigir el servicio ritual para que nadie se atreva a violar después los juramentos. Aqueos y troyanos gozan con la esperanza de que termine la guerra. La diosa Iris vuela hacia Helena y la encuentra en su palacio tejiendo un gran paño para un manto con bordados que representan el combate de los troyanos y los aqueos protegidos con bronce, que luchan por ella. Iris dice a Helena:

—Ven acá y advierte la actitud de troyanos y aqueos. Antes se mostraban apasionados por la guerra; ahora se sientan en silencio, plantadas en el suelo las largas lanzas. Paris y Menelao van a luchar por ti y serás la esposa del vencedor.

Al hablar así, pone en el corazón de Helena la nostalgia del primer marido, de su ciudad y de los padres. Helena se pone un velo y sale de la sala derramando tiernas lágrimas. Cuando llega ante Príamo, él la llama:

—Acércate y siéntate para que veas a tu primer marido, a los parientes y amigos. No eres responsable de nada; son los dioses los que han promovido esta contienda. Dime quién es aquel guerrero; jamás he visto otro que tenga ese aire de rey.

Helena responde:

—Sabes, querido suegro, que te reverencio y temo. Ojalá hubiera aceptado la muerte cuando seguí a tu hijo y abandoné mi hogar, mi familia, a mi hija y las amigos de la juventud. Voy a satisfacer tu pregunta. Ese guerrero es Agamenón, buen rey y hombre decidido con la lanza.

Al oír esto, el anciano declara su admiración por el Atrida y señala a otro guerrero; contesta Helena:

—Es el hijo de Laertes, Ulises, criado en Itaca. Se distingue por sus ardides y sus ideas ingeniosas.

Príamo quiere saber de otro combatiente:

—Es Ajax, sostén de los aqueos. Al lado está Idomeneo, rodeado de los jefes, en medio de los cretenses.

Príamo marcha en su carro al campo de los troyanos y los aqueos; lo reciben Agamenón y Ulises. Celebran el sacrificio y hacen las libaciones, luego de invocar a Zeus para que castigue al perjuro al terminar el duelo Príamo dice:

—Escuchadme, troyanos y aqueos: regreso a Troya, pues no tengo ánimo para asistir al combate de mi hijo y Menelao. Zeus y los otros dioses saben quién habrá de morir; el destino lo ha señalado.

Coloca los sacrificados corderos en su carro y vuelve a Troya.

Héctor y Ulises miden el terreno y echan suerte para saber quién ha de ser el primero en tirar la lanza. Las tropas de los dos campos hacen sus oraciones, las manos hacia los dioses.

La suerte favorece a Paris, marido de Helena. El guerrero arregla sus armas, las canilleras en las piernas, sujetas con broches de plata; toma la espada de bronce y se cubre con un casco bien trabajado con un penacho de cola de caballo. Menelao también se pone su armadura.

Avanzan y se dirigen torvas miradas, haciendo gestos furiosos mientras blanden las lanzas. Paris arroja la suya, que da en el escudo del Atrida sin atravesar el bronce; la punta se embota contra la defensa.

En seguida Menelao levanta el arma y habla al padre de los dioses:

—¡Oh Zeus! Haz castigo a mi ofensor para que los hombres de mañana no se porten mal con quien los recibe en su hogar.

Lanza el arma y da al hijo de Príamo en el escudo, lo atraviesa y le rasga la túnica; pero el troyano esquivo la fuerza del golpe. El Atrida alza su espada y la descarga en el casco de Paris, y la espada cae de su mano, rota en pedazos.

Ante ese resultado, el Atrida arremete contra Paris, lo toma por el casco y lo arrastra hacia su lado: la correa, apretándole el cuello, está a punto de asfixiarlo. Y Menelao habría alcanzado el triunfo si Afrodita no acudiera a romper la correa. Todavía acomete contra Paris, decidido a matarlo; pero Afrodita emplea su poder de diosa; rodea al protegido con una bruma y lo hace desaparecer, elevándole a su cámara.

Busca después a Helena, a la que encuentra en lo alto de la muralla. Fingiendo la figura de una anciana tejedora, llama su atención tirándole del vestido:

—Ven. Paris desea que vuelvas al hogar; te espera en el lecho, resplandeciente belleza. Nadie diría que acaba de batirse con un guerrero.

Helena dice a la mensajera:

—¡Oh diosa! ¿Por qué quieres seducirme? ¿Pretendes llevarme a

una ciudad lejana, donde acaso tienes algún amigo? ¿Es que Menelao, luego de vencer a Paris, quiere llevarse con él a la maldita mujer que soy? No, no iré a compartir su lecho.

Disgustada Afrodita, arguye:

—¡Guárdate de irritarme! Puedo abandonarte y odiarte tanto como te he estimado o fomentar más discordias entre los troyanos y los aqueos para que llegues tú a ser una de las víctimas.

Afrodita y Helena se dirigen a la habitación nupcial. Afrodita, sonriente, le ofrece un asiento y Helena se dirige a su amante:

—Regresas de un combate en el que debías haber muerto a manos del hombre que fue mi marido. ¡Desafíalo de nuevo! Pero será mejor que no te enfrentes a Menelao, para no ser abatido por su lanza.

—Mujer—contesta Paris—, no me injuries. Es cierto que Menelao me ha vencido, pero puedo ganarle mañana. Mas dejemos esto; nunca te he amado y deseado tanto.

Menelao todavía corre como una fiera, buscando a su rival, pero nadie acierta a descubrirlo. Agamenón dice entonces:

—Oídmeme, troyanos, dárđanos y aliados. La victoria corresponde a Menelao. Entregadnos a Helena y sus riquezas, y pagadnos una indemnización.

Todos asienten a estas palabras del Atrida.

Canto cuarto

SE VIOLAN LOS JURAMENTOS. INSPECCIÓN DE LOS EJÉRCITOS.

Cerca de Zeus, los dioses se hallan reunidos. Hebe sirve el dulce néctar. Brindan con las copas de oro mientras miran hacia Troya; pero el hijo de Cronos desea molestar a Hera y le dirige frases llenas de intención:

—Dos diosas protegen a Menelao, Hera y Atenea; pero, sentadas en un lugar cómodo, lo ven desde lejos, en tanto Afrodita ayuda al adversario y lo defiende de las contrarias. Hoy mismo ha salvado a Paris, aunque la victoria corresponde a Menelao. Ha llegado el momento de ocuparse de ese asunto. ¿Debemos reavivar la discordia o favorecer la amistad entre los pueblos?

Murmuran Atenea y Hera, que quieren causar daño a los troyanos. La segunda no puede dominarse:

—¿Qué has dicho? ¿Por qué tratas de inutilizar mis penosos trabajos? Puedes hacer lo que quieras; pero los dioses no aprobaremos tu actitud.

Indignado Zeus, responde:

—Dime, diosa del infierno, ¿qué te ha hecho Príamo para que te ensañes con la ciudad de Troya? Puedes hacer lo que quieras; pero ten en cuenta que este desacuerdo nuestro dará más tarde un motivo de discordia. Abandono a tu ira la ruina de Troya contra mi voluntad.

Hera, la diosa de los ojos de ternera, replica:

—Tres son las ciudades de mi predilección: Argos, Esparta, Micenas. Puedes destruirlas; tampoco he de protegerlas. Es tiempo de que cesen mis sufrimientos; no debes olvidar que soy una divinidad y que mi estirpe es la misma que la tuya. Si quieres que nos entendamos, ordena a Atenea que convenza a los troyanos de que violen los juramentos hechos a los aqueos.

El padre de los hombres y de los dioses accede y da instrucciones a Atenea, que en seguida llega a Troya y busca y dice a Pándaro:

—¿Consentirás en obedecerme, hijo de Licaón? Si así es, lánzale una flecha a Menelao. Los troyanos te quedarán agradecidos, principalmente Paris, de quien tendrás magníficos regalos.

Atenea seduce al insensato, quien toma su arco y elige una flecha, que ajusta a la cuerda. Luego promete a Apolo un sacrificio. Vibra la cuerda y vuela la flecha.

Pero la hija de Zeus se pone delante de Menelao y desvía el dardo, tal como una madre aparta la mosca del hijo que duerme. Sin embargo, el dardo roza la piel del guerrero y le hace una herida. Menelao siente un escalofrío, mas se tranquiliza al ver que la flecha ha penetrado poco. Agamenón lamenta lo ocurrido y se indigna ante la traición troyana. Rodean a Menelao los mejores aqueos: Macaón retira el dardo; quita el cinturón, la coraza inferior y la chapa, y después de examinar la herida, chupa la sangre y aplica calmantes.

Mientras tanto los troyanos avanzan; los aqueos se ponen las armaduras. Agamenón no se queda atrás y manifiesta su decisión de combatir. Deja el carro y los caballos y recorre las filas de guerreros, a los que anima :

—Mantened valentía, pues Zeus no ayuda a los tramposos. Para nosotros serán las mujeres y sus niños, que nos llevaremos después que tomemos la ciudad.

Agamenón llega a las filas de los cretenses, que rodean a Idomeneo. Se alegra el rey y dirige alabanzas al jefe, quien las agradece. Encuentra a los dos Ajax, seguidos de soldados de infantería bien armados. Agamenón les dice palabras de confianza en su probado valor. Allí cerca está Néstor, el orador que organiza las fuerzas y las excita a luchar: delante la caballería con los carros; detrás los infantes. A los soldados reacios los mueve hacia el centro para que se vean forzados a pelear. Recomienda a los jinetes sujeten las monturas y no entren desordenados en la refriega.

Agamenón observa que las tropas de Ulises no dan señales de moverse; no han oído el grito de guerra, lo que Agamenón no sabe, y así las reprende con aspereza. Ulises le mira de arriba abajo y le replica:

—¿Qué hablas ahí? ¿Cómo puedes creer que rehuimos la lucha? Ya verás al padre de Telémaco en las filas delanteras de los troyanos. Las palabras tuyas no tienen sentido.

Viéndolo irritado, Agamenón añade sonriendo:

—Noble hijo de Laertes, lejos de mi intención molestarte, pues conozco tus sentimientos. Retiro mis palabras y que los dioses las olviden.

Al alejarse encuentra a Diómedes, a quien habla con dureza también:

—¿Por qué te ocultas, domador de caballos? No era así tu padre, que iba delante en las batallas. Veo que el hijo dista de igualarle en la pelea.

El bravo Diómedes no contesta; pero Estinelo, que lo acompaña, replica:

—No mientas, Atrida. Creemos valer mucho más que nuestros padres, pues hemos tomado Tebas, la ciudad de las siete puertas, aunque nuestro ejército era menos numeroso que el del enemigo. No hagas comparaciones injustificadas.

Diómedes, severo, le responde:

—Cállate, amigo mío, y escucha. No me molesta que Agamenón anime al combate a los aqueos para alcanzar el premio de la gloria, si logran una buena matanza de troyanos y entran en la ciudad; mientras que muy grande sería su contrariedad si fuesen vencidos los aqueos. ¡Vayamos, pues, a la lucha!

Al encontrarse los ejércitos, los escudos y las lanzas chocan y promueven tremenda confusión. Resuenan los lamentos y los gritos de triunfo; la sangre corre.

Antíloco ve a un troyano que avanza, lo atraviesa con su lanza y le hace desplomarse. Ajax hiere al joven Simoisio, clavándole en el

pecho su pica. Cae en el polvo como el árbol abatido por el artesano para convertirlo en llantas de carros. Con el deseo de vengarlo, Antifos tira un dardo a Ajax, sin acertarle; pero hiere de muerte a Leucos, camarada de Aquiles. Irritado Ulises, se lanza adelante, se detiene cerca del enemigo y acierta con su arma a Democonte, hijo natural de Príamo, atravesándolo de sien a sien.

Retroceden los guerreros de primera línea y con ellos Héctor. Los argivos dan gritos de triunfo y avanzan con mayor decisión; Apolo, que lo advierte desde las alturas de Pérgamo, grita a los troyanos:

—¡Adelante, troyanos! ¡No cedáis ante los argivos! Su piel no es de piedra y no está con ellos Aquiles sigue dominado por la cólera, cerca de las naves

La hija gloriosa de Zeus, por su lado, anima a los aqueos y vigila las huestes donde ve que ceden. Muchos hombres de uno y otro bando caen en el polvo.

HAZAÑAS DE DIÓMEDES

Atenea transmite a Diómedes la valentía necesaria para que destaque y triunfe entre los argivos. Su casco y escudo relumbran y logra pronto una victoria sobre dos guerreros que lo habían atacado.

Cuando los troyanos lo advierten y ven que uno huye de Diómedes y el otro muere cerca del carro, se muestran acobardados; pero Atenea toma de la mano a Ares y le dice:

—Ares, dios funesto para los mortales, ¿no podríamos dejar que se batan troyanos y aqueos y que Zeus otorgue la victoria a uno de los bandos? ¿No debemos irnos y evitar la cólera del dios?

Dicho esto, saca del campo al impetuoso Ares y le hace sentarse en la ribera del río. Los troyanos van cediendo y los caudillos vencen a su enemigo en choques sangrientos. Diómedes lucha con tal ánimo que en ocasiones no se sabe si pertenece al bando de los troyanos o al de los aqueos, pues se mueve con el ímpetu del río que rompe los diques con su fuerte corriente. Así ataca Diómedes a las falanges troyanas, impotentes para resistir a pesar de su número.

Cuando el hijo de Licaón advierte estas proezas, dispone el arco y lanza a Diómedes una flecha que le da en el hombro derecho y le mancha de sangre la coraza. El hijo de Licaón grita:

—¡Adelante, troyanos, domadores de caballos! ¡Está herido el mejor de los aqueos, que no resistirá mucho tiempo el poderoso dardo!

Así se alaba el guerrero; pero Diómedes no se abate: retrocede, se detiene con los caballos y dice a Esténelo:

—¡Pronto, amigo querido, baja y arráncame esta amarga flecha!

Esténelo le obedece, y de la herida sale un chorro de sangre. Diómedes invoca a Atenea:

—Escúchame, hija de Zeus. Si alguna vez nos has favorecido en

la guerra, continúa siendo propicia y haz que se ponga al alcance de mi lanza el hombre que se alaba de haberme herido y dice que dejaré de ver la luz del sol.

Tal es su súplica, que Atenea atiende, comunicándole nuevas energías para la lucha, a la vez que le recomienda:

—Si para probarte viene un dios a la batalla, no luches con él; pero si es Afrodita, la hija de Zeus, la que viene, puedes hierla con la aguda lanza.

Diómedes vuelve a la línea delantera con triplicado valor, se arroja entre los troyanos y mata a varios de ellos.

Al ver Eneas lo que ocurre, busca a Pándaro y le dice:

—¿Dónde están, Pándaro, tu arco, tus flechas y tu gloria? Es necesario envíes una flecha a un hombre que ha hecho mucho daño a los troyanos. A menos que sea un dios, enojado con nosotros...

El hijo de Licaón contesta:

—Eneas, creo que es el hijo de Tideo; reconozco su escudo, su casco y sus caballos; pero ignoro si es un dios. Ya le he tirado una flecha, que lo ha herido, sin conseguir abatirlo. Temo sea algún dios irritado. Aunque he lanzado mis flechas contra Diómedes y el Atrida, y he herido a los dos, no he logrado otra cosa que excitarlos. Esto me contraría tanto que creo no tardaré en romper este arco, pues de nada me sirve.

Eneas advierte:

—No hables así. Monta en mi carro, toma el látigo y las riendas y yo bajaré a combatir, o lo harás tú, mientras cuido de los caballos.

El hijo de Licaón responde:

—Toma las riendas y guía, que el carro correrá mejor si nos encontramos obligados a huir ante el hijo de Tideo. Yo me encargo de hacerle frente con la lanza.

Al verlos tan decididos, alguien dice a Diómedes que se retire; mas, lejos de hacerlo, se prepara a luchar a pie. Los troyanos llegan y el hijo de Licaón grita a Diómedes:

—Corazón valeroso, hijo de Tideo, el agudo dardo no ha conseguido abatirte, pero te alcanzaré ahora con mi lanza. —Se la arroja, le atraviesa el escudo y grita:— Te he herido en el costado y no resistirás mucho tiempo; mi triunfo será glorioso.

Mas Diómedes, sin turbarse, replica:

—No has conseguido tocarme. Espero lucharás hasta que caiga uno de los dos, satisfaciendo con su sangre al dios Ares.

Dicho esto arroja un dardo hacia la nariz de Pándaro, le atraviesa los dientes y le arranca la lengua, saliendo la punta por la barbilla. Pándaro cae, y Eneas salta con su escudo y la larga lanza, temeroso de que los aqueos se apoderen del cadáver. El hijo de Tideo coge una piedra que difícilmente podrían levantar dos hombres, y la arroja contra Eneas, dándole en la cadera con tal fuerza, que le hace caer de rodillas, mientras las sombras nublan sus ojos.

Hubiese perecido el caudillo si no acude su madre, Afrodita, para defenderlo. La diosa hace con un paño de su manto un velo de defensa, y lleva al hijo fuera de la lid. Pero Diómedes persigue a Afrodita y logra herirla en una mano, de la que corre el "icor", sangre de los dioses, que no comen pan ni beben vino; de ahí proviene que sean inmortales.

Al sentirse herida la diosa, da un grito y deja caer a su hijo, que Apolo recoge y transporta en medio de una densa bruma. Iris, la de los pies ligeros, toma a Afrodita, que se queja de dolor, y la aparta de la batalla. Pronto hallan al impetuoso Ares sentado en lugar próximo a la contienda. Afrodita cae ante él y suplica:

—¡Hermano! ¡Ayúdame, dame tus caballos para ir al Olimpo! Sufro mucho con esta herida que me ha hecho el hijo de Tideo, capaz de enfrentarse al mismo Zeus.

Ares le cede sus corceles y, acompañada de Iris, que lleva las riendas del carro, llega al Olimpo. La divina Afrodita se echa en los brazos de Dione, su madre, quien le dice:

—¿Quién ha podido maltratarte, hija mía, sin razón, como si hubieras hecho una cosa mala?

Afrodita le contesta:

—Ha sido Diómedes, porque retiraba de la lucha a mi hijo Eneas. Ya no pelean solo troyanos y aqueos, sino que se atreven a luchar contra los inmortales.

Dione, divina entre las diosas, le aconseja:

—Has de sufrirlo y soportarlo. Somos muchos los que habitamos el Olimpo y hemos de tolerar las ofensas de los hombres. Ha sido Atenea quien ha excitado a Diómedes contra ti. No sabe el hijo de Tideo que no puede alcanzar larga vida quien ataca a los dioses.

Mientras dice esto, cuida de restañar el "icor" que fluye de la herida.

Entre tanto, Diómedes se lanza sobre Eneas, aunque sabe la protección que le dispensa Apolo; pero ya no respeta ni al gran dios, en su deseo de matar a Eneas y despojarle de las armas. Tres veces lo intenta, y otras tantas su escudo choca con aquel; al dar un cuarto salto, Apolo le grita con voz terrible:

—¡Mucho cuidado, hijo de Titeo! No quieras igualar a los dioses; nunca fueron sus semejantes los que viven en la tierra.

Al oírle Diómedes, se echa atrás, a fin de evitar la ira de Apolo, quien lleva a Eneas lejos de la batalla. Latona y Artemisa lo curan y le infunden nuevo vigor. Apolo remeda entonces la figura de Eneas, y creyéndolo Eneas, se acometen ahora aqueos y troyanos.

Entre tanto, Ares recorre las filas troyanas, disimulado con los rasgos de Acamenté, caudillo de los tracios, y exhorta al hijo de Príamo:

—¿Hasta cuándo permitirás la matanza de vuestros hombres por los aqueos? ¿Esperas a que lleguen hasta las puertas? Eneas está herido.

Sarpedón reprocha a Héctor:

—¿Dónde está tu antiguo valor? Presumías de defender solo la ciudad, sin otras fuerzas que las de tus hermanos y cuñados; pero ellos se han escondido como perros ante un león, en tanto peleamos los que hemos venido como aliados. Y tú sigues inactivo, sin ordenar a los soldados que resistan y con peligro de caer en manos enemigas.

Héctor, impresionado, salta blandiendo las lanzas, recorre el campo y anima a las gentes a luchar; otra vez se enciende la pelea. Los troyanos dan la cara y hacen frente a los aqueos, que reciben la acometida en apretadas filas.

Ares cubre con niebla el lugar de la batalla, sostiene a los troyanos, siguiendo las órdenes de Apolo, que le había hecho animar a los troyanos cuando vio marcharse a Atenea.

Apolo decide que Eneas salga del templo, le infunde valor, y él se presenta a los compañeros, con gran alegría de estos. Los dos Ajax, Ulises y Diómedes animan a los dánaos, que no parecen temer a los troyanos, pues los aguardan a pie firme.

El Atrida, después de exhortar a los suyos, dispara un dardo y alcanza a un combatiente, compañero de Eneas, que cae muerto. En venganza, Eneas hiere a dos dánaos, que también caen en tierra, igual que dos abetos.

Se condele al saberlo Menelao, y atraviesa las primeras líneas blandiendo su lanza. Frente a frente Eneas y Menelao, muestran impaciencia, cuando Antíloco, que había seguido a Menelao, se pone a su lado; entonces Eneas desiste de la lucha.

Héctor se arroja contra ellos dando gritos y seguido de falanges troyanas guiadas por Ares y el cínico Tumulto, mientras que Ares blande su lanza y va y viene, ya delante, ya detrás de Héctor. Diómedes se dirige a las tropas:

—Sin duda, amigos, admiramos a Héctor como lancero y luchador; pero tiene siempre algún dios que lo libra. Ahora le acompaña Ares; por esto, sin dejar de dar la cara a los troyanos, debéis ir retirándonos.

Los troyanos ponen en crítica situación a los aqueos. Héctor mata a dos guerreros que iban en un mismo carro; lo que impresiona a Ajax y le lleva a tomar venganza y arrojar un dardo que hiere a Anfio, hijo de Selagos.

En un encuentro entre Sarpedón y Tlepolemo las dos lanzas

parten al mismo tiempo. La del primero atraviesa el cuello del segundo, y lo deja tendido para siempre. A Sarpedón la lanza le penetra en el muslo izquierdo; pero su padre lo libra de la muerte. Sus compañeros lo sacan del combate, arrancando la lanza que le hacía sufrir terriblemente.

Advertido el divino Ulises, se estremece confuso ante la duda de si debe perseguir al hijo de Zeus o matar al mayor número de licios, resolviéndose por lo segundo. Siete son pronto los caídos, y hubieran sido más si no viese al gran Héctor cruzar las filas y llevar el terror a los dánaos.

Los argivos no se deciden a buscar el amparo de los navíos ni a combatir; retroceden desordenados. Al verlos perecer así, Hera dirige estas palabras a la diosa Atenea:

—¡Hija de Zeus, diosa infatigable! La promesa hecha a Menelao, de destruir la ciudad de Troya, quedaría vana si permitiésemos que Ares continúe sus estragos. Intervengamos nosotras con valentía.

Atenea se digna escucharle, y Hera se ocupa de aparejar los caballos. Hebe coloca rápidamente las ruedas del carro. Las llantas son de oro, recubiertas de bronce; los cubos, de plata; el tablero se ve sostenido por correas ornadas de oro y plata; de plata es el timón, al que Hebe sujeta un yugo de oro; de oro son las bridas. Luego Hebe unce los caballos.

Atenea deja caer el vestido bordado que ha hecho, se pone una túnica y la armadura de Zeus; se acomoda la égida y cubre la cabeza con un casco de dos cimera capaz de resistir los golpes de los infantes. Atenea monta en el carro y toma la lanza, con la que puede domeñar filas enteras de combatientes.

Hera anima a los caballos y pronto cruzan las puertas guardadas por las Horas. Encuentran al hijo de Cronos sentado aparte de los otros dioses. Deteniendo los corceles, Hera interpela a Zeus:

—¿Puedes sufrir, padre, esas violencias de Ares?

¡Cuántos aqueos ha hecho perecer injustamente! Mientras padezco,

Afrodita y Apolo se felicitan de haber soltado a ese loco. Padre amado, ¿te disgustarías si decido herir a Ares y ponerlo fuera de combate?

Zeus responde:

—Vete y mueve contra él a la diosa Atenea; ella, como nadie sabe causar sufrimientos.

Obediente Hera, fustiga sus caballos. Llegadas a la proximidad del campo de batalla, bajan y avanzan con pasos de palomas a ayudar a los argivos. Hera, en figura de Esténtor, los anima así:

—¡Qué vergüenza, argivos, solo en apariencia dignos de admiración! Cuando Aquiles combatía, jamás consiguieron los troyanos pasar la puerta de los Dárdanos; temían la acometividad de su lanza; mas ahora se baten lejos de la ciudad, cerca de los navíos.

Atenea marcha en busca del hijo de Tideo, a quien encuentra aireando la herida que le ha hecho Pándaro. Se muestra agotado. La diosa le dice:

—Ciertamente, el hijo de Tideo no recuerda a su padre. Era bajo de estatura, pero belicoso, y vencía siempre con mi ayuda. También ahora te favorezco y animo a combatir a los troyanos; mas veo en ti desánimo. ¡No eres un verdadero descendiente del esforzado Tideo!

El corpulento Diómedes contesta:

—Te reconozco, hija de Zeus, y por eso te hablo con claridad. El miedo no me retiene, pero no olvido tus recomendaciones: puedo enfrentarme a los inmortales, mas no a Afrodita. Por eso me retiro del combate, al ver que Ares acaudilla la batalla.

A lo que Atenea replica:

—Amable Diómedes, no temas al dios Ares ni a otro inmortal, en tanto yo te ayude. Puedes oponerte a él y atacarle, sin temer a quien prometió combatir a los troyanos y ahora está con ellos.

La diosa sube al carro y se pone al lado de Diómedes. Empuñando las bridas, guía en dirección de Ares.

Al llegar cerca del dios de la guerra, se cubre con el casco de Hades para que no lo conozca Ares; el cual al ver a Diómedes, lo

embiste con su lanza; Atenea aparta el arma y anula la fuerza que trae. Entonces Diómedes se precipita sobre Ares con su lanza y le da en el costado un golpe que Atenea empuja aun más. Diómedes retira la lanza, y Ares clama con gritos iguales a los de nueve o diez mil hombres, asustando a troyanos y aqueos.

Después Ares sube al Olimpo, se sienta cerca de Zeus, le muestra la sangre que fluye de su herida y se queja:

—¿Habrás de tolerar estas violencias? Has engendrado una hija insensata, ocupada siempre en cosas abominables; no la corriges, sino que la dejas hacer. Ella es la que ha llevado a Diómedes a desahogar su furia contra mí.

Mirándolo de arriba abajo, Zeus responde:

—No vengas a lamentarte conmigo. Me eres más odioso que todos los dioses del Olimpo; tu pasión se recrea en la discordia, la guerra y los combates. Tienes el mismo ardor insoportable de tu madre, cuyos consejos te acarrean estos contratiempos; pero quiero evitar que sigas sufriendo, pues eres de mi linaje.

Zeus ordena a Peón que le atienda; y así lo hace. Después Hebe lo baña y lo viste.

Hera y Atenea regresan al palacio de Zeus, una vez terminadas las matanzas que Ares venía haciendo.

HÉCTOR Y ANDRÓMACA

Quedan frente a frente aqueos y troyanos, acometiéndose con sus lanzas de punta de bronce. Ajax desordena la falange troyana y da a sus compañeros una promesa de triunfo. Ocurren otros encuentros, en los que se distinguen Diómedes, Ulises y Agamenón. Menelao hace prisionero a Adrasto, cuyos caballos chocan contra un tronco de tamarindo, destrozan el carro y se lanzan a galope hacia la ciudad, en tanto Adrasto rueda del carro y cae de bruces. Cerca de él está el Atrida Menelao con su lanza. Adrasto, arrodillado, ruega:

—No me mates, hijo de Atreo, y acepta un rescate digno de mí. En la casa de mi padre hay objetos de bronce, oro y hierro. Mi padre te ofrecerá los que puedan satisfacerte, si sabe que estoy vivo.

Condolido Menelao, se dispone a enviarlo a los navíos, pero Agamenón interviene:

—Menelao, ¿por qué te apiadas de hombres como este? Nadie que caiga en nuestras manos, ni el que huya, debe librarse de la muerte.

El héroe logra cambiar la intención de Menelao, y el vencido Adrasto pronto cae atravesado por la lanza de Agamenón.

Néstor, entre tanto, gritaba a los argivos:

—Nadie se quede atrás por el botín y para llevarlo más abundante. Importa matar; luego podréis despojar los cadáveres.

Heleno, hijo de Príamo, recomienda a Eneas y Héctor resistir y detener a los que huyen y que ofrezcan resistencia a los dánaos. A Héctor le dice que vaya a Troya y le da instrucciones para lograr que los troyanos detengan el furor de los argivos.

Mientras Héctor se retira, avanza entre los dos ejércitos Glauco, impaciente de luchar. Cuando ya está próximo a Diómedes, este alza la voz:

—¿Quién eres tú? No había tenido ocasión de verte en los combates, y te atreves a llegar hasta la primera línea. Si fueras uno de los inmortales, no me verías dispuesto a luchar; pero si eres un mortal que se alimenta con los frutos de la tierra, acércate y llegarás rápidamente a tu término.

Glauco responde a Diómedes diciéndole cuál es su estirpe, nieto de Belerofonte, el que mató la Quimera, monstruo de cabeza de cabra que lanzaba llamas por la boca. Belerofonte realizó otras hazañas, entre ellas, la de hacer una matanza entre las amazonas. Añade que su padre lo ha enviado a Troya, recomendándole sobresalir entre todos y no deshonorar el nombre de los antepasados.

Diómedes se alegra al oírle y dice:

—Veo que eres un antiguo huésped mío. Evitemos, pues, el choque de nuestras lanzas. No nos faltarán troyanos y aqueos a quienes atacar y vencer. Ahora cambiemos las armas, para que los combatientes vean que nos tratamos como huéspedes, ya que lo somos por nuestros padres.

Después de este diálogo saltan de los carros, se estrechan las manos y se prometen fidelidad. Zeus interviene en esto, pues hace que Glauco se turbe y al permutar las armas, cambia oro por bronce.

Mientras ocurre esto, Héctor llega a las puertas de la ciudad y es rodeado en seguida de mujeres e hijas de troyanos que solicitan noticias de los hijos, hermanos, padres y maridos.

Héctor las insta a que imploren a los dioses, ya que para muchas era inminente el duelo.

Llega Héctor al palacio de Príamo, con cincuenta cámaras de piedra pulimentada, donde duermen los hijos y sus esposas. En el interior del patio hay otras doce habitaciones para los yernos de Príamo y sus mujeres. La madre de Héctor sale a su encuentro, acompañada de Laodicea, su hija más hermosa. La madre toma la mano de Héctor y le dice:

—¿Cómo has dejado la peligrosa guerra para llegar hasta aquí?

Espera a que te traiga un vino dulce para que hagas libaciones a Zeus y luego bebas con provecho; el vino comunica energías al hombre fatigado, y tú lo estás de luchar por los tuyos.

El gran Héctor contesta a su madre:

—No te molestes en ofrecerme, madre, ese vino dulce, pues temo enervarme. No me atrevo tampoco a derramarlo en honor de Zeus, sin purificar antes mis manos manchadas de sangre. Tú debes ir al templo de Atenea la diosa de las batallas, acompañada de las mujeres. Toma el velo que aprecies más, déjalo en el regazo de la deidad, y prométele sacrificarle doce terneras de un año si se apiada de la ciudad, de las mujeres y de los niños, apartando de aquí al hijo de Tideo, feroz guerrero.

La madre de Héctor va al templo de Atenea y presenta el velo; mas la diosa mueve la cabeza con un gesto que significa disposición poco favorable a los deseos de la madre.

Héctor se dirige hacia la casa de Paris. Lleva en la mano su lanza y halla a Paris preparando el escudo, la coraza, el arco, mientras Helena ocupa a las doncellas en labores. Al ver a Paris, Héctor le dice palabras injuriosas:

—¡Hombre endiablado! ¿Hasta cuándo vas a seguir con ese enojo? Nuestros hombres mueren alrededor de la ciudad y de las murallas por tu causa, y tú no dejarías de afear a quien vieses huir de la batalla; levántate y ven, antes que la ciudad sea pasto de las llamas.

Paris replica:

—Tus reproches son justos, y voy a responderte. Escúchame. No era tanto mi resentimiento contra los troyanos como la necesidad de entregarme al dolor lo que me retenía. Mi mujer me ha exhortado a ir al combate, y creo acertado su consejo, ya que la victoria suele tener alternativas. Espera que me ponga las armas, o marcha, pues lograré alcanzarte.

Héctor no contesta; Helena le dirige estas arrepentidas palabras:

—Cuñado mío, soy una perra cuyas fechorías producen espanto.

Es lástima que el día en que nací no me hubiera una borrasca precipitado en el mar; pero ya que las cosas no han sucedido así, debió la Fortuna darme por esposo a un hombre sensible al resentimiento y a las ofensas de otros hombres. Entra y descansa, pues eres quien sufre por mi causa. Zeus nos ha reservado esto para que nuestra vida sirva de experiencia a la humanidad.

El gran Héctor responde:

—No me hagas sentar, Helena, pues he de ir en ayuda de los troyanos. Ocúpate de darle prisa a tu hombre, que no pierda el tiempo y me alcance antes de que yo salga de la ciudad. Voy a mi casa; quiero ver a mi esposa e hijito. Ignoro si volveré o si los dioses han dispuesto que muera a manos de los aqueos.

Pero Héctor no encuentra a su mujer, Andrómaca, pues se ha ido a las murallas con su niño y una doncella. Se detiene en el umbral y pregunta a las sirvientas:

—¡Decidme la verdad! ¿Dónde ha ido Andrómaca? ¿A ver a mis hermanas, a mis cuñadas, o al templo de Atenea, donde las troyanas tratan de aplacar a la terrible diosa?

La sirvienta principal le contesta:

—Si me obligas, Héctor, debes saber que Andrómaca se ha ido a las murallas; sabe que los troyanos están en situación difícil ante los aqueos. Marchó corriendo como una loca con el niño y la nodriza.

Héctor va a buscarla y la encuentra con el niño en sus brazos. El guerrero sonríe al ver al hijito; pero Andrómaca lo toma de una mano y le reprocha que los tenga abandonados, pues los padres y hermanos de Andrómaca han muerto en la guerra.

Héctor quiere tranquilizarla:

—También me da cuidado lo que sucede; pero quedaría avergonzado ante los troyanos si rehuyese la lucha.

El ilustre Héctor se inclina hacia el niño, que le evita, asustado por la armadura y el penacho de crines de caballo que se mueve en la cimera del yelmo. Padre y madre ríen y Héctor se quita el casco, lo

pone en tierra, besa a su hijo, lo mece en los brazos y eleva a Zeus y demás dioses esta oración:

—Concededme, ¡oh deidades!, que este niño llegue a ser eminente entre los troyanos, fuerte como yo, que un día gobierne a Troya y digan de él: “¡Vale más que su padre!”

Entrega el pequeño a su mujer, que sonríe y llora a un tiempo. Emocionado, Héctor la acaricia y dice:

—No sufras por mí; vuelve a la casa, aplícate a tus labores y ordena a las sirvientas las tareas que deban hacer. De la guerra nos ocupamos los hombres que hemos nacido en Troya:

Héctor toma el casco. Su mujer se aleja y vuelve el triste rostro de vez en cuando. Las criadas la acompañan en el lamento.

Paris, asimismo, no se detiene en el palacio. Una vez vestido con armaduras, se dirige a la ciudad y desciende rápido desde las alturas; su armadura resplandece al sol.

No tarda en encontrar a su hermano Héctor y se disculpa por la tardanza; Héctor habla de las fallas de la voluntad de Paris y de los desagradables comentarios que su conducta inspira a los troyanos.

DUELO DE HÉCTOR Y AYAX

Héctor y Paris ardían en deseos de combatir y vencieron a dos enemigos, secundados por Glauco. Cuando la diosa Atenea vio a los argivos caer en la pelea, descendió de un vuelo hacia la ciudad; mas Apolo se lanzó a oponérsele, pues deseaba la victoria troyana. Las dos deidades se encontraron junto a una encina. Apolo habló primero:

—¿Por qué vienes tan enardecida, hija de Zeus? ¿Qué impulso te mueve? ¿Pretendes otorgar a los dánaos la victoria, sin mostrar piedad para los troyanos muertos? Si quieres escucharme, oye lo que te propongo: suspendamos hoy la guerra y la matanza, aunque más tarde vuelvan los guerreros a la lucha, ya que los inmortales han decidido la destrucción de la ciudad.

Atenea le contestó:

—¡Sea como dices! A eso he venido desde el Olimpo; pero, ¿cómo podrás defender a los que ahora combaten?

Apolo respondió:

—Animemos a Héctor para que promueva un duelo a muerte con algún dánao. Seguramente los aqueos decidan que uno de ellos se bata con Héctor.

Atenea no hizo objeción, y Heleno, al advertir el propósito de los dioses, se acercó a Héctor y le movió a favorecer el deseo de los inmortales. Poco después, de pie entre los dos ejércitos, Héctor habló:

—Escuchadme, troyanos y aqueos, para que os comunique lo que me dice el corazón. El hijo de Cronos no ha acogido nuestras promesas y nos reserva más infortunios hasta que toméis la amurallada Troya o muráis junto a los navíos. Ahora bien, entre vosotros están los mejores aqueos y os propongo que designéis como campeón al guerrero que se sienta con ánimo de enfrentarse conmigo. Si me domina, consiento

en que me despoje de las armas y se las lleve a las naves; pero ha de entregar mi cuerpo a los míos para que lo consuma el fuego de la pira, alimentado por los troyanos y sus mujeres. Si venzo, tomaré las armas del contrario, las llevaré a Troya y las colgaré en el templo de Apolo. Entregaré su cadáver para que los aqueos lo entierren y eleven un túmulo a la orilla del Helesponto. Y algún día alguien dirá al pasar cerca: "Esa es la tumba de un guerrero muerto, hace mucho tiempo y a pesar de su valentía, por el ilustre Héctor".

Los aqueos permanecieron en silencio, avergonzados de rehusar un desafío que no se atrevían a aceptar. Menelao, al advertirlo, se levantó y les reprochó:

—¡Ah fanfarrones! Sería cosa de sonrojarnos si no hubiera un dánao que se atreva a enfrentarse con Héctor. Parecéis una masa de agua y tierra, falta de corazón. Yo iré contra Héctor y dejo a los dioses que concedan la victoria a quien gusten darla.

Dicho esto, Menelao se puso la armadura y hubiera perecido a manos de Héctor si los reyes aqueos y el mismo Agamenón no lo hubieran detenido diciéndole:

—¡No hagas locuras, Menelao, sin necesidad de que se te obligue! Aunque sufras, domínate y no pretendas luchar con un hombre más fuerte que tú, a quien temen los mejores guerreros, incluso Aquiles, que lo evita. Harás bien en ir a sentarte junto a tus compañeros y los aqueos buscarán otro campeón.

Agamenón convenció a su hermano, y los servidores se alegraron de quitarle la armadura. Néstor se levantó en medio de los argivos para recriminarles su cobardía. Se lamentó de no ser joven, e, increpados por el anciano, se levantaron nueve de los combatientes, el primero Agamenón, a quien siguieron Diómedes, Ajax, Idomeneo, Ulises y otros guerreros deseosos de pelear con Héctor.

Néstor propuso echar suertes; agitó el casco, del que salió la decisión que los soldados deseaban, la de Ajax. Este tendió la mano y habló así:

—Amigos míos: este es mi signo, lo que me alegra, pues espero vencer a Héctor. En tanto me armo para el encuentro os pido elevéis oraciones en silencio, a fin de que los troyanos no se enteren, aunque no los tememos. No hay quien pueda hacerme huir; no soy novato en estas cosas, pues he nacido y sido criado en Salamina.

Todos invocaron a Zeus pidiendo la victoria para Ajax o que terminaran iguales en el esfuerzo y la gloria.

Una vez que Ajax se puso la defensa y hubo tomado las armas, se precipitó hacia el campo enemigo, a grandes pasos, blandiendo la lanza. Al verlo, los argivos manifestaron su contento, mientras los aqueos se miraban impresionados. A Héctor le palpitaba el corazón; pero no podía retirarse, pues la provocación había partido de él.

Ajax avanzó protegido por el escudo de pieles de toros; se cubrió el pecho al detenerse cerca de Héctor y le dijo amenazador:

—Vas a saber ahora, Héctor, que todavía hay guerreros de valor entre los dánaos, sin hablar de Aquiles, apartado de la lucha por su enojo con Agamenón. Pero somos muchos los que podemos enfrentarnos a ti; así que comencemos.

Héctor le contestó:

—Ajax, no me trates como a un niño o a una mujer ignorante de las cosas de guerra. También sé combatir y matar; puedo acometer a un guerrero, lanzarme a la pelea con mis rápidos corceles, pero no quiero herirte alevosamente, sino cara a cara.

Alzó la lanza y asestó un golpe en el escudo de Ajax, atravesando seis de sus capas, pero no la séptima. A su vez, Ajax arrojó su lanza y alcanzó al hijo de Príamo en el escudo, lo horadó y le rasgó la túnica sin herirlo, pues logró evitar el golpe y la muerte.

Después de este choque y de retirar las respectivas lanzas, se precipitaron el uno contra el otro. El hijo de Príamo consiguió clavar el bronce en el escudo de Ajax, torciéndosele la punta. Ajax arremetió contra Héctor, le atravesó la defensa y lo hirió en el cuello, de donde brotó la sangre; pero el herido no desistió de la lucha: retrocedió y,

cogiendo un pedregón puntiagudo, dio un fuerte golpe en el escudo de Ajax. Entonces Ajax buscó una piedra mucho mayor, que lanzó con inmensa fuerza, rompiendo el escudo de Héctor, quien cayó de espaldas; Apolo acudió a levantarlo.

Ya tenían las espadas altas para acometerse cuando los heraldos acudieron, uno en nombre de los troyanos, otro en el de los aqueos, y se interpusieron entre los dos combatientes. Uno de ellos, Idaios, habló:

—Suspended, queridos hijos, el combate. Los dos sois amados de Zeus y ambos excelentes lanceros. Ya está encima la noche y hay que obedecerla.

Ajax respondió:

—Debéis dirigiros a Héctor, que ha promovido este encuentro, desafiando a los más valerosos. Desista él y yo le seguiré.

El gran Héctor dijo a su vez:

—Puesto que un dios te ha dado corpulencia, fuerza y discreción, y tu lanza sobresale entre todos los aqueos, dejemos nuestra lucha para otra ocasión, hasta que una divinidad dé la victoria a uno de los dos pueblos. Entre tanto cambiemos presentes, de modo que aqueos y troyanos puedan decir: “Si en verdad han peleado movidos por el encono; se han separado de acuerdo y reconciliados”.

Y uniendo la acción a las palabras, Héctor entregó a Ajax su espada, la vaina y el tahalí; a este espléndido regalo correspondió Ajax con su cinturón de púrpura.

Ambos guerreros fueron recibidos con entusiasmo en los respectivos campos. Agamenón ofreció el banquete de un buey al esforzado Ajax, y al terminar la fiesta tomó la palabra Néstor para aconsejar que cesara el combate a fin de recoger los muertos y llevarlos a la pira. Luego levantarían un monumento en memoria de los caídos. También recomendó se construyeran murallas para defensa de los barcos y de los hombres, con un foso que pudiese detener el ataque de los troyanos. Los reyes aprobaron lo que acababan de oír.

Igualmente los troyanos se reunieron en la parte alta y fortificada de la ciudad, donde Antenor habló e hizo la proposición de devolver a Helena y sus riquezas a los Atridas; estaban luchando en contra de lo jurado.

Cuando Antenor se hubo sentado, se puso en pie Paris, marido de Helena:

—Nada me agrada, Antenor, oírte hablar así; sueles tener ideas más acertadas. Si hablas en serio es que los dioses te han hecho perder el juicio. Por eso yo digo a los troyanos, aquí presentes, que no pienso devolver esta mujer. En cuanto a las riquezas, estoy dispuesto a restituirlas.

Se levantó Príamo, diciéndoles que debían enviar a Idaios, en cuanto amaneciera, al campo enemigo para que comunicara a Agamenón y Menelao las proposiciones que Paris hacía y el deseo de suspender la guerra para quemar los cadáveres; seguirían combatiendo después.

Así se hizo, llevando Idaios el mensaje, al que Diómedes replicó:

—Nadie acepte las riquezas que Paris ofrecē; hasta un niño se daría cuenta de que la suerte es ya desfavorable para los troyanos.

Los aqueos aprobaron las palabras de Diómedes, que Agamenón hizo suyas, así como la conformidad a la propuesta de retirar los cadáveres. Idaios regresó a Troya con esta aprobación, que movió a troyanos y dánaos a realizar lo que deseaban.

Poco tiempo después troyanos y aqueos se encontraban ocupados en reconocer a los muertos. Los enterradores, derramando lágrimas, cargaban los cadáveres en los carros. Pero Príamo no quería que los troyanos llorasen y estos colocaban silenciosos los cuerpos en las piras, regresando a la ciudad luego de haberlos quemado. Lo mismo hicieron los aqueos.

Todavía no había amanecido el día siguiente, cuando un grupo de aqueos empezó a levantar un tumulto alrededor de la pira. Los dioses, sentados junto a Zeus contemplaban el esfuerzo, y Poseidón estimó

que protestaba contra una obra que hacían sin dedicar a los dioses los sacrificios.

Los aqueos terminaron, al oscurecer, la tarea; entonces inmolaron algunos bueyes y cenaron. Numerosos navíos se hallaban en el puerto con el vino enviado por Ermeos y destinado a los Atridas Agamenón y Menelao. Los aqueos aprovecharon para obtener algunas cantidades de bebida, lo que les permitió regalarse con un banquete.

BATALLA QUE SE INTERRUMPE

Se extendía por la tierra la Aurora cuando Zeus reunió la asamblea de los dioses en el Olimpo y habló así:

—Escuchadme todos para que os comunique lo que siento. Que nadie pretenda ignorar lo que voy a decir; habréis de aprobarlo para terminar este asunto. Al dios que vea acudir en ayuda de los troyanos o de los dánaos, le haré regresar al Olimpo golpeado sin consideración o lo arrojaré al Tártaro o a lo profundo de los abismos infernales. Así reconoceréis que soy el más fuerte de los inmortales. Si queréis convencerlos, podéis ensayar. Tomad una cadena y tratad de hacer caer a Zeus desde lo alto y no lo conseguiréis; mas si yo me lo propusiera, podría alzar la tierra con la misma cadena, y luego, atándola al Olimpo, dejarlo todo colgado en el aire. Ya veis, me hallo por encima de dioses y hombres.

Los inmortales permanecieron silenciosos, admirados de su tono enérgico. Al fin, Atenea decidió hablar:

—Hijo de Cronos, sabemos cuánto es tu poder. Empero, hemos de compadecernos de los dánaos amenazados de morir después de una existencia infortunada. Sin embargo, respetuosos, nos abstendremos de intervenir en la lucha, mas les daremos algunos consejos para que no sean víctimas de tu cólera.

Sonriente, Zeus contestó:

—Tranquilízate, hija mía. Si me expreso así es con verdadero disgusto; pero hoy quiero ser benévolo contigo.

Dicho esto, unció los caballos, se puso una túnica dorada, tomó un látigo con mango de oro, montó y fustigó a los corceles, que volaron sobre la tierra y el cielo estrellado.

Se dirigió hacia el monte Ida, a la cima Gárgaro, donde hay un

recinto sagrado y un altar. El padre de los dioses y de los hombres detuvo los caballos y los ocultó tras una niebla. Después se sentó en la cumbre de la montaña y miró la ciudad de Troya y los navíos aqueos.

Trojanos y aqueos disponíanse para el combate, que se inició violentamente con lamentos de dolor y gritos de triunfo, mientras la sangre corría por la tierra. Así continuó la lucha hasta mediodía, hora en que el padre de los dioses tomó su balanza de oro y colocó en los platillos dos símbolos representativos de la Muerte, uno para los trojanos, el otro para los aqueos. Luego suspendió la balanza y vio cómo bajaba la aguja en contra de los aqueos, mientras el otro extremo se elevaba en favor de los trojanos.

El dios tronó desde el monte y un relámpago corrió sobre las tropas aqueas, que se sobrecogieron de temor.

Idomeneo, Agamenón y los dos Ajax no se atrevieron a quedarse allí. Solo Néstor no dejó el campo de batalla: estaba herido uno de sus caballos, que, al desbocarse, ocasionó desorden en las otras bestias. Para detener la confusión, Néstor cortó con la espada las correas de los animales. En ese momento se presentó Héctor, y el anciano Néstor habría perdido la vida si no lo hubiera advertido Diómedes y llamado a Ulises con un terrible grito:

—¿A dónde huyes, hijo de Laertes, dando la espalda como un cobarde? Mira que algún enemigo puede herirte por detrás. Quédate para que ayudemos a Néstor contra ese salvaje guerrero.

Pero Ulises no le oyó y siguió corriendo hacia las naves aqueas. No por eso se arredró Diómedes; se unió a los combatientes hasta llegar junto a Néstor y recogerlo, para ir en seguida contra Héctor, a quien arrojó un dardo. No logró acertarle e hirió de muerte al conductor.

La pelea empezó a ir mal para los trojanos, que se habrían visto acorralados en la ciudad si no hubiese advertido la situación el padre de los hombres y los dioses. Tronando, lanzó un rayo que fue a dar ante los caballos de Diómedes, espantándolos. Néstor dejó caer las

riendas y dijo a Diómedes que huyese, pues veía que Zeus estaba en contra suya aquel día.

Diómedes contestó:

—Sin duda tus palabras son atinadas; pero sufro de pensar que Héctor pueda decir alguna vez: “El hijo de Tideo ha huido de mí”. Prefiero me trague la tierra antes de darle motivo para eso.

Néstor respondió:

—¿Qué dices, hijo de Tideo? Si alguna vez Héctor te llama cobarde, nadie lo creerá.

Dicho esto, hizo que los caballos avanzasen a través de la muchedumbre, mientras silbaban en su dirección los dardos de los troyanos y de Héctor. Este le gritó:

—Hijo de Tideo, eras alabado por los aqueos, pero ahora te desprecian como a una mujer.

Al oírle, el hijo de Tideo dudó si volverse atrás; tres veces vaciló y otras tantas tronó Zeus, anunciando así a los troyanos la dudosa victoria.

Héctor se dirigió entonces a troyanos, lidios y dárdanos, excitándoles a seguir luchando; Zeus los favorecía.

—Perseguid—les dijo—a los que huyen, de modo que logremos apoderarnos del escudo de Néstor y de la coraza de Diómedes. Si conseguimos esas armas, los aqueos se irán esta misma noche.

Ese era su deseo; pero Hera, indignada, se dirigió al dios Poseidón y le excitó a dar la victoria a los dánaos, aunque esto hiciera lamentarse a Zeus en las alturas del Ida.

El dios Poseidón se enfureció:

—¿Cómo te atreves a expresarte de modo tan temerario? No estoy dispuesto a promover una lucha entre Zeus y nosotros, los otros dioses; su poder es mayor.

Mientras tanto iba llenándose de caballos y guerreros animados por Héctor el espacio entre el foso y la muralla. Agamenón, vistiendo su manto de púrpura, se levantó en la nave de Ulises para que pudieran

oírle desde las tiendas de Ajax y Aquiles. Sus palabras reprochaban a los argivos las fanfarronadas de antes y su cobardía de ahora ante la furia de Héctor. Luego se dirigió a Zeus suplicándole no permitiera que los argivos fuesen vencidos por los troyanos.

Zeus se apiadó, le anunció que las tropas serían salvadas y envió un águila con un cervatillo en las garras: lo dejó caer en el magnífico altar del padre de los dioses donde los aqueos ofrecían sacrificios. Al ver que el ave venía de Zeus, los aqueos acometieron a los troyanos, recuperado el espíritu combativo.

Diómédes fue el más valeroso, seguido por los Ajax, Agamenón, Menelao, Idomeneo y otros guerreros; todos se distinguieron por sus hechos. El valeroso Teucer no se quedó atrás, y Agamenón, confiado en la puntería de su arco, le ofreció, en caso de triunfar, un carro con dos caballos.

Teucer agradeció estas palabras, lamentando que sus flechas no acertasen a Héctor sino al auriga de Héctor, con gran emoción de este al perder un fiel servidor. Héctor invitó al hermano de la víctima, Kebrión, a que tomase las riendas. Luego saltó a tierra lanzando terribles gritos, y marchó con una piedra hacia Teucer, a quien dio en el puño cuando iba a disparar el arco.

Ajax lo protegió con el escudo para que dos compañeros llevaran al herido y Zeus estimuló a los troyanos, que empujaron a los aqueos hacia el foso. Héctor iba delante como un perro vigoroso que acosa al jabalí o al león, y seguía a los aqueos en huida, dando muerte al que se rezagaba. Cuando los fugitivos llegaron cerca de las naves, se detuvieron y elevaron súplicas a los dioses. Hera, de blancos brazos, compadecida, dirigió a Atenea estas palabras:

—¡Oh hija de Zeus! ¿No hemos de mostrar atención a los dánaos en derrota? Van a perecer ante la acometividad de Héctor, quien ya ha causado muchos males.

Atenea, de ojos de lechuza, respondió:

—¡Ojalá perdiera fuerza y vida a manos de los argivos! Pero Zeus

está dominado por sentimientos nada buenos y contraría mis propósitos. Ha olvidado que salvé a su hijo. Día vendrá en que ha de volver a llamarme su hija. Ahora tú, Hera, enjaeza los caballos en tanto me armo a fin de comprobar si Héctor se alegra de vernos en la batalla.

Sus palabras fueron obedecidas por Hera, mientras Atenea dejaba deslizarse el hermoso vestido que se había hecho, se ponía una túnica y se protegía con la armadura de Zeus. Luego montó en el carro y tomó la lanza.

Zeus, al ver desde lo alto a las dos diosas, se encolerizó y dio orden a Iris, la mensajera, de llevarles estas palabras:

—Que se vuelvan en seguida, y no les consientas llegar aquí. ¡No saben lo que les espera si nos encontramos en la lucha! Lo digo y lo haré, si es necesario: inutilizaré su carro y sus caballos y las derribaré. No les bastarán años para sanar de las heridas; así aprenderá esa hija a levantarse contra su padre.

Iris, de pies de borrasca, salió a cumplir el encargo y comunicó a las diosas las palabras del hijo de Cronos.

Impresionada Hera, manifestó su propósito de renunciar y dejar que las cosas sucediesen según tuviera Zeus determinado; hizo volver grupas a los caballos y apoyó el carro en el muro.

Zeus se dirigió al Olimpo en su carro, y allí, después de soltar los corceles, dejó el carro en una plataforma. Se sentó en su trono y el Olimpo tembló a sus pies. Atenea y Hera se hallaban cerca, sin hablarle; él, adivinándoles los pensamientos, se dirigió a ellas:

—¿Por qué estáis tan tristes? No parece que os hayáis fatigado demasiado en la batalla luchando contra los troyanos, a los que odiáis. Sabed que todos los dioses del Olimpo juntos no harán cambiar mis ideas, mis rayos se encargarían de abatirlos y evitar que volvieran al Olimpo.

Al oír esto, Atenea y Hera lo comentaron en voz baja: planeaban hacer el mayor daño posible a los troyanos. Atenea, irritada contra su

padre Zeus, se sentía dominada por la cólera; pero Hera no pudo contener la suya:

—Hijo de Cronos, ¿qué acabas de decir? Sabemos que no reprimirás tu fuerza; mas hemos de condolernos de los guerreros aqueos. Nos abstendremos de combatir, pero no dejaremos de aconsejarles para que no sufran el desahogo de tu cólera.

Zeus comunicó a Hera lo que había de suceder y mostró a la diosa que no le importaba su furor; la tenía por una cínica. Hera, la de los blancos brazos, no se atrevió a contestar.

Ya descendía en el Océano la luz del sol, trayendo en seguimiento a la noche sobre los campos de trigo. Y mientras los troyanos lo lamentaban, los aqueos celebraban alegremente la llegada de las sombras, que Héctor aprovechó para convocar lejos, en un lugar espacioso y limpio, una asamblea de troyanos, a quienes dirigió la palabra:

—Oídmе, troyanos, dárdanos y aliados. Pensaba que podríamos destruir hoy a los aqueos antes de regresar a Troya; pero el crepúsculo lo ha impedido. Desuncid los caballos y dadles de comer. Traed de la ciudad bueyes y carneros, y de las casas, vino y pan. Recoged leña para hacer hogueras hasta la aurora, para evitar que los aqueos intenten huir sobre el mar. Por lo menos, impidamos que embarquen tranquilamente; es necesario que se lleven alguna herida de dardo o lanza, a fin de que otros teman dar guerra a los troyanos. Importa que los heraldos pregonen en la ciudad que la gente más joven y los ancianos se reúnan en las murallas; que las mujeres enciendan una fogata y, en fin, que se monte una guardia para que ningún grupo enemigo asalte la ciudad. Al amanecer daré las demás instrucciones y veré después si Diómedes logra rechazarme o si yo logro matarlo y apoderarme de sus despojos.

Los troyanos aplaudieron y cumplieron lo ordenado, haciendo los sacrificios acostumbrados; pero los dioses no se dignaron aceptar la ofrenda. Odiaban a Troya y a sus hombres.

Toda la noche permanecieron acampados los troyanos cerca de las hogueras. Próximos a los carros, los caballos rumiaban en tanto se acercaba la Aurora.

ENVÍAN UNA EMBAJADA A AQUILES

Mientras los troyanos montaban guardia, los aqueos estaban dominados por el terror de la huida, agobiados por insufrible pena. Aquejado el Atrida por su sufrimiento, iba y venía ordenando a los heraldos convocasen a una asamblea. Él se ocupaba de hacerlo entre las gentes próximas. Reunidos en la plaza, Agamenón habló entre hondos suspiros y no sin derramar lágrimas:

—Amigos, caudillos y consejeros. Zeus me tiene envuelto en funesto engaño. Había prometido que destruiríamos a Troya antes de regresar a la patria, y ahora, con burla, nos invita a volver deshonorados después de haber sufrido muchas bajas. En esta situación me veo obligado a daros un consejo, a saber: huyamos en las naves, ya que no hemos de conquistar Troya.

Todos quedaron silenciosos; mas Diómedes, fuerte en los gritos de guerra, tomó la palabra:

—Atrida, me obligas a contradecirte, acogiéndome a una costumbre de nuestras asambleas; has menospreciado mi valor ante los dánaos y argivos, jóvenes y viejos; añadiré que Zeus te ha concedido dones encontrados, llevado de su espíritu avieso: con el cetro ha hecho que todos te honren, pero no te ha favorecido con la valentía. Si el corazón te ordena volverte, no te detengas; tienes libre el camino y las naves, esas naves que te han seguido desde Micenas; pero da por seguro que se quedarán aquí otros aqueos hasta que hayamos destruido la ciudad de Troya. Y si ellos son como tú, huyan también. Esténelo y yo continuaremos luchando hasta el fin de Troya; hemos venido protegidos por un dios.

Los aqueos mostraron su aprobación y entonces se levantó Néstor:

—Hijo de Tideo, destacas en los combates por tu valor y sobresales

en el consejo entre los de tu edad. Aventajas a todos y nadie habrá de contradecirte. Pero no has aprovechado las circunstancias; eres muy joven, podrías ser hijo mío; y, sin embargo, has dicho cosas discretas y has hablado con justicia. Yo, que me precio de ser más viejo que tú, voy a decir lo que pienso, sin ocultar nada, confiado en que nadie considerará desdeñables mis palabras. Me atrevo a señalar como hombre sin tribu ni hogar a quien ama las luchas intestinas. Pero la noche nos dice que ha llegado el momento de disponer la cena: Atrida, ordena lo necesario y ofrece a los ancianos una comida. Después, una vez reunidos y consultados los jefes, debes seguir los consejos que estimes acertados. Todos se hallan necesitados de escuchar mejores palabras; el enemigo enciende hogueras cerca de las naves. Esta misma noche habrá de decidirse la pérdida o la salvación del ejército.

Néstor fue obedecido y el Atrida obsequió a los ancianos con una gran comida; al final Néstor habló nuevamente:

—Glorioso Atrida, príncipe entre los guerreros, Agamenón: me dirigiré a ti primeramente y he de decirte lo que considero mejor; nadie ha de aventajarte en sinceridad, hoy como cuando te llevaste a la joven Briseida, quitándosela a Aquiles... No pensabas como nosotros y, dominado por el orgullo, no tuviste reparo en deshonar a ese hombre, a quien los inmortales se complacen en distinguir; continuas guardando la recompensa que había obtenido. He de insistir en que busquemos el medio de convencerlo mediante presentes y también con las más suaves palabras.

El príncipe de los guerreros, Agamenón, respondió:

—Anciano: no has mentido al recordar mi error he procedido mal y no puedo negarlo. Vale mucho el guerrero a quien Zeus distingue; por eso el dios ha querido honrar a Aquiles, derrotando a las tropas aqueas; mas, ya que he procedido mal, quiero satisfacer al guerrero Aquiles y ofrecerle una gran recompensa. He aquí los presentes que pienso darle: siete trípodes para los banquetes, diez talentos de oro, veinte calderos para el fuego y doce caballos de carrera. Entregaré a

Aquiles siete mujeres para los trabajos más primorosos y con ellas devolveré la que le he quitado, Briseida; juro solemnemente que no me uní a ella del modo acostumbrado entre los humanos. Todo eso tendrá Aquiles en seguida, y si los dioses nos consienten destruir la ciudad de Príamo, podrá cargar en su navío oro y plata si acude al reparto del botín. Asimismo, podrá escoger veinte troyanas entre las más hermosas, y si algún día volvemos a la tierra nutricia, dejo a su decisión ser mi yerno; si acepta, he de otorgarle tantos honores como a Orestes, mi hijo menor. Tres hijas tengo en mi palacio: Crisótemis, Laodicia e Ifianasia; puede llevarse la que prefiera, sin dote. Todavía más: le concederé siete ciudades bien pobladas, con abundantes pastos, unas con viñedos y otras cerca del mar. Todo esto dejaré a Aquiles si consiente en deponer la cólera. Que ceda y se me subordine; mi condición real es superior a la suya.

Néstor respondió alabando la generosidad del Atrida y propuso como emisarios a Fénix, que presidiría la embajada; al gran Ajax y a Ulises, con dos heraldos. En seguida la embajada emprendió el viaje.

Al llegar a las tiendas, los embajadores encontraron a Aquiles recreándose con una hermosa lira que había ganado en un botín y le servía para acompañarse en el canto. Solamente le escuchaba Patroclo. Aquiles recibió los emisarios, les ofreció asiento sobre alfombras y los obsequió con copas de bebida. Luego hizo asar buenos trozos de cordero, de cabra y un sabroso lomo de cerdo. Satisfecho el apetito, Ulises llenó su copa, la levantó en honor de Aquiles y le confió la incertidumbre en que se hallaban respecto de la guerra entablada. Luego le instó a olvidar lo ocurrido. Agamenón le ofrecía una reparación satisfactoria.

Aquiles, el de los pies rápidos, contestó:

—Noble Laertiada, sagaz Ulises, voy a deciros con sinceridad lo que pienso hacer; a fin de que nadie vuelva a hablarme sobre esto. He odiado siempre a los que dicen una cosa y hacen otra. Ni Agamenón ni los otros dánaos van a convencerme, pues todos saben que no me

era grato luchar, sin descanso, contra el enemigo. Ningún beneficio he sacado de tantos trabajos, a pesar del riesgo de mi vida. He asolado doce ciudades con mis navíos y otras once en la fértil región troyana. En todas estas acciones recogí abundante botín, que siempre entregué a Agamenón, mientras él guardaba la mejor parte, distribuyendo lo demás. Nobles y reyes conservan lo ganado; solamente yo he sido despojado de lo mío, ya que sigue reteniendo a mi amada esposa. Pues bien, ¡que goce en su compañía! Mas ¿por qué los argivos hemos de combatir a los troyanos? ¿Por Helena? ¿Es que sólo los Atridas aman a sus esposas? También yo quería apasionadamente a esa mujer, y puesto que Agamenón me la arrebató, que no se moleste en tantearme; lo conozco bien y no me convencerá. Que planee contigo y con los otros caudillos el modo de librar los navíos. Ya ha hecho sin mí no pocas cosas, y con todo esto ¡no puede detener las acometidas de Héctor! Decídselo como lo digo, y públicamente, para que los aqueos se enojen como yo si llega la ocasión de que los engañe con el cinismo que acostumbra. No quiero relación alguna con él, pues me ha ofendido y desconfío de sus palabras. ¡Basta ya!

Todos quedaron silenciosos cuando Aquiles termino de hablar. Tomó entonces la palabra el viejo Fénix y manifestó su reserva a quedarse solo si Aquiles se iba pues le había acompañado desde que era niño. Recordó los días felices, cuando lo sentaba en las rodillas, tratándolo como a un hijo. Le recomendó que dominase su soberbia, puesto que Agamenón le ofrecía valiosos presentes y los aqueos le honraban. Terminó con esta prevención:

—Si un día, rechazados los regalos, interviniera en la guerra, no alcanzarías igual honor, aunque lograses alejar de nosotros la contienda.

Aquiles respondió:

—No necesito tal honor; me basta la honra que Zeus me conceda mientras pueda moverme en la proximidad de las naves. Todavía unas palabras, que debes grabar en el espíritu. No me molestes con lamentos

para favorecer al Atrida. Si quieres conservar mi cariño, debes estar en contra de quien me haga daño, ya que él es un igual mío en la realeza. Mientras le llevan el mensaje, quédate y reposa; cuando llegue la aurora, examinaremos el caso de regresar o continuar aquí.

Dicho esto, dio órdenes a Patroclo para que le dispusieran a Fénix una cama, indicando así a las otras personas que debían irse. Entonces Ajax habló de esta manera:

—Ingenioso Ulises, vámonos ya; no veo que podamos alcanzar nada y hemos de llevar la respuesta lo antes posible. Aquiles sigue dominado por la soberbia y nada le importa la amistad de los compañeros. Cultiva la cólera y no se cansa de ella; ¡todo por una mujer! Le ofrecemos siete bien elegidas y esperamos cambie de actitud. Nos envían los dánaos y todos deseamos compartir su amistad.

Aquiles, el de los pies rápidos, contestó:

—Noble Ajax, todo lo que has dicho está de acuerdo con mis sentimientos; pero mi corazón desborda amargura cada vez que recuerdo cómo el Atrida se portó conmigo, tratándome como a un extraño. Id y dadle mi respuesta. No pienso ocuparme de la guerra antes de que el hijo de Príamo, el divino Héctor, haya llegado a las barracas, matando e incendiando. Espero que, a pesar de su ímpetu, decida detenerse cerca de mis tiendas y de mi navío.

Los que le escuchaban hicieron la acostumbrada libación y regresaron hacia las naves, siguiendo a Ulises. Patroclo, una vez que los mensajeros se despidieron, ordenó a las esclavas que dispusieran un lecho para Fénix, con pieles, una manta y sábanas. Allí pasó la noche el anciano.

Aquiles durmió al fondo de la tienda con una mujer que había llevado de Lesbos; Patroclo se acostó también con una mujer que Aquiles le había regalado.

Cuando los comisionados llegaron a las tiendas, les dirigieron preguntas; el primero de todos, Agamenón, deseoso de saber si Aquiles había depuesto la cólera; el divino Ulises no tardó en contestar:

—Lejos de ello, jamás se ha manifestado tan violento. Dice que busques por tu cuenta el medio de salvar las naves y tropas; él se propone embarcar y aconseja a los demás aqueos hagan lo mismo, dando por fracasada la conquista de Troya.

Todos permanecieron mudos. Al fin Diómedes se decidió a decir lo que pasaba:

—Rey de guerreros, Agamenón, no has debido dirigirte al hijo de Peleo ofreciéndole presentes. Su soberbia ha aumentado de modo inaguantable. Dejémoslo que se vaya o se quede. Volverá al combate cuando el corazón se lo diga o algún dios lo incite. Tú y nosotros atendamos a descansar, bien satisfechos de alimentos y bebidas. Más tarde, cuando aparezca la Aurora, ordena que se formen las tropas y los carros, anima a la lucha y da a los guerreros ejemplo, yendo en la primera fila.

Los caudillos presentes manifestaron su conformidad. Hechas las libaciones, se fueron a sus tiendas a dormir.

Canto décimo

DOLONIA

Los jefes aqueos descansaron toda la noche; pero no Agamenón, a quien las preocupaciones tuvieron desvelado. Suspiraba cuando dirigía la mirada a la llanura troyana; tenía motivo para extasiarse ante las hogueras, los sonos de las flautas y el bullicio de la gente; mas si dirigía la atención a los navíos y soldados aqueos, se arrancaba de raíz los cabellos y su corazón desahogábase en grandes lamentos.

Decidió ir en busca de Néstor; se levantó, se puso una túnica, unas sandalias y una piel de león, que le cubría hasta los pies, y tomó su lanza.

Tampoco Menelao había dormido, inquieto con el temor de que les viniese daño a los argivos, llegados por él a Troya, para entrar en la guerra. El guerrero tomó una piel de pantera, el casco y una lanza en su mano robusta, y fue a encontrar a su hermano, a quien el pueblo honraba como a un dios.

Agamenón se estaba acomodando la armadura cuando llegó Menelao. Este le dijo:

—¿Por qué te armas, hermano querido?

Agamenón le respondió que les era necesario un buen consejo y que debían ponerse al habla con Ajax e Idomeneo. Entre tanto él visitaría a Néstor para que hablase, si no tenía inconveniente, a la guardia de la ciudad; le escucharían como a ningún otro.

Menelao le pidió instrucciones y Agamenón le contestó:

—Quédate allá, no sea que no nos encontremos en el camino. Alza la voz por donde vayas y recomienda a todos que estén alerta. No te manifiestes altanero. Zeus nos ha impuesto la servidumbre de los infortunios.

Con estas palabras despidió a su hermano y se dirigió a casa de

Néstor, a quien encontró descansando. A su lado tenía las armas: el escudo, dos lanzas, el casco, el cinturón, que acostumbraba ceñirse cuando iba al frente de las tropas. Incorporándose, le preguntó a quién buscaba, a lo que Agamenón respondió que le acompañara a ver si los centinelas no estaban dormidos. Contestó Néstor:

—Glorioso Atrida, Zeus no satisfará las aspiraciones de Héctor y habrá de padecer mayores infortunios si Aquiles, liberándose de la cólera, cambia de actitud. Desde luego, te seguiré, pero hemos de despertar también a los demás guerreros, al hijo de Tideo, a Ulises, al rápido Ajax y al valeroso hijo de Fileo. ¿Y si fuera alguien a llamar a Ajax y al rey Idomeneo? Ahora bien, aunque yo quiera a Menelao, le reprocharé que se haya quedado en su tienda, cuando debió encargarse de llamar a los caudillos; nos encontramos en una situación intolerable.

Agamenón justificó a Menelao; se había comprometido a hacer lo que Néstor proponía y seguramente estaría con los centinelas. Puestos de acuerdo, se dirigieron hacia las naves aqueas, poniéndose al habla con Ulises y con Diómedes, a quien Néstor dio el encargo de despertar a Ajax y al hijo de Fileo.

Cuando todos se hubieron reunido, vieron que los centinelas se hallaban vigilantes; por lo que Néstor los animó:

—Continuad así, hijos míos; que ninguno se deje vencer por el sueño.

Luego avanzaron hacia el lugar donde había de reunirse el consejo, y Néstor habló así:

—¿No habrá, amigos míos, un hombre que se atreva a ir al campo troyano por algún prisionero y para oír alguna noticia acerca de lo que planea el enemigo? Si lo consiguiera y retornara sano y salvo, alcanzaría fama, además de recibir buena recompensa cada capitán le daría una oveja, y sería invitado a todos los festines.

Ninguno se dio por aludido; habló Diómedes:

—Néstor —dijo—, mi ánimo me lleva al campo enemigo; pero si alguien me acompañara, mi confianza sería mayor.

Al oírle, muchos querían irse con él: los dos Ajax; Merión,

hijo de Néstor; el Atrida Menelao; el paciente Ulises. Entonces Agamenón dijo:

—Hijo de Tideo, elige el compañero que quieras.

Diómedes replicó:

—Si me invitáis a elegir, no podría olvidar a Ulises, notable como nadie por su ánimo, además de que Atenea lo distingue. Yendo él, estoy seguro de que regresaríamos, pues Ulises está siempre en todo.

Ulises asintió:

—No me alabes tanto, pues los argivos saben a qué atenerse. Vámonos, pues, que la noche está muy adelantada.

Ulises y Diómedes procedieron a ponerse las armas con gran cuidado y se despidieron de los jefes. Del lado derecho y al borde del camino oyeron graznar una garza, mensajera de Atenea. La noche no les permitió verla, pero oyeron su grito y lo interpretaron favorablemente. Ulises dirigió a Atenea esta súplica:

—Escúchame; siempre me has ayudado y conoces todos mis movimientos. Hoy más que nunca necesito me favorezcas para volver con gloria a nuestras naves después de realizar una hazaña que inquieta a los troyanos.

Diómedes suplicó a la misma Atenea:

—Escúchame también, hija de Zeus, y acompáñame como acompañabas a mi padre, el divino Tideo, cuando iba para hablar a los aqueos.

Tales fueron las oraciones de los guerreros, que Atenea escuchó. Luego Diómedes y Ulises avanzaron entre cadáveres, armas abandonadas y sangre negra.

Tampoco Héctor había dejado dormir a los soldados troyanos; convocó a los más nobles para exponerles un plan:

—¿Quién estará dispuesto a realizar lo que voy a proponer? Daría un carro y dos caballos, los mejores que se encuentren, a quien ose acercarse a los bajeles y averiguar si todavía los guardan como antes o si discuten la manera de huir y renuncian a velar.

Nadie dijo nada; pero había un tal Dolón, hijo de un heraldo; era feo, pero se distinguía como gran corredor; fue él que habló:

—Me siento, Héctor, impulsado a ir hasta las naves, más para decidirme habrás de prometer solemnemente que me darás los caballos y el carro del hijo de Peleo. No seré un espía inútil y atravesaré el campo de uno a otro lado hasta llegar a la nave de Agamenón, donde seguramente cambian impresiones acerca de si deben huir o luchar.

Héctor tomó el cetro e hizo el juramento:

—Sea testigo Zeus de que ningún troyano, sino tú, ha de tener esos caballos.

Dolón se echó a la espalda un arco, se cubrió con una piel de lobo y un casco de piel y tomó un dardo. Luego abandonó el campo y se encaminó hacia los navíos, sin pensar que no volvería a dar la respuesta a Héctor.

Una vez que hubo dejado atrás la aglomeración de hombres y caballos, continuó avanzando; pero no tardó en ser advertido por Ulises, quien dijo a su compañero:

—Ahí viene un enemigo, no sé si para espiar nuestras naves o para buscar algún despojo. Dejémoslo que se adelante más para acometerlo y sujetarlo. Si echa a correr, conviene perseguirlo y alejarlo de su campo, de modo que puedas dominarlo con tu lanza.

Se apartaron a un lado y poco después pasó Dolón corriendo. Cuando se había alejado un poco, los dos guerreros se precipitaron a su alcance. Dolón se detuvo al oír el ruido, creyendo que eran compañeros suyos despachados para que se volviera; mas, al ver que se trataba de enemigos, se lanzó a huir; pero ellos fueron tras él. En el momento en que iba a dar con los guardias de las naves, Atenea dio nuevas energías al hijo de Tideo, quedando Diómedes en segundo lugar. Blandiendo este su lanza, gritó:

—¡Eh! ¡Detente, si no quieres que te alcance y te mate!

Diciendo esto, le arrojó la lanza, que le pasó por encima del hombro y fue a clavarse en tierra. Dolón se detuvo dando diente con

diente y pronto fue alcanzado por los dos guerreros, que le sujetaron mientras lloraba y decía:

—Llevadme prisionero. Mi padre pagará un gran rescate si sabe que estoy a salvo.

Ulises respondió:

—Tranquilízate y no pienses en la muerte; dinos claramente a dónde vas en la noche, lejos de tu campo, cuando todos descansan. ¿Te proponías despojar algún cadáver o te ha enviado Héctor como espía?

Dolón contó lo que Héctor le había prometido. Ulises le alabó los regalos que iba a recibir, pidiéndole que los informara acerca de las posiciones que Héctor ocupaba y los planes que tenía:

Dolón contestó:

—Voy a decirte lo que sé. Héctor ha reunido a sus consejeros. No ha puesto centinelas; pero los troyanos velan junto a las hogueras y se animan entre sí. En cambio, los aliados descansan y se desinteresan de las guardias, pues no tienen ahí a sus mujeres e hijos.

Ulises le preguntó:

—¿Duermen mezclados con los troyanos o separados, en otro sitio?

Dolón dijo cuál era la disposición de las fuerzas, entre ellas las llegadas de Tracia, con su rey, Reso. Luego pidió que lo llevaran cerca de los navíos o lo tuvieran amarrado hasta comprobar que había dicho la verdad. Pero Diómedes estimó peligroso dejar a Dolón con vida y procedió a degollarlo y a despojarlo de lo que llevaba. Ulises lo ofrendó a Atenea, a la vez que pedía a la diosa los guiase hasta el campamento de los tracios.

Después los dos avanzaron, llegando pronto al lugar ocupado por los guerreros tracios, que dormían, las armas al lado, dispuestas en tres filas. Cada guerrero tenía próximo un par de caballos.

Reso dormía en medio de las tropas, con el carro cerca y los caballos sujetos por correas. Ulises fue el primero en verlo y dijo a su compañero:

—Ese es el hombre y esos son los caballos de que nos habló Dolón.

¡Hay que hacer algo! Apodérate de los caballos y mata hombres; yo me ocuparé de nuestro tiro.

Atenea, la diosa de los ojos de lechuza, dio ahora gran acometividad a Diómedes, que mató aquí y allá entre lamentos de heridos y moribundos. Por su parte, Ulises, a medida que Diómedes los mataba, iba cogiéndolos por los pies y apartándolos para que los caballos pasaran y no temblasen al marchar sobre cadáveres.

Diómedes hizo de Reso la víctima siguiente, precisamente cuando el rey sufría la pesadilla de una aparición funesta que Atenea le enviaba. Aprovechó la ocasión Ulises y soltó los caballos, los ató con correa y los sacó de allí, golpeándolos con su arco, pues no había tomado el látigo del carro.

Ulises dio un silbido para avisar a Diómedes; pero este planeaba llevarse el carro con las armas, arrastrándolo por el timón y cargándolo a sus espaldas si esto no era posible, seguiría matando tracios. En esta vacilación se presentó Atenea y le dijo:

—Mejor regresa a las naves antes de que tengas que hacerlo huyendo, no sea que algún dios despierte a los troyanos.

Diómedes, al reconocer la voz de la diosa, se lanzó hacia el carro, cuyos caballos Ulises golpeó con el arco e hizo correr en dirección de los navíos. Mas Apolo estaba vigilante y al advertir que Atenea seguía al hijo de Tideo se precipitó entre los troyanos para despertar a su consejero Hipoconte. Este abrió los ojos y descubrió la falta de los caballos y la horrible carnicería; se levantó y llamó, alzándose un tumulto cuando los troyanos vieron la destrucción producida por los dos hombres.

Al llegar al sitio donde habían matado al espía de Héctor, Ulises detuvo los caballos y Diómedes saltó a tierra y recogió los despojos. Luego reanudaron la marcha a todo galopar.

Néstor fue el primero que se dio cuenta de que llegaban, y lo comunicó a los jefes; fue grande la alegría al recibirlos y saber por Ulises cómo habían realizado la hazaña:

—Seguramente, Néstor, un dios podría volver con unos caballos mejores que estos, pues sabemos que asiste a los dioses un poder extraordinario; los que traemos son de Tracia. Diómedes mató a su dueño, el rey Reso, y a doce nobles. Otra víctima fue un espía que sorprendimos cerca de las naves, enviado por Héctor para observar lo que hacía nuestro ejército.

Diómedes hizo que saltasen el foso los caballos. Iban con él los otros aqueos, y cuando llegaron a la tienda del hijo de Tideo ataron los corceles al pesebre donde estaban los caballos de Diómedes. Ulises puso los despojos de Dolón en la popa del navío y después él y Diómedes se bañaron tranquilamente en las pilas. Limpios y untados con aceite, ofrecieron a la diosa Atenea la libación de dulcísimo vino y se sentaron a comer.

HAZAÑAS DE AGAMENÓN

La Aurora dejaba el lecho para llevar luz a los dioses y a los hombres; Zeus aprovechó para enviar la Discordia hasta los aqueos con su señal de guerra en las manos. Luego que la funesta diosa llegó a la nave de Ulises, se puso en sitio destacado para que la oyeran de los dos lados: de las tiendas de Ajax y de las de Aquiles, quienes habían sacado a tierra los navíos. Ya allí, irguiéndose, dio un terrible grito que llevó ánimo a los aqueos para luchar y combatir. Desde ese momento la guerra fue más aceptable que el retorno a la patria en las naves.

El Atrida hizo que los argivos se aprestaran a la batalla y él se puso la armadura; primero, las canilleras para proteger las piernas; después, la coraza para defender el pecho. Colgó del hombro la espada y abrazó el escudo. Se cubrió con un casco y tomó dos lanzas bien aguzadas, cuyo metal relumbraba hasta el cielo. Atenea y Hera tronaron en honor del rey de Micenas.

Cada guerrero ordenó a su caballerizo tener dispuestos los caballos junto al foso, mientras la infantería avanzaba. Al llegar la Aurora se elevó un clamor sin fin. Entonces Zeus promovió un terrible ruido e hizo caer un rocío de color sangriento, significando que la muerte aguardaba a muchos de los combatientes.

Los troyanos se formaron sobre una colina de la llanura, rodeando a Héctor y a otros guerreros. Héctor, en la vanguardia, aparecía entre los combatientes y daba órdenes. Cubierto de bronce, relucía como un relámpago del padre Zeus. Los troyanos y los aqueos se lanzaban los unos contra los otros y se mataban sin pensar en huir; se embestían como lobos.

La Discordia recreábase viéndolos; era la única divinidad que había en el campo. Los otros dioses se hallaban en sus palacios del

Olimpo, censurando a Zeus por su decisión de dar la gloria a los troyanos.

Desde el amanecer continuó la lucha a lo largo del día y seguían cayendo los hombres. A la hora en que el leñador prepara su almuerzo, rendido y necesitado de reparar las fuerzas con alimentos, en ese mismo tiempo los dánaos lograron romper las falanges troyanas, acción en que se distinguieron principalmente Agamenón y otros guerreros.

Zeus libró a Héctor de las acometidas mientras el Atrida Agamenón seguía peleando. Los troyanos huían y buscaban la ciudad, perseguidos por el Atrida. Sus manos estaban manchadas de polvo. Al llegar a las puertas se detenían y aguardaban a los otros, mientras los retrasados seguían huyendo. Así el poderoso Agamenón perseguía a los troyanos y abatía a los últimos en librarse de su furia.

Cuando el Atrida se acercó a la muralla, el padre de los hombres y de los dioses se sentaba en la cima del monte Ida e invitaba a Iris, la recadera de las alas de oro, a llevar un mensaje:

—Vete en seguida y dile a Héctor que mientras Agamenón se mueva en las primeras líneas, él debe retroceder, aunque animando a las tropas en el combate. Pero cuando Agamenón, herido de lanza o flecha, suba al carro, daré a Héctor el poder de destrozar al enemigo hasta que llegue a las naves.

Iris bajó presurosa a Troya, donde encontró al hijo de Príamo, el divino Héctor, en su carro y detrás de los caballos. La diosa se acercó, le dio el mensaje y se alejó rápida, una vez cumplido el encargo. Héctor saltó a tierra y procedió de acuerdo con las instrucciones. Animados por sus palabras, los troyanos hicieron frente a los aqueos, y los argivos reforzaron las falanges, reanudándose el combate con decisión por una y otra parte. Agamenón se lanzó el primero, resuelto a pelear en primera línea, como lo hizo, con gran valor, en luchas individuales, pero acabó por ser herido. Como el dolor era insufrible, saltó al carro y ordenó al auriga lo llevara a las naves, no sin gritar a los dánaos:

—Amigos: a vosotros os toca alejar de los navíos el combate, ya que Zeus no me deja seguir peleando.

El cochero de Agamenón fustigó los caballos, dirigiéndolos hacia las naves a fin de apartar de la batalla al caudillo. Cuando Héctor se dio cuenta de que Agamenón se había retirado, animó a los suyos:

—Troyanos que combatís dando la cara: sed hombres y mostrad vuestra decisión. El enemigo más poderoso se va del combate y Zeus me reserva el triunfo.

¡Adelante con los caballos hasta enfrentarnos con los dinaos y lograr la victoria!

De esta manera excitó el entusiasmo y valor de los combatientes. El valeroso guerrero marchó el primero y caía en la lucha con la violencia de una tormenta. Varias fueron las víctimas de la acometividad de Héctor, entre ellas algunos caudillos y numerosos soldados, segadas las cabezas por la espada. Era un verdadero estrago y los aqueos se habrían acogido a las naves si Ulises no hubiese movido el celo de Diómedes.

—¿Qué ha sucedido, hijo de Tideo? ¡Ea, ven a mi lado! Sería vergüenza que Héctor se apoderase de nuestros navíos.

Diómedes contestó:

—Puedes contar conmigo, pero nuestra satisfacción, no va a ser duradera; Zeus no está ahora de nuestro lado, sino del troyano.

Ulises y Diómedes se lanzaron a la pelea y dominaron pronto a varios notables enemigos. Al advertir Héctor la presencia de Diómedes y Ulises, se lanzó contra ellos, seguido de las falanges troyanas. Diómedes impresionado, dijo a Ulises:

—Ahí viene contra nosotros ese azote de Héctor. Aguardémosle y hagamos por rechazarlo.

Blandió su lanza y la arrojó contra Héctor, logrando acertarle en el casco, sin alcanzarle la cabeza, defendida por el yelmo de tres capas. Sin embargo, Héctor retrocedió y pronto cayó de rodillas; pero se reanimó y montó de nuevo en su carro, que guió a través de la muchedumbre

hasta salir de la mala situación. Lanza en mano, Diómedes le gritaba:

—¡De nuevo, perro, te has librado de la muerte! Pero acabaré contigo la próxima vez, si un dios me ayuda como a ti. Hoy me reservo para otros enemigos que se pongan al alcance.

Así lo hizo al abatir a uno de los guerreros contrarios. A su vez, Paris acertó con su arco a Diómedes en la planta del pie, cosa que celebró con risas, alabándose:

—Te he dado; no ha fallado mi arco. ¡Lástima que no te haya dado en el vientre y quitado la vida! Así hubieran respirado felices los troyanos que tiemblan cuando te acercas.

Sin alterarse, Diómedes le contestó:

—Flechero, orgulloso de tu arma de cuerno, si hubiéramos luchado frente a frente, de nada te habrían servido el arco y las flechas. Te alabas de hacerme un rasguño en el pie lo que me inquieta como si fuera una herida hecha por manos de un niño. ¡Dardos que proceden de un hombre sin valor, de un hombre inútil! Muy diferente es el mío, que mata y deja viudas y huérfanos.

Ulises se acercó y se puso delante de Diómedes para que pudiera arrancarse la flecha, con un sufrimiento tan grande que montó en el carro y ordenó al auriga lo llevara hacia las naves; el dolor era irresistible.

Ulises quedó solo, pues los argivos desaparecieron, y él lo lamentó con quejas y exclamaciones al verse rodeado de troyanos. Decidió defenderse y acometió, hiriendo y matando, no sin que se le enfrentase Socos, adversario que logró herirlo ligeramente en un costado. Atenea impidió que el arma penetrara más, y Ulises, al advertir lo leve del golpe, se dirigió a Socos y lo atravesó con su lanza. Al ver correr la sangre de Ulises, los troyanos se sintieron animados y avanzaron contra él, obligándolo a llamar en auxilio a sus compañeros. Lo oyó Menelao y dijo a Ajax:

—Hasta mí ha venido la voz de Ulises en un tono que dice hallarse en situación difícil. Vamos a socorrerlo; temo por él mientras se encuentre solo y atacado.

Menelao avanzó seguido de Ajax, hasta encontrar a Ulises acometido de todos lados por los troyanos, aunque, Ulises, saltando con la lanza, evitaba lo hiriesen. Ajax se acercó protegido por el escudo y dispersó a los troyanos mientras Menelao sacaba a Ulises y lo llevaba de la mano. Ajax siguió luchando con tal ímpetu que abatió a varios enemigos.

No supo Héctor lo que ocurría; batallaba en la parte izquierda y se destacaba por su acometividad y sus hazañas. Sin embargo, los aqueos no le habrían dejado paso si Paris no viniera e hiriese con una flecha a Macaón, enemigo peligroso. Durante un momento los aqueos temieron que la batalla se inclinara en su contra. En esa situación Idomeneo advirtió a Néstor:

—Néstor, sube al carro y que Macaón vaya contigo; un médico vale más que nadie para retirar las flechas y aplicar remedios.

Néstor se fue con Macaón hacia las naves, satisfechos ambos de hacerlo.

Cebrión, que iba con Héctor, advirtió ciertos movimientos de los troyanos y le dijo lo que sucedía: era necesario acudir en su ayuda. Así lo hicieron. En la carrera, la sangre del campo manchaba el eje del carro y los barándaes. Héctor, deseoso de penetrar en la masa enemiga y romperla con su empuje, evitaba enfrentarse a Ajax, pues desagradaba a Zeus que luchara con uno más valeroso. Zeus comunicó entonces cierto temor al ánimo de Ajax, quien se detuvo atónito, echó a la espalda su escudo y buscó protección de la muchedumbre, mirando desconfiado a una y otra parte. Se apartaba de los troyanos, abatido el ánimo, pues temía por la suerte de los navíos; mas no por eso dejaba de luchar con los que lo acometían. Hubo un momento en que encontró la ayuda de un guerrero amigo; pero en seguida acudió Paris y le dio con una flecha, arreciando la lucha con intensidad.

Néstor se alejaba del combate con Macaón, llevando el carro velozmente. Muy pronto los reconoció Aquiles, que miraba la lamen-

table retirada desde su navío; impresionado por ello, llamó a Patroclo, quien no tardó en salir.

—¿Por qué me llamas, Aquiles? ¿En qué puedo servirte?

Aquiles contestó:

—Creo, amigo mío, que los aqueos van a humillárseme; están en necesidad extrema. Deseo que veas a Néstor y le preguntes quién es ese hombre que trae herido; se parece a Macaón, pero no he podido fijarme en su rostro, pues los caballos han cruzado por aquí a galope.

Patroclo echó a correr a lo largo de las tiendas y de los navíos aqueos.

Cuando Néstor y Macaón llegaron, descendieron del carro y el servicio del anciano desenganchó los caballos mientras los guerreros buscaban el fresco de la brisa marina. Después entraron en la tienda y se sentaron a descansar.

Hecamede, la joven esclava que el anciano había tomado en Tenedos, se apresuró a prepararles un refrigerio. Pero antes acercó una mesa de pies de metal; puso en ella una fuente, cebollas para excitar el deseo de beber, miel y harina de cebada. Trajo también una magnífica copa con cuatro asas que figuraban palomas en actitud de beber. El peso de la copa exigía esfuerzo para alzarla, pero el anciano lo hacía sin molestia. Hecamede mezcló vino y queso de cabra desmenuzado; añadió harina e invitó a los guerreros a tomar el manjar. Después de calmar la sed, y cuando se hallaban conversando, apareció en la entrada Patroclo, igual a un dios. Al verlo Néstor lo cogió de la mano y lo invitó a descansar; mas Patroclo se excusó:

—No es hora de sentarme y ruego no insistas, pues hemos de respetar al que me envía para saber quién es el herido que has traído de la batalla; veo aquí a Macaón y así me vuelvo a decírselo al guerrero Aquiles. Ya sabemos lo impulsivo que es; no tardaría en acusar a un inocente.

Néstor le respondió:

—¿Cómo es que Aquiles se apiada de los aqueos alcanzados por

los dardos? ¿Ignora que sufre el ejército? Heridos de cerca o de lejos están los más valerosos en las naves, entre ellos Diómedes, Ulises y el mismo Agamenón, así como este que ves aquí, víctima de una flecha. A pesar de su conocida nobleza, Aquiles no se compadece de los dánaos. ¿Espera que el enemigo incendie las naves y que uno tras otro vayamos sucumbiendo todos? El vigor de mis miembros no es el de antes. ¿Si pudiera recuperar la energía!

Néstor se refirió luego a la conducta de Aquiles apartado de la pelea, a quien aguardaban muchas lágrimas si las tropas llegaban a ser aniquiladas. Tenía la esperanza de que Aquiles decidiera dar sus armas a Patroclo y que este, seguido por las tropas, fuera confundido con Aquiles y pusiera a los troyanos en la decisión de dejar la batalla.

Patroclo sintió que el corazón le brincaba y corrió hacia Aquiles. En el camino encontró herido en un muslo a su amigo Eurípiles, a quien llevó a la tienda, donde le quitó la flecha; luego lavó la sangre y aplicó a la herida una raíz que calmó el dolor de Eurípiles y secó la llaga.

COMBATE EN LAS MURALLAS

Luchaban revueltos argivos y troyanos con tal furor, que pronto iban a ser inútiles el foso y la ancha muralla levantada para proteger los navíos. No habían ofrecido los acostumbrados sacrificios a los dioses, quienes desdeñaron aprobar aquellas defensas, que se hallaban amenazadas de desaparecer. Continuaron firmes los muros en tanto vivió Héctor y siguió Aquiles con su cólera, pero una vez muertos los mejores troyanos y cambiadas las circunstancias favorables, Poseidón y Apolo pensaron hacer desaparecer la muralla. De ello se encargó Apolo mientras Zeus hacía que lloviese para arrastrar los muros hacia el mar. El dios Poseidón dirigía la tarea con el propósito de arrojar a las aguas los cimientos que trabajosamente habían alzado los aqueos. Una vez conseguido, lo niveló todo en la orilla del Helesponto y cubrió de arenas la playa sobre las ruinas, devolviendo los ríos a sus cauces.

Esto es lo que tenían determinado. Seguían la batalla y su tumulto alrededor de la muralla, con la intervención de Héctor, que animaba a todos a pasar el foso. Mas los caballos se resistían y relinchaban, atemorizados por la anchura que habían de salvar; no podían franquear la distancia de un salto, ni recorrerla al paso. Pero si los carros de un solo caballo no podían vencer esos obstáculos, los soldados de a pie lo intentaban.

Así las cosas, Polidamante propuso a Héctor dirigiese la maniobra de dejar los caballos cerca del foso mientras la infantería avanzaba, protegidos los hombres con los escudos. Calculaba que los aqueos no los esperarían en aquel sitio: la derrota troyana estaba decidida por los dioses.

Héctor se dispuso a intentarlo con sus gentes, decidido a llevar el

empuje hasta los navíos. No tardaron en ocurrir choques entre los bandos y vinieron hechos sangrientos y heroicos, mientras los soldados jóvenes que seguían a Héctor continuaban vacilantes al borde del foso. La razón era que cuando se disponían al avance, pasó un águila llevando en las garras una serpiente monstruosa, todavía viva, que al defenderse picó al ave en el pecho, produciéndole un dolor tan fuerte que hubo de soltarla. La serpiente cayó en medio del ejército, mientras el águila se alejaba chillando.

Se alarmaron los troyanos al ver la sierpe, como un presagio de Zeus, y Polidamante se acercó a Héctor y le dijo:

—Sueles reprenderme en las asambleas, a pesar de mis buenos consejos, pero en esta ocasión voy a decir lo que estimo mejor. No debemos disputarles a los dánaos sus navíos. Así como el ave tuvo que soltar la serpiente, sin poder llevarla como alimento a sus crías, a nosotros, aunque llegáramos a forzar las murallas aqueas, no nos sería fácil volver por los mismos caminos y serán muchos los que morirán en la batalla de las naves. Esto es lo que te diría un adivino.

Mirándolo de arriba abajo, Héctor le contestó:

—Me disgusta oírte hablar así. Si realmente lo has dicho en serio, es que los dioses te han quitado el juicio, pues olvidas las promesas de Zeus al pretender que me guíe por las aves de alas grandes. Nada me importa que vayan a la derecha o a la izquierda. Obedezcamos las decisiones de Zeus; sólo hay un augurio bueno: defender la patria. ¿Por qué temes la guerra y las matanzas? Te advierto que si desanimas a otros a combatir, no tardarás en saber lo que es un golpe de mi lanza.

Héctor avanzó el primero entre entusiastas gritos.

Zeus envió unos vientos que echaron sobre las naves gran polvareda, a la vez que acobardaba a los aqueos y daba la victoria a los troyanos que intentaban quebrantar el muro aqueo. Arrancaban las vigas, demolían los parapetos, derribaban los pilares de refuerzo; mas, a pesar de todo, los dánaos no dejaban libre el paso: protegían las defensas con los escudos y desde sus posiciones trataban de detener el

avance con armas arrojadizas. Los dos Ajax arengaban a los aqueos, y cruzaban de uno y otro lado hirientes piedras, unas contra los troyanos, otras contra los aqueos, produciendo los golpes ruido enorme.

Pero los troyanos y el ilustre Héctor no habrían roto la puerta de la muralla si Zeus no hubiera lanzado a Sarpedón contra los argivos. Cubierto con un escudo de bronce, forrado con pieles de buey, avanzó blandiendo dos lanzas.

Sarpedón convenció a Glauco para que pelease a su lado y los siguieron muchos licios. Pero, ya en la muralla, se encontraron en el caso de luchar contra Ajax el mayor, a quien acompañaba Teucer. En uno de los choques, Ajax cogió una piedra angulosa y lanzándola violentamente destrozó el cráneo de Epicles. Teucer, a su vez, hirió con una flecha en el brazo a Glauco, que huyó para evitar le viera algún aqueo y se vanagloriase de ello.

Sarpedón lamentó la retirada de Glauco e hizo el esfuerzo de agarrar con sus manos el parapeto, que arrancó, dejando libre de obstáculo parte de la muralla. Al advertirlo, Ajax y Teucer atacaron con dardos a Sarpedón, acertándole; mas Zeus evitó que las heridas fueran graves y pudo alejarse del lugar esperanzado en el triunfo. Siguió excitando a los licios a combatir y se empeñó un encuentro en el que corrió sangre abundante de uno y otro lado.

A pesar de la acometividad, los troyanos no lograban que los aqueos huyeran, y el combate aparecía equilibrado. Así ocurría antes de que Zeus decidiera otorgar el éxito a Héctor, pues logró saltar el primero a la muralla, gritando a los suyos:

—¡Adelante, troyanos! ¡Adelante hasta incendiar los barcos!

Animados, avanzaron en masa y fueron muchos los que subieron por las vigas sin soltar las lanzas. Con tremendo esfuerzo, Héctor arrojó una gran piedra y consiguió romper los goznes de la puerta, sin que las barras pudiesen resistir el golpe.

Héctor se lanzó entonces, refulgente el bronce que lo cubría y blandiendo dos lanzas. Nadie hubiera podido detenerlo al cruzar la

puerta. Sus ojos lanzaban llamas y los troyanos lo siguieron cuando ordenó franquear la muralla, que unos escalaban mientras los demás se introducían por el hueco. Ante la acometida, los dánaos huyeron hacia las naves en medio de inmenso clamor.

LUCHA JUNTO A LAS NAVES

Después que Zeus llevó a los troyanos y a Héctor cerca de las naves, decidió dejarlos sin obtener ventaja alguna, mientras contemplaba de lejos el país de los caballerosos tracios. Y no volvió ya sus ojos hacia Troya; creía que ningún inmortal iría en ayuda de troyanos y dánaos.

Pero Poseidón estaba vigilante y seguía la lucha desde una altura que le permitía ver la ciudad de Príamo y los navíos aqueos. Al salir del mar había ido allí, indignado contra Zeus, y compadecía a los aqueos, dominados ahora por los troyanos.

No tardó en descender de la montaña. Con tres zancadas llegó a Egea, donde tenía su palacio en las profundidades del mar. Enganchó al carro los dos caballos; se cubrió con una túnica, tomó un látigo con mango de metal y guió sobre las olas. Los monstruos marinos salían y saltaban a su alrededor; se abría el mar gozosamente ante su carro y los corceles volaban tan veloces que el eje no se mojaba. El dios llegó a los navíos aqueos. Detuvo su marcha en una gruta, desenganchó los caballos, dándoles de comer un pasto divino; les puso trabas para que no se movieran y se dirigió hacia el ejército aqueo.

Ahora los troyanos seguían a Héctor y atacaban furiosamente, confiados en tomar las naves aqueas y matar a los guerreros. Se ocupó Poseidón de animar a los argivos y excitar a los dos Ajax a combatir, oponiéndose a Héctor; les tocó con su cetro y les comunicó ardor y fuerza y más ligereza a sus miembros, especialmente a las extremidades. Luego se retiró bruscamente.

Uno de los Ajax reconoció al dios y se lo dijo al otro Ajax, a la vez que le manifestaba sentir ahora una mayor decisión de combatir y cierta impaciencia en pies y manos; el hijo de Telamonio le respondió

que advertía lo mismo y con tal intensidad que estaba decidido a luchar con Héctor.

En tanto hablaban, Poseidón excitaba a los aqueos, embargados por la pena al ver que los troyanos dominaban la muralla. No le fue difícil a Poseidón reanimar a las falanges con esta arenga a los caudillos más animosos:

—¡Qué vergüenza, juventud aquea! Si os decidís a luchar, prometo salvar las naves; pero si abandonáis la guerra, este será el día victorioso para los troyanos. Hasta hace poco los troyanos no osaban resistir la acometida y la energía aqueas, mientras que ahora combaten cerca de nuestros navíos. Mas si Agamenón es responsable de haber ultrajado al hijo de Peleo, no por esto vamos a abandonar el combate. No podéis olvidar el ímpetu guerrero. Nos hallamos en dura batalla, donde pelea Héctor después de quebrantar la puerta de la muralla.

Los aqueos cobraron nuevo vigor y se dispusieron a seguir a los dos Ajax. Hombro con hombro, lanza con lanza, los mejores guerreros aguardaban a los troyanos y a Héctor formados en apretadas filas. Solo pensaban en avanzar y combatir.

Los troyanos acometieron siguiendo a Héctor, pero la embestida, que prometía llegar hasta el mar, las tiendas y los navíos aqueos, hubo de pararse ante las falanges enemigas que lograron oponerse al avance con sus espadas y sus lanzas. Obligado Héctor a retroceder, gritó a los suyos:

—¡Troyanos, licios, dárdanos, manteneos firmes: no podrán resistir mucho tiempo, aun cuando hayan hecho un frente cerrado! Mi lanza los hará retirarse si cuento con la ayuda del dios esposo de Hera.

Con estas palabras dio ánimo a los soldados, produciéndose encuentros individuales con la intervención de Héctor y de los dos Ajax. Poseidón, apenado con la muerte de un nieto suyo, se dirigió hacia las tiendas y los navíos para excitar a los dánaos contra los

troyanos. En el camino lo halló Idomeneo. Al verlo, Poseidón le dijo con la voz fingida de Toante, a quien el pueblo honraba como a un dios:

—Dime, Idomeneo, ¿qué se han hecho las amenazas de los aqueos a los troyanos?

Idomeneo contestó:

—Nadie es culpable de lo que ocurre, pues todos sabemos pelear y nadie se acobarda; pero, sin duda, el hijo de Cronos desea que los aqueos sucumban. Y ya que tú sabes animar a los pusilánimes, no dejes de hacerlo ahora.

Poseidón dijo a su vez:

—Ojalá sirva de presa a los perros el que abandone la pelea. Toma las armas y ven conmigo; debemos luchar y ver si servimos de algo, aunque solo seamos dos.

El dios volvió al combate, mientras Idomeneo se puso su armadura, tomó dos lanzas y salió. Luego se cruzó con Meriones, que iba en busca de otra lanza. Idomeneo le dijo:

—En mi tienda podrás encontrar no una sino veinte lanzas troyanas tomadas a los que he vencido. Además tengo escudos, cascos y corazas.

Meriones dijo:

—También tengo yo abundantes despojos troyanos; pero están lejos. No creo haya decaído mi valor.

Meriones se apresuró a buscar la lanza y se reunió a Idomeneo. Cuando se acercaban al campo de batalla, Meriones preguntó:

—¿Por dónde quieres que entremos? En todas partes hemos de dar con los aqueos.

Idomeneo le contestó:

—En el centro hay buenos defensores, los dos Ajax y Teucer. Ante ningún enemigo se volverán, y ni aun ante Aquiles retrocederían, al menos en una lucha cuerpo a cuerpo, ya que en la carrera es imposible aventajarle. Vámonos del lado izquierdo y

veremos si algún guerrero nos despoja de la gloria o nos da la ocasión de ganarla.

Meriones iba delante, y cuando los troyanos vieron a Idomeneo, se animaron para ir contra él, arreciando así la lucha ante las popas de los navíos. Los dos hijos de Cronos se aplicaban a preparar infortunios a los héroes. Zeus quería la victoria de los troyanos y de Héctor; Poseidón animaba a los argivos con su presencia, afligido de ver cómo los troyanos dominaban a sus protegidos. Ambos eran del mismo linaje, pero Zeus era el mayor. De ahí que Poseidón ayudase a los aqueos secretamente y disimulado en la figura de un mortal. Movidos por disposiciones encontradas, cada uno tiraba por su lado de una cadena que destrozaba las rodillas de los guerreros.

Aunque algo canoso, Idomeneo dio ánimo a los dánaos al acometer a los troyanos, no sin que él corriera serios peligros. Deífobo quería vengar la muerte de un amigo y arrojó un dardo a Idomeneo, sin acertarle. Idomeneo, siempre enardecido, deseaba matar o caer y que los aqueos se librasen de la terrible situación. Su vigorosa lanza logró atravesar el pecho del héroe Alcátoo, y este cayó con la lanza clavada en el corazón; al palpar, hacía vibrar la punta del arma.

Idomeneo se alabó de haber muerto a tres enemigos y desafiaba a Deífobo, que quería buscar algún troyano que le ayudara a enfrentarse a Idomeneo, decidiendo dirigirse a Eneas. Lo encontró en la retaguardia, siempre disgustado con Príamo, que no le distinguía a pesar de su bravura. Deífobo le dirigió estas palabras:

—Ha llegado, Eneas, la hora en que debes ayudar a tu cuñado. Sígueme y vengamos a Alcátoo, muerto a manos de Idomeneo. Recuerda que Alcátoo te crió en su palacio.

Impresionado Eneas, fue hacia el matador; pero Idomeneo, lejos de acobardarse, lo aguardó en el sitio, dispuesto a recibir la acometida de Eneas y llamó a varios de los compañeros:

—Venid, amigos, me encuentro solo y temo la embestida de Eneas, que ya se acerca. Hombre de gran ímpetu, está en la flor de la edad y en pleno vigor juvenil.

Obedientes se le acercaron, los escudos en los hombros. Eneas pidió también la ayuda de algunos compañeros: Deífobo, Paris y Agenor. Las tropas fueron detrás de ellos, y el pecho de Eneas se llenó de alegría cuando vio que los suyos le acompañaban.

Se entabló el combate alrededor del cadáver de Alcátoo. La lucha de Eneas e Idomeneo puso de manifiesto la energía de los dos combatientes, mientras caían otros guerreros. Deífobo, Meriones y Menelao se distinguieron por su acometividad y suerte en los encuentros, uno de ellos, el más duro, entre Menelao y Pisandro; llegaron al cuerpo a cuerpo, armado aquel de su espada y el segundo de un hacha de bronce con largo mango de madera de olivo. Pisandro dio al enemigo en el casco y Menelao hirió a Pisandro encima de la nariz, de modo tan fuerte que le crujieron los huesos y se le desprendieron y cayeron los ojos, derrumbándose. Menelao le puso un pie en el pecho, lo despojó de la armadura y exclamó:

—Así es como debéis dejar los navíos dánaos, troyanos, perjuros e insaciables al gritar en las acometidas, pródigos en los ultrajes; vosotros, los que os habéis llevado a mi mujer después de haber sido recibidos por ella afablemente en su casa. Y todavía queréis destruir, incendiándolas, nuestras naves y matar a los aqueos. ¡Oh padre Zeus!, reconocido es que superas a hombres y dioses y favoreces excesivamente a esos guerreros troyanos de temible acometividad, insaciables en las luchas. Solemos cansarnos del sueño, del amor, de las melodías, de las danzas, pero los troyanos ponen en los combates su empeño nunca satisfecho.

Dichas estas palabras, Menelao, después de despojar de las armas el cuerpo de Pisandro, las entregó a los compañeros y volvió a las primeras líneas de batalla. Un guerrero enemigo, Harpalión, le acometió con su lanza y fue atravesado por una flecha de Meriones,

que le pasó la vejiga de parte a parte y lo dejó cual gusano en el suelo.

La lucha era como un fuego, pero Héctor ignoraba que los argivos dominaban en el lado izquierdo de los navíos, y es que Héctor continuaba en el sitio desde donde había atacado la puerta y la muralla. Los dos Ajax no se separaban; marchaban parejos. A uno le seguían valerosas tropas y al otro no le seguía nadie; a sus soldados les faltaba ánimo para luchar a pie. Habían ido a Troya solo con los arcos y hondas de lana, que les habían servido para romper las falanges troyanas a fuerza de repetidos golpes. Los primeros combatían en la vanguardia frente a Héctor y los troyanos, mientras los segundos disparaban sus flechas sin dar la cara, logrando desordenar las filas de los troyanos.

En esta situación los troyanos habrían retrocedido hasta su ciudad, si Polidamante no le hubiera dicho a Héctor:

—Héctor, quieres saber más que nadie porque un dios te ha otorgado una fuerza superior, pero la divinidad ha dado a unos el valor, a otros la habilidad, al de más allá el arte y también comunica ideas excelentes. Permíteme decirte lo que estimo acertado: la lucha arde a tu alrededor, y los magnánimos troyanos, después de salvar la muralla, se han quedado lejos o pelean en corto número. Creo que debes convocar a nuestros mejores guerreros para examinar las soluciones posibles: caer sobre las naves y probar si dios consiente en darnos la victoria o alejarnos salvos de los navíos. Temo que los aqueos se desquiten de lo ocurrido ayer; tienen un guerrero insaciable de luchar e imagino que no renunciarán a seguir combatiendo.

Héctor aceptó el consejo e inmediatamente saltó de su carro y contestó:

—Quédate aquí con todos los mejores, mientras voy a luchar en el otro lado; volveré tan pronto dé mis instrucciones.

Al llegar a la otra parte pudo ver que no todos los guerreros estaban ilesos: unos yacían muertos y otros se hallaban heridos sobre la muralla.

Encontró a Paris, esposo de Helena, animando a los compañeros. Héctor se detuvo y le dirigió estas palabras:

—¡Mísero Paris, enamorado y mujeriego! ¿Qué se ha hecho de Deífobo, del príncipe Heleno y de otros guerreros? Troya pelagra y seguramente te aguarda a ti un terrible suceso.

Paris respondió:

—No tienes razón en culparme ahora, aunque a veces haya rehuido la lucha. Mi madre no me ha dado una herencia de valor; pero desde que se ha reanudado el combate no dejamos de pelear con los dánaos. Solamente se han retirado Deífobo y el rey Heleno, heridos, salvados de la muerte por Cronos. Estoy a tu disposición, pues estamos dispuestos a pelear en la medida que lo permitan nuestras fuerzas.

Estas palabras tranquilizaron a Héctor, y juntos se dirigieron hacia lo más duro de la batalla, sin conseguir que los aqueos se acobardasen; Ajax desafió a Héctor, avanzando a grandes pasos:

—¡Acércate, hombre endemoniado! Sin duda esperas destruir nuestras naves, pero no faltan brazos para defenderlas, y pudiera suceder que llegáramos a tomar y saquear vuestra ciudad. Tú mismo estás próximo a huir y pedir a los inmortales que infundan a tus caballos una rapidez mayor, para que te lleven a la ciudad levantando nubes de polvo.

Mientras esto decía pasó por la derecha un águila de alto vuelo, y su presencia motivó gran alegría entre los aqueos, entusiasmados con este augurio favorable. Pero Héctor dijo:

—Mentiroso y fanfarrón Ajax: esta jornada será funesta para los argivos, y tú, entre ellos, irás a tierra si esperas el empuje de mi lanza. Tu carne y tu grasa servirán para saciar a los perros y aves cuando hayas caído.

Dicho esto, avanzó con los suyos con ruidoso vocerío, respondiéndole los argivos con análogos gritos.

Confiaban en el propio valor y aguardaban el ataque de los troyanos. El clamor subía hasta la mansión de Zeus.

ZEUS, ENGAÑADO

Aunque se hallaba bebiendo, Néstor oyó los clamores y preguntó al hijo de Asclepiada:

—¿Cómo te parece, Macaón, que terminará esto? Cada vez gritan más junto a los navíos, pero tú reposa a mi lado y gusta este vino; Hecamede hará calentar un baño y te lavará esa sangre. Yo voy a enterarme.

Néstor tomó el escudo, empuñó una lanza y, ya fuera del refugio, descubrió algo espantoso: soldados en huida y la muralla aquea destruida. En el camino encontró a los que venían de las naves, heridos: al hijo de Tideo, a Ulises y al Atrida Agamenón. Marchaban apoyándose en las lanzas, abatido el ánimo. Al ver a Néstor, Agamenón le habló:

—¿Por qué, Néstor, vienes hacia acá y dejas la contienda? Es de temer que Héctor cumpla su palabra y la amenaza que hizo de no volver a Troya hasta quemar nuestros navíos y matarnos a todos. Eso decía y lo va realizando.

Néstor respondió:

—Ciertamente, ha sucedido, y ni el mismo Zeus puede remediarlo. Está derrumbada la muralla; los troyanos se han lanzado a una fiera acometida, y no es fácil ver hacia dónde van rechazando a los aqueos: hemos de cambiar impresiones a fin de estar prevenidos; yo no les aconsejo entrar en el combate; los heridos no están en condiciones.

Agamenón observó:

—Dado que se combate junto a las naves y que de nada han servido la muralla y el foso, es que le place a Zeus que los aqueos perezcan aquí. El dios estaba de parte de los dánaos y vemos ahora que apoya a los troyanos. En tales circunstancias se me ocurre que debemos echar al mar las naves cercanas al agua, y anclarlas hasta que llegue la

noche; si se suspende la lucha, haremos lo mismo con los otros navíos. No hay deshonor en huir si ello nos libra de caer prisioneros.

Mirándolo despectivamente, Ulises replicó:

—¿Qué palabras se te han escapado de la boca? Podrías dar esas órdenes a un ejército deshonorado, no al nuestro, decidido a luchar hasta que todos perezcamos. Cállate y que otros no oigan lo que jamás debió decir un caudillo de hombres como los que mandas.

Agamenón contestó:

—Me ha llegado al alma tu fuerte reprimenda. No era mi intención que los aqueos echasen al mar las naves contra su voluntad; si alguien ofrece un plan mejor, me alegraré de escucharlo.

Entonces Diómedes habló:

—Ese hombre está cerca. Debemos marchar al campo de batalla, aunque nos hallemos heridos. Una vez allí no debemos entrar en la pelea y exponernos, pero nuestra presencia y nuestras exhortaciones servirán para animar a los que continúan desalentados e inactivos.

Todos le escucharon y obedecieron, poniéndose en movimiento detrás de Agamenón, que los mandaba.

Poseidón estaba alerta y se acercó a ellos en figura de anciano; tomó la mano derecha del Atrida, diciéndole que cambiarían las cosas y vendría un momento en que los troyanos huirían hacia la ciudad. Luego, dando un grito tan fuerte como el de nueve o diez mil hombres, se lanzó a la llanura e infundió a los aqueos la decisión de pelear.

Hera, que miraba lo que sucedía, se alegró de la intervención de su hermano; pero Zeus se impresionó. Su esposa meditó acerca de cómo engañar a Zeus. Se dirigió a la habitación que le había construido su hijo Hefestos, y una vez allí se lavó con ambrosía el cuerpo sin mancha, se aplicó un aceite suave y perfumado y, después de haberse ungido el cuerpo y peinado, se vistió una túnica de brillante colorido que Atenea había fabricado para ella. Se acomodó un ceñidor y se puso en las orejas unos pendientes con piedras preciosas. Terminó su arreglo metiendo los pies en preciosas sandalias.

Así ataviada, salió, llamó aparte a Afrodita y le preguntó:

—¿Querrás complacerme en lo que voy a pedirte, o vas a negármelo porque apoyo a los dánaos mientras tú proteges a los troyanos?

La hija de Zeus contestó:

—Dime lo que desees, Hera. Mi gusto es atenderte, si puedo y debo hacerlo.

Hera le pidió que la favoreciese con la Ternura y el Deseo, elementos que Afrodita utilizaba para rendir a los seres mortales e inmortales. Iba a intentar reconciliar al Océano con su madre Tetis.

Afrodita le respondió:

—No es posible negarte lo que pides, pues pasas las noches en los brazos de Zeus, como mujer suya que eres.

Desprendió del pecho una banda de varios colores que en sus pliegues guardaba todos los encantos: la ternura, el deseo y las frases engañosas. Afrodita puso la banda en las manos de Hera y le dijo:

—Guárdala en el seno y podrás realizar tus propósitos.

Hera, después de recoger la banda, dejó el Olimpo y voló hasta llegar a Lemno, donde encontró al Sueño, hermano de la Muerte, a quien pidió que durmiese a Zeus tan pronto como ella estuviera tendida junto al dios poderoso.

—Te daré como regalo—le dijo—, un hermoso trono de oro, que mi hijo, el cojo Hefestos, hará con todo primor, además de un escabel para que apoyes los pies en los festines.

El Sueño repuso:

—Hera, venerable hija del gran Cronos, podría hacer dormir a cualquier otro inmortal, pero no me acercaré a Zeus, ni trataré de adormecerlo si él no lo pide.

Ante esa negativa, Hera procuró ofrecerle como esposa a la más joven de las Gracias, cosa que alegró de tal modo al Sueño que accedió a lo que le pedía:

—Convenido, pero júrame que habrás de cumplir la promesa de

darme la más joven de las Gracias, Pasitea. Siempre la he deseado.

Hecho el juramento, marcharon envueltos en una niebla y llegaron al monte Ida. Allí dejaron el mar y volaron sobre la tierra y los árboles. Antes de que Zeus pudiera verlo, el Sueño se encaramó en un gran abeto y se escondió entre las ramas.

Hera subió a la cima Gárgaro, y Zeus, al verla llegar, comenzó a sentir hacia ella una atracción análoga a la que sintió cuando el amor los unió a escondidas de sus padres. Ya de pie, el dios le preguntó:

—¿Cómo vienes sin caballos ni carro?

La astuta Hera le dijo lo mismo que había dicho Afrodita acerca de Océano y Tetis; Zeus aprobó sus intenciones y le expresó la atracción amorosa que en ese momento sentía; nunca le había sucedido eso con otras mujeres. Insistiendo, Hera replicó:

—¿Qué dices, hijo de Cronos? ¿Pretendes tener amores a la vista de todo el mundo? Piensa lo que ocurriría si alguno de los inmortales nos viera y fuese a contarlo. La vergüenza me impediría volver a tu palacio. Tienes una habitación construida por Hefestos, con las puertas bien seguras, y allí podríamos descansar:

A esto Zeus respondió:

—No temas ser vista, pues haré que te oculte una nube y el mismo sol no podría mirarnos.

El hijo de Cronos tomó a la esposa en los brazos e hizo que naciese una nueva hierba, formando espeso y blando lecho. Allí se tendieron y se cubrieron con una nube. Zeus se quedó dormido, rendido por el sueño, y el Sueño corrió para comunicárselo a Poseidón, a quien dijo:

—Es necesario, Poseidón, que vayas a socorrer a los dánaos y les des la victoria mientras Zeus sigue dormido. Le he infundido un sueño y Hera le ha engañado.

El Sueño se alejó hacia los hombres mientras Poseidón iba en busca de los dánaos y los arengaba:

—¿Seremos capaces de dejar a Héctor la victoria y las naves? Es lo que ha dicho en vista de que Aquiles sigue dominado por la cólera.

Pero su ayuda apenas será necesaria si decidimos resistir. Oíd el consejo que quiero daros: ¡Marchemos! Yo iré delante y Héctor, a pesar de su furia, no podrá resistir.

Todos obedecieron y hasta los caudillos se incorporaron a la tropa, aunque heridos: Diómedes, Ulises y el Atrida Agamenón. Poseidón iba a la cabeza y llevaba una espada que por sus reflejos parecía un relámpago. En el otro campo, Héctor había dispuesto a los troyanos para el encuentro.

Ardió la batalla entre las gentes de Poseidón y las de Héctor, que luchaban, respectivamente, por los argivos y por los troyanos. Héctor fue el primero y arrojó su lanza contra Ajax, a quien alcanzó en el sitio donde se cruzaban las correas del escudo y de la espada, librándose así del golpe. Irritado de haber fallado el tiro, Héctor se acogió al grupo que formaban sus compañeros. Al ver que se retiraba, Ajax cogió una de las piedras con que calzaban las naves y acertó a Héctor en el pecho, cerca del cuello. El choque le hizo girar y caer en el polvo. La lanza se le fue de la mano, así como el escudo y el casco, mientras resonaba en tierra la armadura.

Los aqueos acudieron con la esperanza de arrastrarlo hacia ellos y lanzaban flechas; pero ninguna logró herir al pastor de soldados, a quien los caudillos rodearon pronto: Polidamante, Eneas, Agenor y otros. Luego lo tomaron en brazos para llevarlo donde esperaba el cochero, detrás del campo de batalla.

Lo condujeron hacia la ciudad y antes de pasar el vado del río Escamandro, lo bajaron, lo tendieron en el suelo y lo rociaron con agua; se reanimó y abrió los ojos; pero al incorporarse le vino un vómito de sangre que lo hizo caer desvanecido.

Al ver los argivos que Héctor estaba fuera de combate, acometieron a los troyanos y entonces ocurrieron fuertes encuentros individuales de una y otra parte. Con ayuda de Poseidón, la victoria se inclinó hacia los aqueos, destacándose Ajax: nadie le igualaba cuando perseguía al enemigo.

Canto decimoquinto

NUEVOS COMBATES

Después de haber salvado los troyanos la estacada y el foso, no sin perecer muchos de ellos, pudieron detenerse cerca de los carros, pálidos de miedo.

Zeus se despertaba al lado de Hera, y, levantándose de un salto, vio a los troyanos en derrota y a los aqueos persiguiéndolos, entre ellos Poseidón. A Héctor lo descubrió tendido en la llanura. Respiraba penosamente; le faltaba el aliento y vomitaba sangre. Zeus, compadecido, miró a Hera con ceño terrible y dijo:

—¡He ahí el resultado de tus astucias! Has inutilizado al divino Héctor y hecho sus a sus tropas. ¿Te has olvidado de cuando te colgué con dos pesas en los pies y te até las manos con una cadena irrompible? Debes renunciar a tus malas artes y pensar si te servirá de algo engañarme.

Hera se estremeció y repuso:

—Pongo por testigos a la Tierra, al Cielo que la cubre y al agua del Estigia; invoco también tu cabeza y nuestro lecho, de que no tengo parte alguna en que Poseidón abrume a los troyanos y a Héctor, ayudando a sus enemigos.

El padre de los hombres y de los dioses respondió:

—Si de aquí en adelante me secundaras en las asambleas de los inmortales, Poseidón cambiaría de idea y seguiría tu parecer y el mío. Si eres sincera en lo que dices, habla a Iris y Apolo para que Iris se retire de la lucha y Apolo reanime a Héctor. En esa situación Aquiles hará que entre en la batalla su amigo Patroclo, que caerá bajo la lanza de Héctor después que este haya abatido a muchos guerreros, entre ellos a mi hijo, Sarpedón. Enfurecido por la muerte de Patroclo, Aquiles

matará a Héctor y en seguida haré que los troyanos sean perseguidos y rechazados hasta que los aqueos tomen Troya; no cejaré en mi cólera ni permitiré que inmortal alguno socorra a los dánaos mientras no se cumpla la voluntad del hijo de Peleo. Así lo prometí a la diosa Tetis, que me pidió glorificase a Aquiles.

Hera descendió desde las cumbres del Ida hacia el ancho Olimpo y apareció entre los inmortales. Al advertirlo se levantaron y cada uno le ofreció su copa; pero ella aceptó la de Temis, que fue la primera que vino a su encuentro y le dijo:

—¿A qué vienes, Hera? No estás tranquila. Quizás te ha disgustado tu esposo.

Hera contestó:

—No hablemos de eso, diosa, pues conoces su carácter. Avisa a los dioses que se hallan aquí y sabréis cuáles son los propósitos de Zeus. Te aseguro que no todos van a oírlo con igual satisfacción.

Dicho esto, se sentó. Los dioses estaban inquietos y Hera fingía; su frente, limitada por negras cejas, mostraba una preocupación que no tardó en confesar, reprochando a los inmortales su actitud frente a Zeus.

No podía Ares, en su dolor de padre, escucharla tranquilo, y exclamó irritado:

—No vengáis contra mí si he decidido vengar la muerte de mi hijo e ir hasta las naves aqueas.

En seguida ordenó al Terror y a la Huida uncieran los caballos. La actitud de Ares habría acrecentado la ira de Zeus si Atenea no se hubiera apresurado a quitarle el casco y el escudo. Apaciguado Ares, llamó Hera al dios Apolo y a la mensajera Iris, y les dijo que fueran a recibir las órdenes de Zeus, lo que hicieron. Llegados a presencia de Zeus, este les habló, dirigiéndose a Iris:

—Quiero, rápida Iris, que lleves a Poseidón un mensaje: dile que deje de luchar y se retiré a su morada. Si no quisiera obedecer, habrá de cuidarse de mi castigo.

Obediente, Iris descendió hacia Troya, y tan pronto estuvo delante de Poseidón, le comunicó el mensaje, que recibió indignado:

—Por mucha que sea su valentía, Zeus ha hablado con arrogancia; me siento igual a él. Tres somos los hijos de Cronos: Zeus, yo y Hades, que reina entre los muertos. Cuanto echamos suertes, me tocó habitar el mar, a Hades las sombras, y a Zeus el cielo del firmamento y las nubes. Pero la Tierra y el Olimpo nos pertenecen a todos y no pienso seguirle el humor. Hará bien en continuar tranquilo y reprender a sus hijos e hijas con la dureza que merecen; ellos sí tendrán que obedecerle.

La rápida Iris dijo:

—¿Son esas palabras, dios de la cabellera azul, las que he de llevar a Zeus? Sería mejor que las suavizaras.

Respondió Poseidón:

—Tus palabras son perfectas, y está bien que el mensajero sepa lo que conviene; pero sufro cuando Zeus promueve querellas, olvidando que nuestra suerte y destino son análogos. Me hallo dispuesto a ceder, no sin advertir que si, a pesar mío y de Atenea, de Hera, Hermes y el rey Hefestos, Zeus conserva Troya, se niega a destruirla y a otorgar superioridad a los argivos, debe saber que nuestra cólera será implacable.

Poseidón se sumergió en el mar y Zeus habló al dios Apolo:

—Busca a Héctor, el guerrero del casco de bronce. Poseidón, el que sostiene la tierra y la hace temblar, se marcha hacia el mar. Ahora tú ocúpate personalmente de Héctor, e infúndele ánimo hasta lograr que los aqueos huyan a la nave. Cuando esto ocurra, veré lo que he de hacer para que soporten el infortunio:

Apolo obedeció a su padre, y pronto encontró al hijo de Príamo, al divino Héctor, que comenzaba a revivir y reconocer a los que lo rodeaban. Apolo se detuvo cerca y le dijo:

—¿Cómo es, Héctor, que estás aparte de los otros guerreros? ¿Qué te ocurre?

Con voz débil, Héctor contestó:

—¿Quién eres tú que me preguntas eso? ¿No sabes que Ajax me inutilizó para seguir la lucha cuando yo estaba cerca de las naves?

Apolo quiso darle ánimo:

—Ahora debes cobrar ánimo; el hijo de Cronos te envía un gran protector para ayudarte, al dios Apolo. Soy yo mismo. Ordena a tus fuerzas montadas que muevan hacia las naves los caballos. Iré delante, para facilitar el avance.

Con estas palabras infundió una gran acometividad a Héctor, que al oír la voz del dios recuperó movimiento y arengó a los caballeros, y cuando los dánaos lo vieron recorrer las filas se amedrentaron y perdieron el coraje.

Entonces les habló Toante, guerrero destacado por su habilidad con el dardo:

—Un gran prodigio, ¡ay!, se ofrece a nuestra vista, pues vemos a Héctor a salvo del peligro. Todos abrigábamos la esperanza de que hubiera muerto a manos de Ajax; pero lo ha protegido algún dios, ya que, sin el apoyo de Zeus, no estaría en las líneas de choque. Ante esa situación, he aquí mi consejo: digamos a los soldados que vuelvan a las naves, y los mejores hagámonos fuertes aquí y esperemos a Héctor. A pesar de su acometividad, no se decidirá a exponerse antes los dánaos.

Todos le obedecieron, y los que rodeaban a Ajax y a Idomeneo se aprestaron a la lucha para hacer frente a Héctor y a los troyanos, que arremetieron en masa, presididos de Héctor. Delante iba Apolo; llevaba la coraza bordeada de erizados pelos, que el herrero Hefestos regaló a Zeus para amedrentar a los hombres. Los argivos esperaban. De ambos lados se oye fuerte gritería, mientras las flechas parten y se clavan en la carne. Otras quedan plantadas en tierra, sin hacer blanco en los cuerpos. La protección de Apolo hizo que los aqueos se declarasen en huida, mientras el dios daba a Héctor la gloria y ocurrían encuentros favorables a los troyanos, a quienes Héctor gritaba que dejaran sus deseos de despojar de las armas a los dioses:

—Id sobre las naves y dejad esos despojos. El que se vea lejos de la lucha, allí perecerá, sin que permita a sus hermanos reclamar el cuerpo.

Fustigó a los caballos y puso en orden de batalla a los troyanos, que le siguieron con los carros. Apolo allanó con el pie los escombros del foso y abrió una calzada tan larga como la distancia que cubre la flecha de un arquero vigoroso. Por allí avanzaron, siguiendo a Apolo, quien derribó el muro con la misma facilidad del niño que deshace construcciones de arena levantadas en la playa.

Ya cerca de las naves en su retirada, los aqueos alzaban los brazos en dirección de los dioses y elevaban ruegos. Néstor se distinguía por su vehemencia, alzadas las manos hacia las estrellas:

—¡Oh padre Zeus!, si en la tierra de Argos alguien te ha hecho el sacrificio de las mejores partes de un buey y te ha pedido volvernó allá, no lo olvides y no consientas que los aqueos sean dominados por los troyanos.

Zeus, al oír la súplica del hijo de Neleo, tronó con gran ruido y los troyanos acometieron con mayor decisión a los argivos; se precipitaron gritando, luchando ante las popas con sus lanzas. Los aqueos se defendían desde los navíos, adonde habían subido sirviéndose de pértigas.

En tanto que otros ejércitos de aqueos y troyanos luchaban lejos de las naves, Patroclo atendía al bravo Euripilo; pero cuando vio a los troyanos precipitarse hacia la muralla y a los dánaos gritar y huir, se lamentó y exclamó:

—A pesar de mi deseo, no puedo seguir aquí; haz que un criado te cuide, pues me voy a buscar a Aquiles para decidirlo a luchar.

Los aqueos resistían a los troyanos sin conseguir alejarlos de los navíos, pero tampoco los troyanos llegaban a romper las falanges de los dánaos y penetrar en las tiendas y las naves. Atenea equilibraba la lucha. Peleaban estos por este navío, aquellos por el otro, y ocurrió que Héctor y Ajax se encontraron combatiendo, sin poder el primero dominar al segundo y prender fuego a la flota, ni Ajax rechazar a Héctor. Y al ver Ajax que Calefor avanzaba con una tea hacia los barcos, le dio en el pecho una lanzada que le hizo caer al suelo.

Al ver Héctor tendido a su pariente, llamó a troyanos y licios, excitándoles a seguir la lucha. Luego arrojó un dardo contra Ajax, sin darle, pero este animó la belicosidad de Teucer, cuyo arco hizo en seguida algunas víctimas. Después Teucer lanzó una flecha destinada a Héctor, y la batalla habría terminado si le hubiera quitado la vida, pero tal peligro no pasó inadvertido a Zeus, que velaba por Héctor, y el dios acudió a privar a Teucer de ese triunfo: se le rompió la cuerda del arco en el momento en que la tendía; la flecha perdió dirección e, impresionado, Teucer dijo a su hermano:

—Sin duda tenemos en contra alguna divinidad; ya ves lo que acaba de suceder con una cuerda que puse esta misma mañana.

Ajax le contestó:

—Deja el arco y la flecha y toma una buena lanza y un escudo para seguir la lucha con los troyanos. Es necesario que les cueste trabajo apoderarse de las naves.

Héctor y Ajax arengaron a sus compañeros, y una y otra arenga sirvieron para que los combatientes siguieran luchando, y hubo un momento en que los troyanos se abalanzaron como leones sobre los navíos. Zeus se proponía ahora dar la victoria a Héctor con el incendio de las naves aqueas, y gozarse con el resplandor de las llamas; inmediatamente haría que los troyanos fuesen los perseguidos y que los dánaos alcanzasen la victoria.

Con tal propósito Zeus animaba a Héctor a ir contra las naves, pero Héctor iba a vivir ya poco: se acercaba el día fatal. Pretendía romper las líneas, mas no lo conseguía; y los dánaos aguantaban en posición firme a los troyanos, sin huir. Furioso Héctor, se precipitó sobre la masa enemiga y, ayudado por Zeus, llegó a poner en fuga a los aqueos, aun cuando solo acertó a matar un guerrero.

Llegados a las naves, los aqueos se aprestaron a defenderse tras la línea de barcos, pero los troyanos no tardaron en obligarles a retirarse hasta cerca de las tiendas. Néstor, protector de los aqueos, suplicaba a los soldados:

—Sed viriles y pensad en los hijos, en vuestras mujeres, en vuestros bienes y en los familiares. En nombre de ellos pido que resistáis, que no huyáis.

Néstor infundió valor a todos. Atenea iluminó el lugar, y así pudieron ver a Héctor, a los compañeros que permanecían sin pelear y a los que tomaban parte en la batalla cerca de las naves.

No le agradaba a Ajax estar con los que no combatían, y recorría las cubiertas de los navíos con una percha de abordaje reforzada con abrazaderas. Iba de un bajel a otro y recorría las cubiertas y su voz, de furioso tono, llegaba al cielo y excitaba a los dánaos para que defendiesen las naves.

No se había acogido Héctor a la protección de los suyos, sino que se dirigía resuelto a un navío y animaba a las tropas que le seguían.

Se empeñó otra batalla, en la que los soldados luchaban como guerreros descansados. Mientras peleaban, los aqueos sentían que no iban a librarse del peligro, y, por su lado, los troyanos iban seguros de incendiar los navíos y abatir a los aqueos.

Héctor llegó a tocar la popa de uno de los bajeles y luego, apoyadas las manos en el mascarón, gritó a los suyos:

—¡Traed fuego y combatid firme! Zeus nos deja hoy apoderarnos de las naves llegadas contra la voluntad de los dioses.

Todos se lanzaron con mayor violencia, y Ajax no podía resistir más. Retrocedió hasta un banco de remeros y abandonó el lugar. Después, armado de su lanza, rechazaba a cuantos llevaban el fuego, a la vez que gritaba:

—Amigos, sed hombres, recordad vuestro valor. ¿Tenemos detrás algún muro sólido que nos defienda de la muerte? Nos encontramos en la llanura troyana, empujados hacia el mar, y la salvación está en nuestras manos, no en la cobardía.

Acometía sin descanso, hiriendo a los troyanos que se acercaban a las naves con fuego; así puso fuera de combate a doce guerreros.

MUERTE DE PATROCLO

Continuaba la batalla alrededor del navío, y Patroclo se acercaba a Aquiles derramando ardientes lágrimas. Al verlo Aquiles, se compadeció y le habló así:

—¿Por qué lloras, Patroclo? ¿Tienes algo particular que decimos? ¿Viene esa tristeza de saber cómo perecen los argivos, cerca de las naves? Dime lo que piensas.

Suspirando, Patroclo contestó:

—¡Oh Aquiles, hijo de Peleo, no te apena el gran infortunio que sufren los aqueos! Los mejores yacen tendidos en sus naves, entre ellos Diómedes, Ulises y también Agamenón. Mas a pesar de lo que sucede, sigues implacable. ¿A quién vas a socorrer más tarde, si ahora no ayudas a los argivos en su situación? Parece que no eres hijo de Peleo, sino que has nacido del mar. Pero si con esa conducta tratas de evitar que se realice algún augurio que tu madre haya podido revelarte, haz al menos que vengan conmigo los soldados mirmidones; quizás logremos salvar a los dánaos. Te pido, además, tu armadura y tus armas, a ver si, confundiéndome contigo, los troyanos abandonan el combate y se reaniman los hijos de Aquea, que pelean sin tregua. Descansados, nos será fácil echar al enemigo hacia la ciudad.

Así se expresó Patroclo, sin saber que el Destino lo llevaba a la muerte. Aquiles, el de los pies rápidos, le contestó:

—¿Qué has dicho, Patroclo? Sufro por la mala acción de Agamenón, que se apoderó de la joven que me habían dado como recompensa. Pero dejemos el pasado, ya que no es posible continuar siempre irritado. Te permito defenderte con mi armadura y llevar contigo a los mirmidones. Los troyanos se han atrevido con ellos porque

no ven mi casco; pero no tardarían en huir si Agamenón tuviese otra actitud. Si estás decidido a entrar en la batalla, ataca para ver modo de librar a los navíos. Una vez alejado el enemigo de las naves, vuelve acá.

Mientras ellos conversaban, Ajax no podía continuar su resistencia, acorralado por los troyanos. Imponía miedo el oír los golpes sobre su casco, que repercutían en las sienes del guerrero, pero los troyanos no lograban hacerle abandonar el sitio que defendía, y eso que jadeaba, el sudor le corría y el esfuerzo no le permitía dar un respiro.

Decidme ahora, Musas, cómo cayó la primera tea sobre los navíos aqueos. Héctor logró acercarse a Ajax y romperle la lanza con un tajo de la espada, dejándole en la mano un trozo que blandía inútilmente, mientras el otro trozo caía al suelo. Ajax sintió que aquello era obra de los dioses. Zeus quería la victoria troyana, por lo que decidió resguardarse de las flechas. Los troyanos hallaron ocasión de arrojar el fuego a una de las naves, y las llamas prendieron en la popa.

Furioso, Aquiles dijo a Patroclo:

—¡Ánimo, jinete Patroclo! Veo ráfagas de un incendio en los navíos. ¡Hay que evitar que se apoderen de ellos! Ponte mi armadura; yo reuniré las tropas.

Patroclo obedeció la orden, y Aquiles hizo armar a los mirmidones y los animó con sus palabras. Una vez reunidos, dirigió a soldados y jefes estas palabras:

—Que nadie olvide las amenazas a los troyanos ni los cargos que me hacíais. Ha llegado la hora de combatir, la hora en que todo hombre ha de luchar contra los troyanos.

Todos se aprestaron a la batalla, mientras Aquiles abría un arca con túnicas, mantos y alfombras. Dentro había una tallada copa en la que no bebía sino Aquiles el vino rojo. Después de sacarla, la purificó. Luego de lavarse las manos, la llenó de licor e hizo la libación ritual, que no pasó desapercibida para Zeus. Este escuchó, pero solamente accedió a que se apartaran de los navíos, negándose a que Patroclo

regresara vivo. Como el valeroso guerrero lo ignoraba, se puso al frente de los mirmidones, que avanzaron hasta enfrentar al ejército troyano. Después se desplegaron, extendiéndose y alzando un clamor sin término.

Patroclo exhortó a sus compañeros:

—Camaradas de Aquiles recordad vuestro valor para ser dignos del hijo de Peleo, y también para que el Atrida Agamenón reconozca su ceguedad al no honrar al mejor de los aqueos.

Estimulados, cayeron sobre los troyanos en masa y subió de las naves un terrible vocerío; se sintieron impresionados y comenzaron las falanges a vacilar pensando que Aquiles había decidido reintegrarse a los suyos pensaron en el modo de evitar la muerte.

Al retirarse desordenadamente los troyanos, los dánaos se dispersaron en las naves y se sintieron tranquilos, aunque tuvieron que volver a la carga: los troyanos, lejos de amedrentarse, defendían sus posiciones. La batalla derivó a encuentros individuales. El gran Ajax quería acometer a Héctor, pero este no dejaba de protegerse con el escudo, atento a las flechas y los dardos. Se alzó un griterío, y Héctor, llevado por sus corceles, abandonó a las tropas detenidas por el foso; allí quedaron también los carros de algunos caudillos. Patroclo continuó la persecución de los troyanos, mientras se producía un huracán que impulsaba a los caballos a volver a la ciudad.

Patroclo llamaba a los suyos para que acudiesen al lugar de aquella huida y pronto se vio caer a los hombres bajo los carros. Los caballos de Patroclo salvaron el foso, y el guerrero los dirigió contra Héctor; pero este ya no estaba en el campo; impedido así de dar el golpe, quiso presionar a los troyanos contra los navíos e hizo en ellos gran carnicería, vengando los daños que habían sufrido los suyos. En gran riesgo estaba el valeroso Sarpedón, que terminó por caer igual que se derrumba una encina, arañando el polvo ensangrentado. El jefe de los licios, al rendir la vida, llamaba a Glauco, excitándolo a seguir.

Glauco sufrió oyendo las palabras de Sarpedón, y elevó a Apolo

su súplica de que le devolviera la fuerza al brazo herido, para vengar al amigo. Apolo escuchó el ruego y, ya reanimado, Glauco fue hacia Eneas y Héctor y les suplicó ayudaran a evitar que los mirmidones ultrajasen el cadáver de Sarpedón.

Los troyanos atacaban ahora a los dánaos, acaudillados por Héctor e irritados por la muerte de Sarpedón. Patroclo animaba a los aqueos. Una vez que cerraron las falanges, troyanos, licios, mirmidones y aqueos pelearon alrededor del cadáver de Sarpedón. Zeus hizo caer una densa oscuridad sobre la batalla para que fuese mayor la lucha en torno al cuerpo de su hijo.

Al principio los troyanos rechazaron a los aqueos y pereció en el combate Epigeo, a quien Héctor dio en la cabeza con una piedra. Apenado Patroclo por la muerte de Epigeo, atravesó las primeras filas para atacar a los licios y al empuje de su furia cayeron varios enemigos y hasta Héctor retrocedió. Nadie habría reconocido ya a Sarpedón: las flechas, la sangre y el polvo cubrían su cadáver y a su alrededor se agitaban los enemigos.

Zeus seguía la batalla y se preguntaba, pensando en Patroclo, si era el momento en que Héctor lo matara sobre el cuerpo de Sarpedón. Después de reflexionar decidió que Patroclo rechazara a los troyanos y a Héctor hacia la ciudad. Envío a Héctor un desaliento que le hizo huir y a los troyanos imitarle. Los licios no resistieron más y huyeron al ver a su caudillo bajo los cadáveres de varios guerreros. Los aqueos quitaron a Sarpedón las armas, que llevaron en seguida a las naves. Entonces Zeus dijo:

—Ahora, querido Apolo, limpia de sangre el cuerpo de Sarpedón, llévalo y lávalo en las aguas de un río; hazlo transportar después por el Sueño y la Muerte para que lo depositen en la ancha tierra de Licia.

Apolo bajó de las alturas hacia el campo de batalla, tomó en brazos a Sarpedón e hizo lo que le habían ordenado.

Patroclo perseguía a troyanos y licios, sin saber que ello iba a determinar su infortunio. Si hubiera escuchado las indicaciones del

hijo de Peleo, habría escapado de la Muerte; pero Zeus es siempre más fuerte y ocurrió que Zeus infundió en Patroclo la decisión de acometer. No sospechaba que iba a despedirse pronto de la vida, y continuó haciendo bajas en los contrarios. Tres veces avanzó contra un ángulo del muro y otras tantas lo rechazó Apolo, golpeando con sus manos el escudo del guerrero. A la cuarta vez, cuando Patroclo se precipitó como un demonio, el dios le gritó:

—Retírate, Patroclo: no está destinada Troya a ser destruida por tu lanza ni por la de Aquiles.

Patroclo se apresuró a retroceder. En ese momento Héctor frenaba los caballos, dudando si luchar en la batalla o llamar a los soldados para que se reunieran en las murallas. Cuando así dudaba se le acercó Apolo en figura de un guerrero joven y le dijo:

—¿Por qué no combates ya, Héctor? Decídete y guía contra Patroclo, a ver si lo vences y Apolo te da el triunfo.

Héctor, despreocupándose de los dánaos, dirigió sus caballos contra Patroclo. Este salió del carro con una lanza y una piedra que arrojó contra la frente a Cebriones. La piedra le arrancó las cejas y le rompió el hueso frontal; sus ojos cayeron a los pies del cochero.

Patroclo, burlón, exclamó:

—¡Qué hombre tan ágil! Salta con la cabeza por delante!

Dicho esto se precipitó hacia el cuerpo de Cebriones, al tiempo que Héctor bajaba del carro. Los dos guerreros se empeñaron en lucha, deseando herirse mutuamente con sus armas implacables. Héctor cogió el cadáver por la cabeza y no lo soltó; Patroclo lo asió por un pie y los troyanos y dánaos se acometían en el encarnizado combate. Eran numerosas las lanzas clavadas alrededor de Cebriones, numerosas las flechas que se disparaban y numerosas las piedras que machacaban todo, mientras el herido yacía en una nube de polvo.

Las armas estuvieron activas mientras el sol lució, pero al llegar la tarde los aqueos se manifestaron más fuertes y consiguieron llevarse al héroe Cebriones y despojarlo de las armas. Patroclo acometió tres

veces y otras tantas mató nueve hombres; pero al cuarto asalto pudo verse que el fin de su vida se hallaba cerca. Era que Apolo venía contra él, sin que lo notase, ya que una densa bruma simulaba la marcha del dios, que se acercó por detrás y le dio con la mano fuertes golpes en la espalda y los hombros. Patroclo sintió un vértigo y se le cayó el casco; Zeus dio el casco a Héctor para que se lo pusiera; también se hallaba próximo su término. La lanza de Patroclo, larga y fuerte, terminada en punta de bronce, se le rompió, el escudo que lo protegía cayó al suelo con la correa y, por último, Apolo le quitó la coraza.

Patroclo se sintió perdido, y uno de los dárdanos, ágil y fuerte, no tardó en clavarle su lanza por la espalda; el héroe, dominado por los golpes del dios y herido por la lanza del dárdano, buscó el amparo de sus compañeros. Advirtiéndolo, Héctor se dirigió hacia él y lo atravesó por el vientre. Patroclo se derrumbó, con aflicción inmensa de los aqueos y satisfacción orgullosa de Héctor, quien dijo:

—Pretendías saquear nuestra ciudad, esclavizar a las mujeres y llevártelas a tu país. Mis veloces caballos volaron para impedirlo y con el esfuerzo de mi lanza logramos salvar a los troyanos de la servidumbre. Ahora, desgraciado, vas a ser pasto de los buitres; Aquiles no te ha ayudado.

Con voz débil, Patroclo le advirtió:

—Sí, has ganado con el auxilio de Zeus y Apolo. La decisión de un dios y el arma de un hombre me han matado. ¡Tú has llegado el tercero, solo para llevarte las armas! También es corta la vida que te queda; ya se alzan cerca de ti la Muerte y el Destino. No tardarás en ser abatido por la mano de Aquiles.

No pudo hablar más; la Muerte lo envolvió en su sudario.

Aunque le veía muerto, Héctor le contestó:

—¿Por qué me predices mi término? ¿Quién sabe si irá delante Aquiles, abatido por mi lanza?

Puso un pie sobre el cadáver, cogió la lanza y echó lejos el cuerpo de Patroclo.

PATROCLO

Menelao advirtió que Patroclo había perecido en la sangrienta lucha y avanzó hacia las primeras filas, alrededor del cadáver. Análogamente, Menelao cubrió el cuerpo de Patroclo con su lanza y escudo, listo para matar a quien se le enfrentara.

Tampoco fue indiferente a la muerte de Patroclo el hijo de Panto, Euforbo; se acercó a Menelao y le dijo:

—Retírate y deja estos despojos. No sea que también seas una víctima mía y te quite la vida.

Menelao respondió:

—No es bueno alabarse tanto. Sin duda ni la pantera ni el jabalí tienen la acometividad de los hijos de Panto; pero Hiperenor no pudo gozar de los años mozos cuando me insultó diciendo que yo era el guerrero más despreciable. De igual manera te bajaré los humos. Mi consejo es que te retires.

Euforbo replicó:

—Pues bien, Menelao, vas a pagarme la muerte de mi hermano. Dejaste viuda a su mujer y has causado a los padres llanto y dolor. Seguramente quedarán más tranquilos si logro llevarles tu cabeza y tus armas.

Dirigió su lanza contra el escudo de Menelao, pero se le torció la punta. Respondió Menelao y consiguió atravesar el cuello de Euforbo, que se desplomó con tremendo golpe. Menelao lo despojó de las armas y ningún troyano se atrevió a enfrentársele. Y se las habría llevado si Apolo no hubiera movido contra él a Héctor. Tomó el aspecto de Mentos y le dijo:

—No te entretengas, Héctor. Advierte que Menelao ha matado a Euforbo y terminado con su valor.

Héctor, impresionado, estuvo a punto de desvanecerse; mas pronto atravesó las filas delanteras dando agudos gritos. Menelao se afligió amargamente:

“¡Qué hago! Si abandono estas armas y el cuerpo de Patroclo, podrá indignarse el dánao que lo vea, pero si lucho solo con Héctor y sus compañeros, sería uno contra mil. Cuando un guerrero enfrenta a otro protegido por algún dios, le sucede un daño; por lo que nadie extrañará que me retire ante Héctor, defendido por una divinidad. Si supiera dónde está Ajax, los dos veríamos el modo de llevarnos el cadáver de Patroclo para entregárselo a Aquiles. Sin duda esta sería la mejor solución”.

Mientras Menelao discurría así, llegaban los troyanos con Héctor al frente, y el rubio Menelao retrocedió, abandonando el cuerpo de Patroclo. Al llegar al lado de sus compañeros, buscó al gran Ajax, hijo de Telamón, a quien descubrió a lo lejos animando a los suyos. Menelao corrió y le dijo:

—Apresurémonos, Ajax, y combatamos para ver si podemos llevarle a Aquiles el cadáver de Patroclo.

Estas palabras conmovieron a Ajax, que atravesó las filas con Menelao. En ese momento Héctor, después de despojar a Patroclo de su armadura, arrastraba el cuerpo para cortarle la cabeza y abandonarlo a los perros. Al acercarse Ajax, Héctor se retiró y saltando al carro dio a los troyanos las armas de Patroclo para que las llevasen a la ciudad. Ajax se quedó junto al cuerpo de Patroclo, mientras el Atrida Menelao se mostraba agobiado.

Un guerrero licio, Glauco, reprochó a Héctor su conducta por haber abandonado el cadáver y las armas de Sarpedón y retirarse ante Ajax. Héctor rechazó las palabras de Glauco y le invitó que se quedara para ver si era cobarde. En seguida arengó a los troyanos:

—Troyanos, licios, dárdanos, que dais la cara en la batalla, recordad vuestro impetuoso valor mientras me ponga la armadura de Aquiles y las armas que he quitado a Patroclo.

Abandonó el lugar y corriendo alcanzó a los que llevaban a la ciudad las armas del hijo de Peleo. Luego se cambió las armas y dio las suyas a los troyanos para que las llevaran a Troya, mientras él se ponía la armadura de Aquiles, regalada por los dioses a su padre.

Cuando Zeus lo vio, movió la cabeza y dijo:

—¡Oh desgraciado! No piensas en la muerte y te pones las armas de un guerrero ante quien todos tiemblan. Has matado a su amigo, y quitado esa armadura. Sin embargo, aún permitiré que logres un buen triunfo.

Héctor acabó de armarse y cobró nuevo vigor, marchando a reunirse con los suyos y animarlos a continuar la lucha insistió en que arrastraran a su campo el cuerpo de Patroclo, y los troyanos cargaron, en la esperanza de arrebatarse a Ajax el cadáver. En ese instante Ajax dijo a Menelao:

—No espero que salvemos tú y yo de esta guerra; tampoco temo por el cadáver de Patroclo, sino por mi cabeza y la tuya, pues Héctor domina y ya veo ante nosotros el abismo de la muerte. Llama a los mejores dánaos.

Menelao llamó y el otro Ajax acudió seguido de Idomeneo, Merión y otros aqueos. Los troyanos acometieron con Héctor delante. Su vocerío parecía el ruido de una ola que resiste la corriente en la boca de un río. Pero los aqueos se mantuvieron junto al hijo de Menetios. Zeus hizo caer una espesa bruma: le repugnaba que aquel cuerpo llegara a ser pasto de perros. Los troyanos rechazaron a los aqueos, que abandonaron el cadáver y huyeron. Mas se alejaron poco tiempo, pues Ajax les hizo volver, atravesando las primeras filas con el ímpetu de un jabalí, y dispersó a las falanges troyanas que habían rodeado el cuerpo de Patroclo con la intención de apoderarse de su cuerpo y llevarlo a la ciudad.

No resultó esto tan fácil, aunque ya un troyano arrastraba el cadáver por medio de una correa atada a un tobillo; Ajax no tardó en abatirlo con un golpe de su lanza. Héctor arrojó un dardo contra Ajax, este lo

evitó y fue a herir a otro. A su vez, Ajax abatió a otro enemigo, haciendo retroceder a los combatientes, incluso al mismo Héctor, y los troyanos habrían sido rechazados por los aqueos, dando la victoria a los argivos, si Apolo, disimulado en la figura de un guerrero, no animara a Eneas:

—¿Cómo podrás salvar a Troya contra el deseo de un dios? Parece que Zeus prefiere otorgarnos la victoria, pero ¡vosotros huís en vez de combatir!

Eneas reconoció a Apolo y gritó a Héctor:

—¡Qué gran vergüenza, Héctor, si tenemos que refugiarnos en Troya, acosados por los aqueos! Mas un dios me ha dicho que nos protege, Zeus. ¡Acometamos!

La sangre teñía la tierra, y caían muertos de uno y otro lado; en menor número los dánaos, que se defendían mejor. La lucha continuó todo el día alrededor del cadáver, con gran ímpetu: los troyanos, para llevárselo a Troya; los aqueos, para traerlo a los navíos.

Zeus decidió que los sufrimientos de hombres y caballos se prolongaran todo el día. Aquiles ignoraba la muerte de Patroclo y esperaba verlo regresar vivo.

Lejos de la batalla los caballos de Patroclo se resistían a marchar a los navíos o a la batalla; seguían allí, la cabeza inclinada, mientras caían de sus párpados lágrimas que demostraban su aflicción. Zeus se impresionó por esto y se prometió que Héctor no llegaría a servirse de ellos y montar en aquel carro, y comunicó a los corceles una súbita fuerza que los llevó a arrastrar el carro hacia el combate. Siempre afligido, Automedonte volvía a combatir gracias a la movilidad de los caballos, pero no le era posible manejar su lanza, pues estaba solo en el carro y tenía que ocuparse de guiar los corceles; pronto el valeroso auriga dio las riendas al aqueo Alcimedonte y pudo combatir. Al advertirlo Héctor, dijo a Eneas:

—Acabo de ver los caballos de Patroclo guiados por otro auriga. Podríamos apoderarnos de ellos, pues esos hombres no se atreverán con nosotros.

Puestos de acuerdo, avanzaron. Esperaban matar a los dos aurigas y traerse los corceles. Pero ante la amenazadora situación, Automedonte elevó una súplica a Zeus, y luego, ya a pie, dijo al compañero:

—No alejes los caballos; deseo sentir su resuello en la espalda, ya que Héctor no se detendrá hasta verse en el carro, después de matarnos, si antes no pierde la vida.

Dicho esto, llamó a los dos Ajax y a Menelao para que vinieran a luchar a su lado contra Héctor y Eneas. A una acometida de Automedonte, que mató un enemigo, respondió Héctor arrojándole un dardo que logró evitar. Espada en mano se habrían atacado los dos guerreros si los Ajax no acudieran a la llamada. Ante eso, retrocedieron asustados Héctor, Eneas y Cromio.

Nuevamente se armó la lucha alrededor del cuerpo de Patroclo, movido esto por Atenea, que bajó del cielo enviada por Zeus: los propósitos del dios habían cambiado. Atenea, envuelta en una nube, se apareció entre los aqueos, empezando por exhortar a Menelao con la voz y la figura de Fénix que la diosa había tomado:

—Sería una vergüenza y un oprobio, Menelao, que los perros se disputaran a tirones el cuerpo del fiel compañero de Aquiles. Es necesario que resistas y animes a las tropas.

—¡Bien quisiera, padre Fénix, defender el cuerpo de Patroclo, si Atenea me diera vigor y me librase de los dardos! Su muerte me ha impresionado, pero Héctor no cesa de matar, apoyado por Zeus.

La diosa Atenea comunicó a Menelao el vigor y la audacia necesarios y Menelao se lanzó hacia el cuerpo de Patroclo y arrojó un dardo que alcanzó mortalmente a un compañero de Héctor. Pero Apolo se aproximó bajo la figura de un joven estimado por Héctor, y le dijo:

—¿Qué aqueo puede temerte si tiembles ante Menelao?

Oyendo ese reproche, Héctor cruzó las primeras filas y su lanza causó muchas bajas en los enemigos, que retrocedieron en dirección de las naves, entre ellos Merión e Idomeneo.

Ajax y Menelao se percataron de que Zeus daba la victoria a los troyanos, y Ajax, hijo de Telamón, dijo:

—Un niño vería que Zeus ayuda a los troyanos: todos los dardos hacen blanco, ya que es el dios quien los dirige; los nuestros caen al suelo. Pero veamos cómo hacemos con el cuerpo de Patroclo y dar a los amigos la alegría de regresar a la patria. Es necesario llevar a Aquiles la noticia de la muerte del compañero; mas la bruma impide descubrir al mensajero, por lo que, ¡oh padre Zeus!, te ruego aclares el cielo para que podamos ver.

Zeus se compadeció ante las lágrimas de Ajax y aventando la bruma ordenó que el sol brillara e hiciera visible el desarrollo de la batalla. Ajax encargó a Menelao buscase a Antíloco, hijo de Néstor, si aún vivía, para que fuera a comunicar a Aquiles la triste noticia. Menelao se puso en marcha, no sin temer que abandonaran el cuerpo de Patroclo, e insistió en sus recomendaciones a Merión y los Ajax.

Avanzaba Menelao mirando a todos lados con agudos ojos, buscando al hijo de Néstor, a quien descubrió en el lado izquierdo de la batalla, animando a los compañeros. Se apresuró a comunicarle la noticia de la muerte de Patroclo y le dio el encargo de ir a la tienda de Aquiles.

Antíloco se emocionó al oírlo y durante un rato no pudo hablar, arrasados en lágrimas los ojos. Sin embargo, obedeció la orden, en tanto Menelao regresaba al sitio donde Patroclo yacía, comunicando a Ajax lo hecho y su temor de que Aquiles no se decidiera a combatir a los troyanos, pues se hallaba privado de sus armas. Menelao pensaba que debían buscar la mejor forma de retirar el cadáver, sin arriesgar la vida.

Ajax le respondió:

—Es perfecto lo que has dicho y creo que debéis tú y Merión deslizaros bajo el cuerpo, alzarlo y llevarlo lejos de la batalla. Nosotros lucharemos con los troyanos y Héctor, pues somos tan valerosos como él.

Así lo hicieron Merión y Menelao. Gritaron los enemigos al ver que los aqueos levantaban el cuerpo del héroe caído y arremetieron ahora los troyanos contra los aqueos, acometiendo con espadas y lanzas; pero cuando los Ajax se detenían ninguno osaba avanzar. De ese modo iban conteniendo a los enemigos, principalmente a dos de ellos, Eneas y el ilustre Héctor, ante cuyas acometidas los aqueos se retiraban. En esa huida fueron muchas las armas que cayeron cerca del foso, mientras continuaba la batalla.

FABRICACIÓN DE ARMAS

Era la batalla como una hoguera cuando Antíloco llegó en busca de Aquiles; lo encontró ante las naves pensando en lo que podía haber sucedido:

“¡Oh tristeza! ¡Por qué los melenudos son empujados de nuevo hacia los navíos? ¡Con tal que los dioses no lleguen a realizar lo que me anunció mi madre! Recuerdo que dijo que el mejor de los mirmidones moriría antes de que yo muriera. ¡Seguramente el valeroso Patroclo ha muerto. ¡Yo le recomendé volverse sin enfrentar a Héctor”.

Mientras se hallaba en este soliloquio se le acercó el hijo de Néstor para comunicarle el triste mensaje:

—¡Ay, hijo de Peleo! Patroclo yace en tierra, y se combate alrededor de su cadáver, pues Héctor se ha apoderado de sus armas.

Aquiles se sintió como bajo una nube negra. Aproximándose al fuego, tomó con las manos ceniza y se la echó en la cabeza. Luego se tendió en el polvo, ensuciándose y arrancándose los cabellos. Antíloco no cesaba de lamentarse y de llorar. El llanto de Aquiles llegó a los oídos de su madre, sentada en lo profundo del mar. Acudieron las Nereidas y llenaron con su presencia la gruta, golpeándose también el pecho.

Tetis se lamentó:

—Escuchadme, Nereídas, para que sepáis el dolor de mi alma. Después de haber traído al mundo a este hijo superior a los héroes, lo envié a Troya a pelear. Ya no ha de volver a la casa de Peleo y sufre, sin que pueda aliviarlo con mi presencia. Sin embargo, iré a verlo para saber qué tiene.

Salió de la gruta acompañada de las Nereidas, en cuyos cuerpos

iban a romperse las olas. Al llegar a la tierra troyana subió a la ribera en el lugar donde estaban las naves de los mirmidones. Aquiles suspiraba hondamente. La venerable madre, entre sollozos, tomó su cabeza diciéndole:

—¿Por qué lloras, hijo mío? No me ocultes nada. Zeus ha cumplido lo que pedías: privados los aqueos de la ayuda, fueron rechazados y se hallan en mala situación.

Dando un suspiro, Aquiles respondió:

—Cierto es, madre, que Zeus me ha complacido; pero ha muerto Patroclo, a quien yo estimaba más que a nadie. Héctor, después de matarlo, lo despojó de sus armas. Y para que también sufras has de saber que vas a perder a este hijo; el corazón me dice que no he de seguir vivo a menos que Héctor, herido por mi lanza, pierda la vida y pague la muerte de Patroclo.

Tetis le contestó:

—Breves serán tus días, por lo que me acabas de decir, y temo que tu hora siga a la de Héctor. No olvides, además, que tus armas están en poder de los troyanos y las luce Héctor. Pero no podrá jactarse mucho de ello: le acecha la Muerte. Cuida de no arriesgarte hasta que me veas volver para traerte una hermosa armadura que hará para ti el rey Hefestos.

Tetis se dirigió después a sus hermanas del mar:

—Bajad al Océano y contad esto, mientras subo al Olimpo y visito a Hefestos; a ver si consiente en favorecer a mi hijo con una armadura.

Mientras tanto, seguía la lucha alrededor de Patroclo, distinguiéndose Héctor y los dos Ajax en los esfuerzos para apoderarse del cadáver. Y Héctor lo habría conseguido si no se presentara Aquiles, requerido por la mensajera Iris, a quien el hijo de Peleo respondió:

—¿Cómo podré ir a la batalla si otros tienen mis armas? Mi madre me ha dicho que no me ponga coraza antes de que regrese.

La rápida Iris le contestó:

Sabemos que los enemigos son dueños de tu armadura; pero así como estás acércate al foso para que los troyanos se asusten y abandonen la lucha, dejando respirar a los aqueos.

Atendió Aquiles esta indicación, aunque limitándose a dar grandes gritos, que Atenea oyó y que produjeron en los troyanos un gran miedo: los caballos se volvían con los carros; se amedrentaron los aurigas al descubrir la terrible llama que ardía sobre la cabeza del hijo de Peleo.

Esto fue aprovechado por los aqueos para retirar el cuerpo, que colocaron en un lecho y rodearon sus compañeros, entre ellos Aquiles, quien derramaba ardientes lágrimas. Hera, la de los ojos de novilla, hizo que el sol se sumergiera antes en el Océano y los aqueos se vieron obligados a suspender la batalla.

Los troyanos desengancharon los caballos y se reunieron. Quedaron de pie, sin que ninguno se atreviera a sentarse, atemorizados por la reaparición de Aquiles. Polidamante fue el primero en hablar, ya que él era el que veía el pasado y el futuro:

—Dadas las circunstancias, es necesario reflexionar bien. Mi consejo es que regresemos a la ciudad, pues estamos lejos de las murallas. Mientras Aquiles estaba entregado a su ira contra Agamenón, era fácil luchar contra los aqueos, pero ahora temo, con temor profundo, al hijo de Peleo. No querrá seguir luchando en el llano, sino alrededor de la ciudad, donde están nuestras mujeres. Debemos volvernos, a fin de prevenir lo que suceda. La noche ha detenido al hijo de Peleo; pero si mañana nos encuentra aquí y resuelve atacar, ¡sabremos quién es! Podrá darse por contento el que logre refugiarse en Troya, aunque serán más los que mueran. Si se hace lo que digo, esta noche reuniremos a nuestros hombres y descansaremos. Al amanecer subiríamos a las murallas, y allí nos será fácil resistir los ataques del enemigo, sin que puedan entrar en Troya ni destruirla.

Desdeñoso, Héctor dijo:

—Cuando hablas de ese modo, dejas de agradarme. ¡No estáis

cansados de veros tras los muros? En vez de eso, propongo que sin romper las filas tomemos nuestra cena en el campamento y sigamos alerta. El que se inquiete demasiado por sus bienes deberá dárselos a los soldados para que los disfruten; es preferible a que los aqueos los aprovechen. Y mañana al amanecer reanudaremos la batalla. Si Aquiles quiere lucha, tanto peor; no he de retroceder, sea él o sea yo quien gane.

Mientras ocurría esto, los aqueos lamentaban la muerte de Patroclo, acompañando a Aquiles, cuyo dolor le hacía expresarse así:

—Patroclo, no te haré las honras fúnebres antes de traer aquí las armas y la cabeza de Héctor, tu matador. He de degollar, ante la pira que consumirá tu cuerpo, a doce troyanos, satisfaciendo así la ira que me ha dado tu muerte.

Aquiles dijo a sus compañeros que limpiaran el cuerpo de Patroclo. Calentaron agua y lavaron el cadáver; colocaron luego el cuerpo en un lecho, lo envolvieron en un sudario y lo cubrieron con un paño. Pasaron la noche entre lágrimas y lamentos.

Entre tanto llegaba Tetis a la morada de Hefestos; lo encontró en la fragua sudando. Dejó el yunque y se secó la cara, las manos y el velludo cuello. Cuando terminó saludó a Tetis y preguntó el motivo de su visita. Tetis contestó, entre lágrimas:

—¿Conoces, Hefestos, alguna diosa que haya sufrido tantas penas como las que Zeus me ha enviado? Solo yo, entre las deidades del mar, he compartido el lecho de un hombre, Peleo, abatido ahora por la triste vejez.

Contó a Hefestos lo sucedido entre su hijo Aquiles y Agamenón; también le habló de la muerte de Patroclo y de la resolución de Aquiles de vengarlo.

—Por esto vengo a pedirte que des a mi hijo un escudo, un casco y una coraza, pues sus armas se perdieron al ser abatido Patroclo.

El cojo respondió:

—No te desanimes; le aseguraré unas armas que todos habrán de admirarlas.

Hefestos echó en el fuego bronce, estaño, oro y plata, y tomó en una mano un martillo y en la otra unas tenazas. Hizo primero un escudo con cinco capas y lo adornó con imágenes del cielo y todos los astros. Grabó en él dos ciudades; en una figuraban bodas y fiestas, el cortejo de los novios, danzarines y músicos. En la otra ciudad había dos ejércitos y una tierra en donde muchos labradores bebían copas de vino. Hizo luego una coraza, un casco con penacho, y cuando el ilustre herrero acabó de forjar las armas, las puso delante de la madre de Aquiles, la que se apresuró a llevárselas rápidamente al hijo.

AQUILES OLVIDA SU RENCOR

Aparecía la Aurora cuando llegó Tetis con los presentes que enviaba Hefestos. Encontró a su hijo tendido cerca del cuerpo de Patroclo, rodeado de amigos que lo acompañaban en su dolor. Tetis puso una mano en la de Aquiles y le dijo:

—Dejemos a ese hombre muerto, pues los dioses han permitido su muerte, y recibe de parte de Hefestos, el dios herrero, estas armas que ningún soldado ha tenido jamás.

La diosa las puso ante Aquiles, y oyó cómo resonaban, sin que ninguno se atreviera a mirarlas de frente; pero Aquiles se sintió más colérico al verlas. Brillaban sus ojos mientras sostenía en sus manos, complacido, los presentes del dios. Satisfecho, dijo a su madre:

—Un dios te ha dado estas armas que ningún ser humano sería capaz de hacer. Voy a ponérmelas, pero temo que las moscas se posen en Patroclo y corrompan el cadáver.

Respondió Tetis:

—No te preocupes; yo cuidaré de ahuyentar los insectos. Quiero que reúnas a los aqueos, olvides el rencor contra Agamenón y vuelvas al combate.

Aquiles avanzó por la orilla del mar dando gritos para reunir a los aqueos: todos acudieron ante la reaparición del guerrero. El hijo de Tideo y Ulises se presentaron cojeando, pues todavía les molestaban las heridas. Se sentaron en la primera fila de la asamblea. El último en llegar fue Agamenón, también herido. Cuando todos estuvieron reunidos, Aquiles, el de los pies rápidos, dijo:

—¿No habría sido mejor, Atrida, para ti y para mí, que no hubiésemos llegado a esta pugna por una mujer? De ello se han aprovechado Héctor y los troyanos. Pero dejemos lo sucedido. Yo

depongo mi rencor. Vete y llama al combate a los aqueos para que yo pueda tantear mi lanza con los troyanos y ver si todavía desean dormir junto a nuestras naves.

Los aqueos celebraron que el hijo de Peleo hubiera renunciado a su cólera. Agamenón se levantó y habló y culpó a Zeus por haberlo ofuscado al arrebatarse su recompensa a Aquiles; se proponía ahora darle los regalos que Ulises había ofrecido en nombre suyo.

Repuso Aquiles:

—Luego podrás darme esos presentes. Lo que importa es recobrar el espíritu ofensivo y no perder el tiempo en hablar.

Ulises advirtió:

—A pesar de tu gran valor no conviene que ordenes a los aqueos para que avancen hacia Troya y peleen sin desayunar. Interesa apresurar a los aqueos para que reparen sus fuerzas con pan y vino, estimuladores eficaces de la acometividad y la valentía, pues es imposible que nadie resista al enemigo sin comer hasta la puesta del sol. Será mejor que los soldados rompan filas y se disponga lo necesario. En cuanto a los regalos, Agamenón los traerá a la asamblea para que todos los vean, y tú puedas complacerte en ellos. Además, Agamenón ha de jurarte que nunca ha tenido relación amorosa con Briseida.

Agamenón manifestó:

—Me complace el discurso que acabo de oírte. Estoy dispuesto a prestar el juramento. Te ruego que tú escojas a varios jóvenes para que traigan las cosas y las cautivas.

Aquiles, el de los pies ligeros, replicó:

—Ilustre Atrida, otros momentos serán más oportunos para hacer lo que decía. Todavía están en tierra los guerreros abatidos por Héctor y ¡vosotros solo pensáis en darnos de comer! Yo diría a los aqueos que peleen en ayunas; más tarde podrán darse un buen banquete, cuando hayamos vengado la ofensa. No pienso probar bocado ni tomar bebida: no puedo olvidar al compañero tendido en mi tienda, rodeado de amigos que lloran.

Ahora solo quiero la lucha, la sangre y los lamentos de los hombres.

Ulises contestó refiriéndose a la superioridad de Aquiles con la lanza, pero afirmando su inteligencia y su discurso; debían escucharle. Pensaba en que no había otra solución que atacar en masa a los troyanos. Dicho esto, se hizo acompañar de los hijos de Néstor y de otros guerreros y se dirigieron a la tienda de Agamenón, donde recogieron los regalos prometidos a Aquiles. Igualmente tomaron siete cautivas y una octava, Briseida, la de hermosas mejillas. En cuanto al oro, Ulises pesó diez talentos, que llevó personalmente.

Todo lo depositaron en medio de la plaza, y Agamenón dirigió el sacrificio de un verraco, comenzando por cortarle algunas cerdas como primicias que ofrecía a la divinidad. Después elevó al cielo este juramento:

—Sepan Zeus, el primero, el más alto y mejor de los inmortales, así como la Tierra, el Sol y las Erinias, encargadas de castigar a los muertos perjuros, que jamás puse mi mano en la joven Briseida. Y si es falsedad lo que digo, envíenme los males con que castigar a quien a los dioses ofende con un mal juramento.

En seguida procedió a degollar el verraco, que arrojó después al espumoso mar, para alimento de los peces.

Levantada la reunión, marcharon hacia las naves, a una de las cuales, la de Aquiles, llevaron los regalos de Agamenón. Briseida continuaba allí, y, al ver a Patroclo, se abrazó al cadáver dando gritos y arañándose el pecho, el cuello y el rostro. Arrasados en lágrimas los ojos, se expresó así:

—¡Oh Patroclo, amigo el más querido! Estabas vivo en la tienda cuando salí de ella, y ahora estás muerto. Desgracia tras desgracia me persiguen, pues he visto atravesados por la lanza al hombre a quien mi padre y mi venerable madre me confiaron y también a mis tres hermanos. Pero tú no me dejabas llorar, ni cuando Aquiles mató a mi marido, pues me consolabas asegurándome que Aquiles me haría su

esposa legítima y me llevaría en sus barcos a Ftia para celebrar las bodas. Por eso, mi dulce amigo, me lamento y lloro tu muerte.

Los ancianos que estaban con Aquiles le pidieron comiese algo; pero se negó:

—Os ruego que no insistáis. No pienso tomar alimentos hasta que acabe esta jornada, y sabré mantenerme fuerte.

Aquiles, rechinando los dientes, los ojos brillantes, tomó la armadura, que ensayó para ver si le permitía el juego de los movimientos. Satisfecho, sacó de la funda la lanza recibida de su padre, grande y fuerte, que ningún otro era capaz de blandir. Preparados los caballos y el carro, montó con Automedonte y dando una gran voz gritó a los corceles:

—Janto y Balios, hijos famosos de Podarga, cuidad de volverme aquí sano y salvo. No me dejéis tendido allá, como quedó Patroclo.

Uno de los caballos, Janto, le contestó, bajando la cabeza, cuyas largas crines llegaban hasta el suelo.

Aquiles animó a los caballos y los llevó hacia las filas enemigas.

LOS DIOSES Y LOS GUERREROS

Zeus ordenó a Temis convocase una asamblea en su morada. Con excepción del Océano, ninguno faltó; tampoco faltaron las ninfas, ni los manantiales y los prados. Tampoco fue sordo al llamado de Temis el dios que hace temblar la tierra; llegó desde el mar y quiso informarse acerca de los designios que Zeus tenía.

—¿Por qué has convocado esta asamblea? ¿Te preocupan los troyanos y los aqueos? Parece que no tardará en encenderse nuevamente la guerra entre ellos.

A esto respondió Zeus:

—Veo que has comprendido mi propósito. Aunque el destino de esos hombres es perderse, no dejan de interesarme. Ahora voy a distraerme viéndolos luchar desde estos lugares del Olimpo, en tanto vosotros os iréis a los troyanos o a los aqueos para ayudar a los unos o a los otros, pues si Aquiles, él solo, ataca a los troyanos, no podrán resistir ni un instante. Su sola presencia les hace temblar, e irritado como está por la muerte de su compañero, temo que llegue hasta derribar los muros.

Los dioses encaminaron sus pasos hacia el campo de batalla, en dos opuestas direcciones: Hera se dirigió hacia las naves aqueas y también tomaron esta dirección Atenea, Poseidón, sostén de la tierra, y Hermes, notable por la prudencia. Iba con ellos Hefestos, quien, a pesar de cojear, movía bien sus piernas. Hacia los troyanos se fueron Ares, el del rutilante casco; Febo, de larga cabellera; Artemisa, diestra en el arco; Latona, Janto y la sonriente Afrodita.

En tanto los dioses no se acercaron a la batalla, los aqueos manifestaban su bravura por la reaparición de Aquiles, mientras los

troyanos se hallaban terriblemente impresionados ante el hijo de Peleo. Mas cuando los Olímpicos llegaron, apareció la tosca Discordia, que mueve a los ejércitos. Atenea gritó a los aqueos, de pie en la orilla batida por las olas; asimismo gritó Ares exhortando a los troyanos.

De este modo los dioses incitaron a los dos bandos y los lanzaron unos contra otros. El padre de los dioses y de los hombres tronó desde lo alto y Poseidón hizo estremecerse la tierra. Todo sintió el golpe del temblor: las laderas y las cumbres del monte Ida, la ciudad troyana y los navíos aqueos. El rey de los infiernos, Aidoneo, llegó a tener miedo y saltó del trono gritando, temeroso de que si Poseidón abría la tierra hiciese aparecer ante los mortales y los inmortales las horribles mansiones que asustan a los mismos dioses: ¡tan grande fue el tumulto que ocasionaron al correr hacia la batalla! Y los dioses se opusieron en seguida unos a otros, mientras Aquiles trataba de enfrentarse a Héctor, deseoso de saciar con su sangre al dios Ares; pero Apolo resolvió oponerle a Eneas, quien declinó la invitación recordando que en cierta ocasión Aquiles le había puesto en dificultad; siempre tenía la protección de alguna divinidad. Pero incitado por Apolo, Eneas decidió luchar con Aquiles, lo que Hera quiso dificultar recordando el compromiso que tenían de proteger a Aquiles en aquella jornada, aunque más tarde sufriera la suerte que le estaba reservada.

Poseidón dijo a la diosa:

—No te disgustes sin razón. No quiero mover querellas entre los dioses, ni entre tú y yo. Vamos a sentarnos en algún sitio desde donde podamos ver lo que ocurre. Pero si Ares o Apolo entran en la batalla y no dejan luchar a Aquiles, sabremos intervenir; una vez terminado el asunto, les haríamos volverse al Olimpo.

Divididos en dos grupos y lugares diferentes, los dioses meditaban sus planes. En cuanto a los hombres, la llanura estaba invadida de soldados y caballos, y la tierra resonaba al precipitarse unos contra otros.

Dos guerreros avanzaron entre los dos ejércitos, deseosos de medir sus fuerzas: Eneas y el divino Aquiles. Eneas se adelantó, inclinado el casco, cubierto el pecho con el escudo y blandiendo una lanza. Frente a él se alzó el hijo de Peleo, y cuando estaban próximos y marchaban uno hacia el otro, habló Aquiles, el de los pies ligeros:

—¿Por qué te adelantas a las tropas y vienes hacia mí? ¿Te mueve la esperanza de reinar sobre los troyanos y recoger la autoridad de Príamo? Aunque llegaras a vencerme, no te cedería aquel sus privilegios; tiene hijos, está aún fuerte y su inteligencia es igual. Va a serte difícil conseguirlo. Ya en otra ocasión te asustó mi lanza. ¡Huías sin volver la cabeza! Harías bien, por todo esto, en renunciar al encuentro.

Eneas le dijo:

—No creas asustarme con palabras. Tú y yo nos conocemos y sabemos cuál es nuestro linaje. Eres hijo del irreprochable Peleo y de Tetis, la diosa marina. En cuanto a mí, tengo por padre a Anquises y por madre a la diosa Afrodita. ¿Para qué discutir como mujeres que se insultan en medio de la calle? Será inútil cuánto digas para quitarme el valor. Vamos a probar nuestras lanzas.

Eneas dio con su arma en el escudo de Aquiles, sin atravesarlo, tal era la solidez con que Hefestos lo había hecho. Aquiles arrojó, a su vez, la lanza y dio a Eneas en el borde del escudo, sin destrozarlo tampoco; rebotó el arma y fue a clavarse en tierra, lo que impresionó a Eneas. Aquiles sacó entonces la espada y se precipitó contra el adversario. Eneas, por su lado, cogió una piedra que dos hombres no podrían alzar, pero que él movía con soltura. Eneas habría acertado al contrario en el casco o en el escudo y en seguida el hijo de Peleo lo habría matado con su espada, si el dios Poseidón no hubiese comunicado a los otros dioses su preocupación de que Zeus se irritara si Aquiles llegase a matarlo. A esto respondió Hera:

—¡Oh, tú, que haces temblar la tierra, di si prefieres salvar a Eneas o dejarlo morir a manos de Aquiles, a pesar de su valor! Atenea

y yo hemos jurado no librar a los troyanos de la desventura, aun cuando debiera arder entera la ciudad.

Poseidón escuchó el llamamiento y, dirigiéndose al lugar de la batalla, llegó hasta Eneas y su adversario; cubrió con una niebla los ojos del hijo de Peleo y le quitó a Eneas la lanza, que puso a los pies de Aquiles. Alzó a Eneas y le hizo pasar por encima de las filas de soldados y caballos y llegar a las últimas formaciones. Ya allí, Poseidón se presentó a Eneas y le dijo:

—¿Qué dios te lleva a la locura de enfrentarte a Aquiles, más fuerte que tú y más querido que tú de los inmortales? Debes retirarte siempre que lo encuentres en el camino, no sea que te haga descender a la morada de Hades. Solo cuando Aquiles haya muerto quedarás libre de pelear en el sitio de más peligro.

Después el dios se alejó, aventando la niebla que molestaba a Aquiles. Al recobrar éste la vista, se expresó así:

—¿Qué milagro es el que descubro! ¡ Mi lanza en el suelo, y falta el hombre a quien la arrojé! A lo que parece, los inmortales protegen a Eneas.

Dio un salto hacia los suyos y les habló:

—¡No continuéis, aqueos, alejados de los troyanos! Cada uno debe enfrentarse a un enemigo y mostrarle su deseo de pelear. Por fuerte que yo sea, no puedo dominar solo a tantos hombres, aunque iré de un lado a otro sin tregua, y ningún enemigo ha de alegrarse de ver mi lanza.

Héctor animaba, por su lado, a los suyos, diciéndoles que iba contra Aquiles:

—¡No temáis al hijo de Peleo! Contra él voy, aunque sus manos parecen ser de fuego y su acometividad de hierro.

Estimulados, los troyanos blandieron sus lanzas y mostraron su decisión de atacar al enemigo. En ese momento se acercó Apolo a Héctor y le dijo:

—No te adelantes, Héctor, a pelear con Aquiles; aguárdalo fuera del tumulto para que no te alcance con la espada.

Héctor escuchó el consejo y desapareció entre los suyos, mientras Aquiles peleaba furiosamente. En estas acometidas se fue contra Polidoro, rival de los dioses, a quien su padre, Príamo, no dejaba pelear, por ser el último de los hijos. Como era notable en la carrera, hizo ahora la gracia de lucirse y se lanzó a pasar entre las primeras filas, donde fue mortalmente herido por una flecha de Aquiles, que le dio en la espalda; el arma, después de atravesar el cuerpo, salió junto al ombligo, y Polidoro cayó gimiendo. Medio desvanecido, trataba de contener sus entrañas, que le salían del vientre. Al advertir Héctor la situación en que se hallaba su hermano Polidoro, no pudo dominarse y se fue contra Aquiles. Al verlo Aquiles, gritó jubiloso:

—¡Aquí está el que ha perturbado más mi corazón, el que ha matado a mi compañero predilecto! ¡Al fin nos encontramos cara a cara!—Y mirándolo despectivamente, añadió—: ¡Acércate y llegarás más pronto a tu fin!

Sin amedrentarse, Héctor le respondió:

—No esperes asustarme, con palabras, como si fuera un niño. Admito que eres un excelente guerrero, pero a los dioses toca decidir si, aun siendo yo inferior, me está reservado quitarte la vida.

Héctor lanzó un venablo contra Aquiles; pero la diosa protectora lo desvió y el arma se volvió hacia Héctor y cayó a sus pies. Aquiles se precipitó llevado de furiosa impaciencia por matarlo; pero Apolo arrebató a Héctor, ocultándolo en una espesa niebla. Tres veces acometió Aquiles y tres veces el golpe de la lanza fue a embotarse en la bruma. A la cuarta e inútil acometida, Aquiles interpeló así a Héctor:

—¡Una vez más, perro, te libras de la muerte! En otra ocasión acabaré contigo; por el momento mataré a todo troyano que se me ponga delante.

Así lo hizo, causando bajas entre los enemigos. Se precipitó cual un demonio, abatiendo a los que huían ante su furia.

Canto vigésimo primero

LA BATALLA Y EL RÍO

Cuando los troyanos, en su huida, llegaron al vado del río Escamandro, Aquiles logró dividirlos en dos grupos: persiguió al uno hacia la ciudad y el otro fue a caer en el profundo río, donde los hombres se precipitaron con estrépito. Resonaba el lecho de la corriente y bramaban las orillas mientras los fugitivos peleaban entre gritos y se hundían. Ante la ira de Aquiles la corriente del Escamandro se agitó en una confusión de caballos y hombres.

El descendiente de Zeus saltó al río, espada en alto, y comenzó a herir entre los lamentos de las víctimas, cuya sangre enrojecía las aguas.

Cansado de la matanza, el furioso guerrero sacó de allí doce jóvenes, que eligió con intención de que le pagasen la muerte de Patroclo. Les ató los brazos a la espalda y los hizo conducir a las naves. Hecho esto, se lanzó de nuevo al río y a la venganza.

En la persecución encontró a un hijo de Príamo, Licaón, que huía de las aguas. Al verse ahora el muchacho ante la amenaza de Aquiles, se fue hacia él y abrazó sus rodillas; pero Aquiles, impaciente por matar, quiso atravesarlo con su lanza, bajo la cual Licaón tuvo la suerte de deslizarse, yendo el arma a clavarse en tierra. Entonces, agarrando la lanza con una mano y apretando con la otra las rodillas del caudillo, Licaón imploró clemencia:

—Estoy, Aquiles, a tus pies; apiádate de mí. Escucha una última palabra: no debes matarme, pues no he nacido del mismo vientre que Héctor, el que mató a tu valeroso amigo.

A estas palabras contestó Aquiles:

—Antes de que le llegara a Patroclo el día fatal, me inclinaba a perdonar a los troyanos; pero ninguno se librará ahora de morir si cae

en mis manos, y, entre ellos, los hijos de Príamo. Te ha llegado la hora y no debes lamentarte; también murió Patroclo, que valía más que tú. Igualmente a mí me amenaza la muerte. En cualquier hora alguien me quitará la vida, hiriéndome con la lanza o con una flecha.

Sacó la espada y atravesó con ella a Licaón, cuyo cadáver arrojó al río, mientras decía:

—Que los peces gusten tu sangre. Todos habréis de perecer hasta que se haya pagado el sacrificio de Patroclo.

En seguida continuó su venganza, pero he aquí que le salió al encuentro Asteropeo, armado con dos lanzas. Avanzando a su encuentro, Aquiles le dijo:

—¿Quién eres, tú que osas luchar conmigo?

Asteropeo contestó:

—¿Por qué preguntas por mi nombre? Procedo de una tierra lejana, acaudillo a mis compatriotas los peonios y dicen que soy hijo de Pelagón, famoso por su lanza. Mas ahora luchemos, Aquiles.

Así se expresó Asteropeo y Aquiles hizo un movimiento a fin de desviarle el arma; pero, como era muy diestro, el hijo de Pelagón le tiró a un tiempo los dos venablos, uno de los cuales se embotó en el escudo del héroe, y el otro le rozó un codo, del que brotó la sangre, clavándose el arma en tierra. Aquiles, impulsado por el deseo de matar, le arrojó con violencia la lanza, que fue a dar en el ribazo de enfrente, clavándose en el suelo. Furioso, sacó en seguida la espada y saltó sobre Asteropeo, que quería arrancar la lanza de Aquiles. Tres veces la movió con su mano, sin lograr su objeto, y, al cuarto intento, dio tiempo a que Aquiles llegara y lo matara con su espada. Se abalanzó sobre él para despojarlo de la armadura, gritando su victoria.

Luego arrancó de la orilla su lanza y abandonó el cuerpo de Asteropeo junto a las oscuras aguas, que lamían el cadáver y permitían a los peces y anguilas cebarse en su grasa.

Aquiles se dirigió contra los peonios, jinetes con cascos que huían a lo largo del Escamandro, asustados por la suerte del mejor de ellos.

Prosiguió su matanza y habría matado más peonios si el río, indignado, no le hubiese hablado en la figura de un guerrero:

—Eres, Aquiles, más fuerte que nadie; pero más que nadie eres un profanador amparado en la ayuda de los dioses. Si el hijo de Zeus te ha permitido exterminar a los troyanos, llévatelos a la llanura. Mi corriente está repleta de cadáveres y no sé por dónde avanzar hacia el mar. Basta ya; me tienes horrorizado.

Aquiles contestó:

—Se hará como deseas; pero no cesaré de degollar troyanos antes de haberme medido con Héctor.

Dicho esto, se lanzó contra los troyanos. El río se dirigió entonces a Apolo:

—No has obedecido la voluntad de Zeus, quien te había recomendado defender a los troyanos hasta la hora del ocaso.

Aquiles saltó de nuevo al medio del Escamandro, pero el río, irritado, hinchó sus aguas, y la corriente, así removida, lanzó fuera del cauce los cadáveres que flotaban, a la vez que salvaba a los guerreros vivos, ocultándolos en los remolinos. También se alzaron contra Aquiles las aguas, impidiéndole mantenerse en pie. En esa situación buscó seguridad en un hermoso olmo de la orilla, que, al recibir su peso, se arrancó de cuajo, derrumbando esa parte del ribazo, deteniendo la corriente con las ramas y formando un puente al caer en el río. Aquiles salió de allí y echó a correr por el llano, asustado; pero no se vio libre; las aguas se precipitaron sobre el guerrero, persiguiéndolo, para detener su furia y librar a los troyanos.

Aquiles salvó de un salto la distancia de un tiro de flecha para huir del irritado río que le iba ganando terreno. Cuantas veces el divino Aquiles decidió detenerse, otras tantas la corriente le azotaba los hombres. En esa situación el hijo de Peleo alzó la mirada al cielo y se lamentó:

—¿No hay un dios que me libre de este río? ¡Ojalá hubiese perecido a manos de Héctor! Un bravo hubiera matado a otro bravo.

Pero el Destino me amenaza con un final mísero, cercado por este río.

Pronto llegaron Atenea y Poseidón en la figura de mortales, y lo tranquilizaron. Poseidón fue el primero en hablar:

—No vayas a temblar y asustarte; tienes la ayuda de los dioses, la mía y la de Atenea. No te hallas destinado a que un río te mate. Pero he aquí un consejo: no des paz a tu brazo en el combate antes de encerrar tras los muros de Troya a los ejércitos en huida.

Aquiles, animado por esas palabras, avanzó en la llanura invadida por el agua desbordada. Mas el Escamandro seguía agitando las olas y llamó en auxilio al río Simois, pidiéndole que acudiera con toda su agua, olas, torrentes, árboles y piedras, para detener la violencia del guerrero. En su furia llegó a dominar a Aquiles y arrastrarlo con tal peligro que la diosa Hera pidió socorro a Hefestos, su hijo, a fin de que incendiara los árboles de la ribera y las llamas detuvieran las aguas mientras el Cefiro y el Noto avivaban el fuego para que se consumieran los cadáveres y las armas de los troyanos. Ardieron entonces los olmos, los tamarindos, los lotos y los juncos que crecían en la orilla. Y continuó Aquiles matando troyanos mientras Príamo lo observaba desde el baluarte, viendo cómo huían los suyos ante el guerrero, sin mostrar ánimo de resistir su empuje. Emocionado, Príamo bajó de la muralla y dio a los guardianes de la entrada esta orden:

—Abrid las puertas hasta que entren nuestros ejércitos, pues Aquiles llega y temo ocurra un desastre; y cuando ya puedan respirar al amparo de los muros, cerrad bien las hojas; es posible que ese hombre asalte la muralla.

Los guardianes cumplieron y abrieron las puertas. Los aqueos se habrían apoderado de Troya si Apolo no hubiera hecho intervenir a Agenor, a quien infundió la audacia necesaria mientras él quedó apoyado en una encina, cubierto por una nube. Cuando Agenor vio al poderoso Aquiles, atemorizado dudó si buscar su salvación en la huida; mas se rehízo y decidió hacerle frente, ya que el valeroso guerrero era un mortal. Se recogió y esperó a Aquiles, dispuesto a pelear.

Protegido por el escudo y apuntándole con la lanza, le gritó:

—Esperabas destruir hoy la ciudad de Troya. ¡Insensato! Estamos dentro muchos hombres valerosos, dispuestos a defender a nuestros padres, nuestras mujeres y nuestros hijos. Aunque seas tan audaz guerrero, tus días terminarán aquí.

Agenor lanzó un venablo con su pesada mano, acertando al héroe en una pierna, pero sin llegar a herirle: el arma rebotó contra la canillera de estaño, que sonó ruidosamente. El hijo de Peleo se precipitó sobre Agenor, pero Apolo no consintió que lo abatiese; lo arrebató cubriéndolo con una nube e hizo que se alejara de allí.

MUERTE DE HÉCTOR

Después de haber huido como conejos, los troyanos se refrescaban y bebían tras los parapetos. Los aqueos se aproximaban al muro con el escudo apoyado en el hombro. Héctor, frente a la amenaza funesta, permaneció delante de la puerta Escea.

Aquiles se dirigió hacia la ciudad, siendo el anciano Príamo el primero en verlo. Preocupado por la suerte del hijo, suplicaba en esos momentos a Héctor que no se arriesgara. También se lamentaba la madre y derramaba lágrimas. Pero Héctor seguía aguardando al prodigioso Aquiles, que ya se acercaba. Continuaba en su sitio, sin retroceder, poseído de una bravura insaciable. Apoyado el escudo en la muralla, se atormentaba recordando lo ocurrido, aquella huida general y los reproches que troyanos y aqueos le harían si se retiraba. Creía preferible morir luchando con Aquiles delante de la plaza. También pensaba en avanzar sin armas hacia el héroe aqueo y ofrecerle la devolución de Helena y sus riquezas, motivos de la guerra. Los ejércitos podrían repartirse los bienes que la ciudad guardaba; mas no tardó en darse cuenta de la imposibilidad de este arreglo y que se hallaba forzado a pelear.

Ya se aproximaba Aquiles llevando sobre un hombro la lanza rutilante como el brillo del sol naciente. Héctor comenzó a temblar y sin atreverse a esperarlo echó a correr, perseguido por el hijo de Peleo, a lo largo del muro troyano.

Después de pasar frente a la atalaya se lanzaron a la calzada y llegaron a dos fuentes, una de aguas calientes, la otra de aguas frías cual hielo. Había grandes estanques de piedra, donde las mujeres e hijas de los troyanos lavaban las ropas. Por allí cruzaron, el uno

huyendo, el otro persiguiéndolo, en rápida carrera que no buscaba un premio sino la vida de Héctor. Dieron vertiginosas vueltas alrededor de la ciudad, contemplados por los inmortales, entre ellos el padre de dioses y de hombres, quien dijo:

—Veo perseguido a un hombre preferido por mí. Compadezco a Héctor, pues me ha sacrificado muchas piernas de buey en las alturas de Troya. Ahora va tras él Aquiles con sus pies veloces. Es necesario, dioses, pensar si debemos salvar a Héctor de la muerte o dejar que lo abata el hijo de Peleo.

Atenea respondió:

—¿Cómo se te ocurre eso? ¿Pretendes librar de la muerte a un hombre señalado por el Destino? No cuentes con la aprobación de los otros dioses.

Zeus contestó:

—Tranquilízate; no hablo así por gusto. Obra como quieras y sin vacilación.

Animada por esas palabras, Atenea se lanzó de un salto desde las cimas del Olimpo.

Héctor continuaba perseguido por Aquiles. Y cuando intentaba acogerse a la muralla, para que lo protegieran desde arriba, se le adelantaba Aquiles y lo echaba hacia la llanura, y Héctor no habría podido salvarse aun cuando Apolo acudiese a infundirle ánimo y mayor agilidad a sus pies.

Al llegar por cuarta vez a las fuentes, Zeus tomó sus balanzas y colocó en los platillos la suerte de Aquiles y la de Héctor. Y cuando movió la aguja la muerte marcó el lado de Héctor; Apolo decidió abandonarlo a su destino. Entonces Atenea se dirigió hacia el hijo de Peleo y le dijo:

—Espero, Aquiles, amado de Zeus, alcancemos una gran victoria al matar a Héctor. No podrá escapársenos. Prepárate, que yo lo convenceré para que se te enfrente.

Aquiles se detuvo en seguida, apoyándose en su lanza.

Entonces Atenea fue en busca de Héctor en la figura de Deífobo, y le dijo:

—Veo que el rápido Aquiles no te deja respirar, persiguiéndote alrededor de la ciudad. Detén-te y hagámosle frente.

Héctor le contestó:

—Deífobo; eres para mí el hermano más querido entre los hijos de Hécuba, y hoy me propongo ser digno de ti, pues has salido del amparo de la muralla, donde están los otros.

La diosa de los ojos de lechuza, siempre en su apariencia masculina, dijo:

—Nuestro padre y nuestra madre me encarecían que me quedara allá, pero mi corazón sufría viéndote en peligro. Peleemos ahora y no demos reposo a las lanzas hasta ver si Aquiles se lleva nuestros despojos a las naves o si logramos abatirlo.

Al hallarse cerca de Aquiles, Héctor habló desafiador al hijo de Peleo, declarando el deseo de que, si perdía, entregase el cadáver a los suyos, según haría él si ganaba.

Mirándolo despectivamente, Aquiles replicó:

—No vengas a hablarme de acuerdos entre nosotros. No hay juramento de lealtad entre hombres y leones; tampoco puede haber juramentos entre los dos antes que uno caiga y su sangre llegue a saciar al dios Ares. Ármate de todo tu valor, pues te será necesario; no habrá para ti salvación. Palas Atenea te abatirá con mi arma y bastará un golpe para que pagues los muchos duelos que has ocasionado.

Blandió su lanza de larga sombra y la arrojó contra Héctor, quien la evitó con un ágil movimiento. Fue a clavarse en tierra y Atenea la arrancó y la dio a Aquiles, sin que lo advirtiera Héctor; este dijo a su adversario:

—Te ha fallado el golpe. Ten la seguridad de que no te daré ocasión para que me claves tu lanza en la espalda, y cuídate de mi dardo, que ojalá entre completo en tu cuerpo.

Héctor tiró violentamente el arma, que dio en el escudo de

Aquiles, donde rebotó. Decepcionado, gritó a Deífobo pidiéndole le llevara una lanza grande, pero el falso Deífobo había desaparecido. Al advertirlo, Héctor comprendió todo y exclamó:

—Ha llegado mi última hora. Atenea me ha engañado. No hay salvación para mí ya y era esto lo que deseaban Zeus y su hijo; antes acudieron a salvarme en las situaciones difíciles y ahora me abandonan a mi suerte.

Sacó su fuerte y afilada espada y avanzó resuelto contra el enemigo, al tiempo que Aquiles, el pecho cubierto con el escudo y sacudiendo el casco, blandía la lanza pensando en el golpe que daría a Héctor. Pudo ver que el cuerpo de su adversario estaba protegido por la armadura que Héctor había tomado a Patroclo y que solamente dejaba al descubierto el cuello.

Allí fue donde Aquiles metió su lanza a Héctor, atravesándolo, pero sin herirlo en la tráquea, para que respondiera a las preguntas que deseaba hacerle. Caído el troyano en el polvo, Aquiles habló:

—Al despojar a Patroclo te creías a salvo porque yo estaba lejos. ¡Insensato! Me hallaba cerca de las naves, pero no por eso dejaba de pensar en la venganza. Tu cuerpo será desgarrado horriblemente por los perros y el de Patroclo recibirá las honras fúnebres que merece.

Desfallecido Héctor, dijo:

—Por tu alma, no dejes que me devoren los canes cerca de las naves aqueas. Acepta el oro que harán de darte mi padre y mi madre y entrega este cuerpo a los míos.

Con desprecio, Aquiles respondió:

—No me supliques, perro, y ojalá tuviera yo ánimo para devorar tu carne cruda; nadie defenderá tu cuerpo de los canes, aunque me ofrezcan ricas compensaciones.

Ya moribundo, Héctor dijo aún:

—Te muestras como eres, pues es de hierro tu corazón. Cuida de que los dioses no se vuelvan contra ti, sobre todo el día en que Paris y Apolo decidan terminar contigo.

Héctor dio el último suspiro y, aunque ya no le oía, Aquiles exclamó:

—¡Muere!, que yo recibiré la Muerte cuando lo decidan los inmortales.

Luego retiró del cadáver su lanza y lo despojó de la armadura. Acudieron otros aqueos; contemplaron la talla y belleza de Héctor, pero ninguno dejó de herirle con su arma, mientras decían:

—Es mucho más fácil tocarle ahora que cuando incendiaba las naves.

Una vez que Aquiles lo despojó de las armas, habló a los aqueos:

—Amigos, guías y consejeros de los argivos: ya que los dioses me han concedido matar a este hombre, acerquémonos a la ciudad para ver cuál es el plan de los troyanos; si abandonarán la plaza, o si resistirán. Pero ¿por qué me detengo a pensar en esto cuando Patroclo yace junto a las naves sin que nadie le llore y sin sepultura? Vámonos y regresemos a nuestros navíos cantando; llevemos el cuerpo de Héctor.

Aquiles trató a Héctor en forma brutal: luego de horadarle los pies, sujetó con dos correas el cadáver al carro; de modo que la cabeza fuese arrastrando, y después de recoger las armas que el caído llevaba, tomó el látigo y castigó los caballos, que partieron al galope. El cuerpo de Héctor levantaba nubes de polvo, y se esparcían por la tierra los negros cabellos de su graciosa cabeza.

Zeus había consentido que se ultrajara al magnífico guerrero.

Se desesperaba la madre, dando un gran grito. Suspiraba el padre y el pueblo se entregaba a los lamentos. Parecía que la altiva Troya hubiera sido presa de un incendio. Las gentes apenas si podían contener al anciano, que pretendía salir de la ciudad.

Entre tanto la esposa de Héctor ignoraba todo. Nadie le había dicho que su marido estaba fuera de la muralla y se ocupaba en tejer un paño que decoraba con flores. Pero oyó gritos y lamentos que venían de la muralla y dejó caer la lanzadera y dijo a las doncellas:

—Dos de vosotras acompañadme a ver lo que pasa. He oído la

voz de mi madre; el corazón me salta hasta casi ahogarme y no me obedecen las piernas; temo alguna grave desgracia para los hijos de Príamo. Me asusta pensar en mi valeroso Héctor y en la posibilidad de que Aquiles haya logrado apartarlo de la ciudad y perseguirlo hasta terminar su funesto valor. Jamás se quedaba atrás, pues a todos se adelantaba, llevado de una bravura que todos admiran.

Se lanzó como una loca a través del palacio y cuando llegó a la muralla pudo ver desde lo alto el cuerpo de Héctor arrastrado y despiadadamente llevado hacia las naves aqueas por los caballos; perdió el sentido y cayó. De su cabeza se desprendieron el vistoso peinado, la diadema, la redecilla, la trenzada cinta y el velo que Afrodita le regaló el día en que Héctor la llevó de su palacio con ricos presentes. Rodeada de las hermanas y cuñadas, habló así al volver de su desmayo:

—¡Qué desgraciada soy, Héctor mío! Los dos nacimos bajo un signo igual: tú en Troya, en la casa de Príamo; yo en Tebas, en la casa de Eetion. Ahora bajas a los dominios de Hades y me dejas en desesperación y viuda. ¡Y este niño, que, para desgracia mayor, hemos traído al mundo! Ni tú serás ya para él el amparo que necesita; ni él podrá serlo para ti. En la vida le acompañarán los dolores y siempre habrá quien lo despoje de sus tierras. A ti, Héctor, te van a devorar los gusanos, cebándose en el cuerpo desnudo cuando se aparten los perros, mientras en nuestro palacio sobran los vestidos que te hicieron las esclavas. Todos habrán de terminar en el fuego, echados por mi mano, pues ya no los usarás. Quiero que recibas este mensaje ante los troyanos y troyanas.

Decía y lloraba, acompañada, por las otras mujeres.

JUEGOS EN HONOR A PATROCLO

Mientras seguían los lamentos en la ciudad troyana, los aqueos se dirigieron a sus naves. Aquiles no permitió dispersarse a los mirmidones; les dijo:

—Mirmidones, compañeros míos, no soltemos los caballos de los carros; acerquémonos a Patroclo con ellos y lloremos al lado de su cuerpo; desenganchemos los tiros cuando hayamos hecho las lamentaciones y luego cenaremos juntos.

Se entregaron a expresiones de dolor y dieron tres vueltas con los caballos alrededor del cadáver, destacándose Tetis por sus sollozos.

El hijo de Peleo dirigía las exequias, las manos posadas, en el pecho del compañero muerto:

—Te hallas en la morada de Hades y debes alegrarte, Patroclo; cumpliré todo lo que he prometido: entregar el cuerpo de Héctor a los perros y degollar ante tu pira doce destacados hijos de troyanos; así calmarán mi cólera por tu muerte.

Para cumplir dejó en el polvo al divino Héctor, boca abajo, próximo al lecho de Patroclo. Los guerreros se quitaron las armas, desengancharon los caballos y se sentaron cerca de la nave de Aquiles, quien les hizo servir un banquete funeral. Mugían los bueyes y balaban los carneros y ovejas al ser degollados. Por todas partes corría sangre alrededor del cadáver de Patroclo.

Los reyes aqueos acompañaron al caudillo hacia la tienda de Agamenón, donde ordenaron se colocara en el fuego un gran trípode, a fin de que Aquiles se lavara las manchas que le afeaban manos y rostro; él se negó a complacerlos y dijo:

—No permita Zeus que mi cabeza reciba agua antes de entregar

a las llamas el cuerpo de Patroclo. Celebremos el banquete, y al alba, tú, Agamenón, darás las órdenes para que traigan leña y la dispongan de modo que el fuego lo consuma rápidamente. Entonces los soldados volverán a sus trabajos.

Los aqueos le obedecieron. Una vez atendidas el hambre y la sed, el hijo de Peleo se tendió en la orilla del mar y eligió un sitio purificado por las olas. Cuando lo venció el sueño, se le apareció el espíritu de Patroclo, semejante a él por la estatura, los ojos y hasta la voz; quieto sobre su cabeza, dijo:

—Duermes y me olvidas, Aquiles. Entiérrame cuanto antes para que me sea dado franquear las puertas de Hades. Las almas de los difuntos me rechazan y en vano ando errante por los altos de la morada de Hades y sus anchas puertas. Dame tu mano en esta tristeza mía, pues no he de volver cuando el fuego haya consumido mi cuerpo. Tu suerte será también la de morir bajo la muralla de los troyanos. Haz que mis huesos no queden lejos de los tuyos, pues me crié en tu casa desde niño; me llevaron allá a causa de haber matado, sin querer, al hijo de Anfidamante. Peleo me recibió en su hogar, me educó y me hizo tu escudero. Te pido que guarden nuestros huesos en la urna de oro que te dio tu madre.

Aquiles contestó:

—¿Por qué has venido y me haces esas recomendaciones? Las cumpliré, obedeciendo tus deseos; pero acércate, abracémonos y unamos nuestros lamentos.

Aquiles tendió las manos, que no llegaron a tocar a su amigo, pues en ese momento el alma se desvaneció y huyó a refugiarse bajo la tierra. Asombrado, Aquiles se incorporó y se quejó así:

—Aun en la morada de Hades el alma de los que mueren queda sin la fuerza que les acompañaba, pues toda la noche el espíritu de Patroclo ha estado aquí llorando y haciéndome ruegos.

Agamenón dio órdenes de buscar la leña y hacer la pira. Aquiles ordenó a los mirmidones ponerse las armaduras y enganchar los

caballos. Los guerreros montaron en los carros, seguidos por la infantería. Destacaba en el cortejo el cuerpo de Patroclo, llevado por los compañeros. El afligido Aquiles sostenía la cabeza sin vida de su amigo sin tacha.

Llegados al lugar señalado, descendieron el cadáver y levantaron una gran pira de leña. Entonces el rápido Aquiles, apartándose, se cortó la rubia cabellera y dijo que hacía esta ofrenda abrumado por el dolor y resignado a no volver a su patria.

Puso la cabellera en las yertas manos de Patroclo; y todos habrían continuado en sus lamentos si Aquiles no se hubiera acercado a Agamenón para decirle

—Atrida, ya que las tropas aqueas han de estar a tus órdenes, haz que se alejen de la hoguera y preparen los alimentos. Ya nos cuidaremos nosotros de lo que falte, pues nos afecta más que a ellos esta pérdida y, para esto, conviene que se queden los caudillos.

Se marcharon las tropas hacia los navíos, mientras los jefes hacían una hoguera de cien pies de ancho y de alto, en cuya cima colocaron al muerto. Delante sacrificaron muchos carneros y bueyes, con cuya grasa Aquiles cubrió al muerto de la cabeza a los pies, colocando alrededor del cadáver las desolladas víctimas. Puso en la pira ánforas de miel y aceite inclinadas hacia el cuerpo y arrojó a la hoguera cuatro caballos. Nueve perros tenía el caudillo; de ellos echó al fuego dos, una vez degollados. A estos sacrificios siguió el de doce hijos de nobles troyanos, que mató con su lanza. Hecho esto, prendió fuego a la leña. Entregado a sus lamentos, hablaba al héroe caído:

—Puedes estar satisfecho de mí, pues he cumplido lo que te había prometido. Si no he añadido el cuerpo de Héctor, es porque quiero darlo a los perros.

Pero ocurrió que los perros no se encarnizaron en el cadáver de Héctor. Afrodita los apartó día y noche; había ungido el cuerpo con aceite de rosa divino, para evitar que se destrozara al arrastrarlo Aquiles. E hizo descender una nube que cubrió los restos e impidió se secaran.

Como la pira no acabase de arder, Aquiles solicitó la ayuda de los vientos Bóreas y Céfito, rogándoles acudieran para que las llamas consumieran el cuerpo. Los dos vientos oyeron el ruego y trabajaron toda la noche, y Aquiles empleó ese tiempo en regar la tierra con vino e invocar a Patroclo entre lamentos y sollozos. Con la luz del amanecer languidecieron las llamas, los vientos regresaron y Aquiles se alejó para reparar sus energías y entregarse al sueño. Fue despertado por el ruido de la muchedumbre que se reunía alrededor de Agamenón. El hijo de Peleo se incorporó y dijo:

—Atrida y aqueos: conviene apagar la hoguera con vino donde arda aún. Hay que recoger los huesos de Patroclo, lo que será fácil, pues su cuerpo estaba en medio de la pira. Guardad esos huesos en una urna de oro y entre dos capas de grasa; así se conservarán hasta el día en que yo descienda a los dominios de Hades.

Se hizo todo como disponía Aquiles, quien ordenó traer los premios para las competencias que iban a celebrarse: calderas, trípodes, caballos, mulos, bueyes, cautivas y trozos de hierro gris.

Dirigiéndose a todos, Aquiles habló:

—Atrida y demás aqueos: estas son las recompensas para los aurigas. No entraremos en la competencia ni yo ni los corceles que, al morir Patroclo, perdieron al amable conductor. Aprestaos al triunfo los que fiáis en vuestros caballos.

Echadas las suertes, empezó el rápido desfile, en el que los aurigas hacían esfuerzos para superarse al marchar en la llanura. Como siempre, los dioses tomaron partido. Apolo hizo que a Diómedes se le cayese el látigo, lo que hizo llorar de rabia al hijo de Tideo. Al advertirlo Atenea, acudió a darle otro látigo y entorpeció al auriga Eumelos, que iba aventajando a Diómedes. La diosa le rompió el yugo y las yeguas se lanzaron cada una por su lado, rodando la dirección por el suelo. También cayó Eumelos, destrozados los codos, la boca, la nariz y la frente. Al verse así, se le llenaron los ojos de lágrimas y se le cortó la voz; esto permitió a Diómedes adelantarse y ganar.

Le seguían Menelao, y detrás Antíloco, que animaba a los caballos para que alcanzaran a los que iban delante; pero al intentarlo estuvo a punto de ocurrir un choque, por lo que Menelao gritó al joven:

—Guías como un loco. Domina esos caballos; el paso es estrecho y me adelantarás cuando se ensanche.

Antíloco no hizo caso, y sólo se evitó el accidente por el cuidado con que Menelao retuvo sus caballos.

Los argivos, sentados en el estadio, se recreaban en la fiesta llevados del entusiasmo y se enredaban en discusiones acerca de los posibles vencedores. Idomeneo y Ajax hasta llegaron a palabras duras. Para que no llegaran a pelearse, Aquiles hubo de intervenir.

Pronto apareció Diómedes animando con el látigo a sus caballos, que volaban con el carro guarnecido de oro y estaño que sólo dejaba una leve huella en el suelo. Diómedes, llegado a la meta, saltó a tierra y dejó el látigo apoyado en el yugo, mientras los corceles tenían bañados en sudor el pecho y las crines. El vencedor recibió de premio una mujer y un trípode.

Después llegaron, sucesivamente, Antíloco, Menelao y Merión y se produjeron dudas sobre a quién debía darse el segundo premio, no sin protesta de Antíloco, que creía merecerlo. Así lo manifestó este a Aquiles, invitándole a dar al otro corredor algunas de las muchas riquezas que guardaba en su tienda; él no pensaba renunciar a la yegua del premio. Aquiles, satisfecho, estimó que tenía razón y decidió otorgar al otro auriga una coraza de bronce con el borde de estaño.

Menelao se levantó irritado contra Antíloco, a quien pidió jurase no haber procedido de mala fe al entorpecerle la marcha.

Antíloco le contestó noblemente:

—Admite esto que voy a decirte: soy mucho más joven que tú, rey Menelao, y sabes a dónde puede llegar un mozo en sus descarríos; a esa edad el temperamento es rápido y el juicio poco sentado. Te cederé la yegua que he ganado y si quieres algún otro regalo estoy dispuesto a complacerte antes que perder tu estimación.

Menelao aceptó el regalo con reconocimiento.

Aquiles propuso los premios para el pugilato: una vigorosa mula de seis años, difícil de domar. Epeos, boxeador experto, se levantó y, tomando la mula, dijo:

—Estoy seguro de que nadie se llevará esta mula, venciéndome. No destaco en todos los ejercicios; pero mi adversario debe saber que voy a rasgarle la piel y magullarle los huesos. No se vayan los que se lo llevarán cuando le haya vencido.

Hubo un silencio y después se levantó y aceptó el reto Eurialo, a quien Diómedes animó y ayudó a prepararse. Sin embargo, no pudo resistir ante Epeos; abatido por un golpe en la cara, fue llevado con los pies arrastrando y echando sangre por la boca.

El hijo de Peleo ofreció otros premios para la lucha cuerpo a cuerpo: un gran trípode, valorado en doce bueyes, y una esclava valorada en cuatro. Entraron a esta competencia el gran Ajax y el ingenioso Ulises, cuya fuerza y destreza aparecieron tan igualadas que ninguno de los dos pudo vencer al otro; Aquiles suspendió la prueba, diciéndoles:

—Basta ya. Los dos han ganado. Tomad iguales premios y dejad sitio a los que van a seguir.

Así lo hicieron, vistiéndose.

El hijo de Peleo ofreció otros premios: el de la velocidad, consistente en una crátera de plata y de seis medidas; como segundo premio, un buey. Fueron competidores el otro Ajax, hijo de Oileo; Ulises y Antíloco, hijo de Néstor, famoso en las carreras a pie. En plena carrera Ulises elevó una súplica a Atenea y la diosa hizo que Ajax resbalara en unas bostas de bueyes degollados en honor de Patroclo, y las bostas llenaron la boca y la nariz del corredor.

El hijo de Peleo presentó una lanza, un escudo y un casco, armas que Patroclo tomó a Sarpedón, y habló así:

—Invito para obtener estos premios a dos hombres, los mejores de todos, experimentados en la lucha. El que dé primero al contrario, lo hiera y haga correr sangre, recibirá esta espada con clavos de plata,

que yo gané a Asteropeo. Los competidores se repartirán las otras armas y luego les ofreceremos un gran banquete.

Fueron los concursantes el gran Ajax y el robusto Diómedes, y lidiaron de tal modo que los espectadores pidieron terminara el encuentro y se repartieran los premios; pero Aquiles decidió dar la espada a Diómedes.

Trajo después un trozo de fierro y dijo que bastaría al vencedor del lanzamiento para todo lo que precisara durante cinco años. Sucesivamente participaron varios concursantes y ganó Polipetes.

Aquiles propuso a los arqueros un premio de diez hachas grandes y diez pequeñas. Hizo plantar el mástil de un navío y colgar de una pata a una paloma atada con una cuerda. Las condiciones fueron:

—El que acierte a la paloma se llevará las hachas grandes; el que sólo rompa la cuerda, tendrá las chicas.

El rey Teucer y Merión fueron los competidores, tocándole a Teucer ser el primero; pero no ofreció un sacrificio a Apolo y su flecha cortó la cuerda y dejó libre a la paloma. Los espectadores alzaron un gran clamor; pero Merión se apresuró a coger el arco y, ofreciendo al dios Apolo corderos recién nacidos, disparó la flecha y acertó a la paloma, en lo alto, bajo una de las alas, en la mitad del cuerpo. La flecha vino a clavarse a los pies de Merión, mientras el ave se posaba sobre el mástil, el cuello colgando, las alas abatidas, cayendo muy pronto a tierra.

Por último, el hijo de Peleo trajo una gran lanza y un vaso decorado con flores. Se levantaron los competidores de la jabalina: el Atrida Agamenón y Merión. Al verlos, Aquiles les dijo:

—Bien sabemos, Atrida, que eres el mejor con las flechas. Toma este premio y demos la lanza a Merión, si estás de acuerdo conmigo.

El príncipe de los guerreros, Agamenón, dio su conformidad.

RESCATE DEL CUERPO DE HÉCTOR

Disuelta la asamblea, se dispersaron todos pensando en reparar sus fuerzas. Pero Aquiles siguió llorando a su compañero; daba vueltas en su lecho y recordaba con pena a Patroclo, lo que habían realizado y sufrido juntos, las luchas y las travesías sobre las olas. Vertía gruesas lágrimas, echándose de un lado, de espaldas o boca abajo.

Ya de día, Aquiles unció sus caballos al carro, colgando de la trasera el cuerpo de Héctor, y una vez más lo arrastró alrededor del túmulo de Patroclo; volvió a su tienda sin saber qué hacer y dejó el cadáver fuera, con el rostro en el polvo. Pero Apolo se cuidó de que la piel del muerto no padeciese ultraje y para ello lo cubrió con su escudo de oro.

Los dioses benévolos se compadecían de Héctor, pero Hera, Poseidón y la virgen de los ojos de lechuza seguían odiando a Troya, a Príamo: y a su pueblo; a la duodécima aurora Apolo habló a los inmortales:

—¡Sois crueles y dañosos! ¿No sacrificaba Héctor en vuestro honor bueyes y cabras? Y ahora, muerto, nada hacéis por entregarlo a su gente a fin de que le hagan las honras fúnebres. Ayudáis a Aquiles, incapaz de buenos sentimientos, dominado por ideas feroces; ha olvidado toda compasión y pudor. El que pierde al ser más querido acaba por cesar en sus lágrimas y lamentos, pero Aquiles, después de matar a Héctor, ata su cuerpo al carro y lo arrastra en torno del túmulo del antiguo compañero, sin recibir por ello provecho alguno.

Molesta por esta declaración de Apolo, replicó Hera, la de los blancos brazos:

—Sería indigno de ti otorgar los mismos honores a Aquiles y a

Héctor. Este era un mortal; Aquiles nació de una diosa que yo crié y eduqué, dándola como esposa a Peleo, a quien los inmortales tienen en gran aprecio. ¡Todos vosotros asististeis al matrimonio y tú participaste y tocaste la lira, protector de malvados, pérfido siempre!

Zeus, rector de nubes, contestó:

—¡No te arrebatas, Hera, contra los dioses! Sin duda los dos han de alcanzar iguales honores; pero Héctor era el más querido entre los humanos de Troya; yo también lo prefería, ya que no descuidaba las ofrendas: jamás faltaron ante mi altar los sacrificios y libaciones. No debemos, sin embargo, liberar el cuerpo de Héctor sin que se entere Aquiles; pero si alguno de los dioses llamara a Tetis, yo le diría cómo proceder para que Aquiles aceptara los regalos de Príamo y entregase el cadáver.

Iris fue encargada de llevar el mensaje y llegó a una cueva marina donde se hallaba Tetis llorando la desventura que aguardaba a su hijo, destinado a morir en la tierra troyana, lejos de la patria.

Tetis, la diosa de los pies de plata, contestó:

—¿Por qué me llama el dios? Me siento abrumada por las penas. Pero iré a verlo y ojalá no sea inútilmente.

Cogió un velo de color oscuro y partió llevada por Iris. Cuando llegaron a la orilla ascendieron ágilmente al cielo. Tetis se acomodó junto al padre Zeus y Hera le puso en la mano una hermosa copa de oro, que Tetis devolvió luego de beber.

No tardó Zeus en confiarle su deseo:

—Baja al campamento y dile a tu hijo Aquiles que los dioses están descontentos de él y que yo mismo no puedo contener mi irritación al ver que retiene el cuerpo de Héctor en vez de devolverlo. Veremos si me tiene algún respeto. Por otra parte, Iris visitará a Príamo para que ayude, llevando al divino Aquiles regalos que calmen su ira.

La diosa Tetis descendió de un salto desde las cimas del Olimpo y llegó a la tienda de su hijo, entregado como siempre a los lamentos. La venerable madre se sentó cerca de Aquiles, lo acarició y dijo:

—¿Hasta cuándo, hijo mío, sollozas y sufres, sin buscar olvido a la pena en la dulce compañía de una mujer? Piensa que la vida tuya no va a ser ya larga; se acercan la Muerte y el Destino.

Al comunicarle su madre el encargo de Zeus, Aquiles dijo:

—Si lo dispone el Olimpo, que traigan el rescate y se lleven el cadáver.

El hijo de Cronos dio a Iris la orden de visitar a Príamo, a quien halló entre gritos de dolor. Sus hijos lloraban y rodeaban al padre, que se abrigaba con un manto y tenía la cabeza llena de basuras, por haberse revolcado en el suelo.

Iris habló en voz baja y el anciano se echó a temblar:

—Tranquilízate, Príamo. Vengo enviada por Zeus, quien se cuida y apiada de ti. Te invita a llevarle a Aquiles presentes que suavicen su cólera y hagan que te entregue el cadáver de Héctor. Debes ir solo, sin que te acompañe más que un viejo heraldo para guiar los mulos y el carro que traerá el cuerpo.

Comunicado el mensaje, se retiró Iris y Príamo ordenó a los hijos que prepararan la marcha, mientras él bajaba a una cámara del palacio donde guardaba muchas joyas.

Llamó a su mujer y le comunicó lo que pensaba hacer. Hécuba, deshecha de dolor, le contestó:

—¡Pobre de mí! ¿Dónde tienes aquel buen sentido, famoso entre los extranjeros y para todos? ¿Cómo quieres ir solo y desafiar la mirada del hombre que ha matado a tus hijos? ¡ Si llega a verte, no habrá piedad para ti! Conformémonos con llorar a Héctor de lejos y resignémonos a que se cumpla el destino fijado desde la hora del nacimiento, que es el de saciar a los perros, lejos de los padres, en la casa de un hombre ¡cuyo hígado ojalá pudiera yo devorar!

El anciano Príamo respondió:

—No trates de retenerme y no seas un ave de mal agüero; no podrás convencerme. Si hubiera sido el mensajero un ser humano, un adivino, un intérprete o un sacerdote, no le haríamos caso; pero yo he oído a la diosa y la he visto.

Príamo sacó una docena de hermosísimos velos, otra de mantos sencillos, otras tantas alfombras, doce vestidos blancos y doce túnicas. Luego pesó doce talentos de oro, agregó dos trípodes, cuatro calderas y una copa, regalo de los tracios cuando fuera a su país como embajador.

Después llamó a los otros hijos y les recriminó su cobardía, lamentando no hubiesen muerto en lugar de Héctor; eran mentirosos, amigos de danzar, buenos para cantar y para robar corderos y cabritillos. Los jóvenes se apresuraron a sacar las mulas y uncirlas al carro, donde colocaron el rescate que iba a liberar el cuerpo de Héctor. Trajeron después los caballos.

Hécuba, apenada, se acercó con una copa llena de vino, dulce como la miel, para que Príamo ofreciera una libación pidiendo la benevolencia de Zeus. Príamo recibió; de la esposa la copa y en medio del patio derramó lentamente el vino, la mirada dirigida al cielo, y dijo:

—Padre Zeus, glorioso y grande, ojalá Aquiles me reciba como huésped digno de compasión; envíame al mensajero tuyo preferido, y que llegue del lado derecho para que, al verlo, me dé confianza.

Zeus le envió un águila, una de las llamadas “negruzcas” por su color. Sus alas eran como la puerta de una habitación de techo alto y casa rica. El ave se apareció en la dirección favorable y eso les alegró y entono su ánimo.

Cuando entraban los caminantes en la llanura, Zeus, volviéndose a su hijo Hermes, le dijo:

—Gustas, Hermes, de acompañar a los humanos y deseo que guíes a Príamo hacia los navíos aqueos, de modo que ningún dánao lo vea hasta que llegue a presencia del hijo de Peleo.

El mensajero se acomodó en los pies las divinas alas de oro, que lo llevaban como el viento sobre el agua y la tierra; tomó la varita con que adormece o despierta a los hombres, y llegó al país troyano y al Helesponto, donde continuó la marcha, con el aire de un príncipe a quien empieza a salir el bozo y cuya juventud desborda gracia.

Príamo y el heraldo pasaron la gran tumba de Ilo e hicieron alto, pues ya venía la noche. En ese momento se apareció Hermes. El heraldo se apresuró a comunicar a Príamo su sorpresa:

—¡Atención, hijo de Dárdano! Veo a un hombre que no traerá buenas intenciones y dará pronto cuenta de nosotros. Huyamos o echémonos a sus pies, suplicándole piedad.

El anciano se alteró hasta el punto de parársele los pelos del cuerpo y quedó paralizado; el benéfico Hermes se acercó y tomándole una mano le preguntó:

—¿A dónde guías estos caballos y mulos cuando duermen los otros hombres? ¿No temes a los aqueos, tus enemigos, próximos a este lugar? Si alguno te viese caminar en la noche con tantas riquezas, ¿qué harías? No eres joven y te acompaña un viejo; pero tranquilízate. No te haré daño alguno y te defenderé contra cualquiera; me recuerdas, por el parecido, a mi padre.

El anciano Príamo, semejante a un dios, contestó:

—Sin duda, hijo mío, algún dios continúa protegiéndome y ha enviado a mi encuentro a un caminante benévolo como tú.

El mensajero le respondió:

—Es cierto todo lo que dices; pero háblame con franqueza: ¿llevas tus tesoros a un lugar secreto para tenerlos seguros? ¿O abandonas Troya atemorizado por haber perecido tu hijo?

El anciano Príamo contestó:

—¿Pero quién eres tú y quiénes son tus padres? ¿Qué grato para mí oírte hablar de mi infortunado hijo!

El mensajero añadió:

—Tuve ocasiones de verlo en la batalla, sobre todo cuando perseguía a los argivos. Lo admirábamos desde nuestras posiciones inactivas; Aquiles, irritado contra el Atrida, nos impedía luchar. Pertenezco a los mirmidones, y mi padre, Polictor, es hombre rico y de avanzada edad, como tú. Tiene siete hijos, soy el último y la suerte decidió que siguiese al ejército.

El anciano Príamo contestó:

—Si eres un servidor del hijo de Peleo, dime la verdad: ¿yace aún mi hijo cerca de las naves o Aquiles lo echó a los perros?

El mensajero respondió:

—Hasta ahora no lo han devorado perros ni aves.

Doce auroras han pasado ya y su cuerpo no se corrompe ni lo comen los gusanos. Todas las mañanas Aquiles lo arrastra alrededor del túmulo de Patroclo sin que logre desfigurarlo. Te admirarías de lo perfectamente conservado que sigue. Así cuidan los dioses de tu valeroso hijo

El anciano, complacido, contestó:

—Hijo, es cosa buena honrar a los inmortales con ofrendas, y jamás mi hijo olvidó a los inmortales del Olimpo; por esto se cuidan de él. Ahora te pido aceptes este hermoso vaso, rogándote me saques de cualquier peligro y con ayuda de los dioses me guíes hasta llegar a presencia del hijo de Peleo.

El mensajero respondió:

—Me pones en situación difícil ofreciéndome ese regalo sin que lo sepa Aquiles; pero te acompañaré hasta la célebre Argos, sin que debas temer peligro alguno.

El mensajero subió al carro y comunicó a los caballos y mulas una gran celeridad en la marcha, llegando pronto cerca del foso y del muro que protegía a los navíos en tierra; los centinelas comenzaban a preparar su cena. El mensajero adormeció a los centinelas y abrió las puertas haciendo pasar a Príamo con los regalos, encontrándose luego ante la tienda de Aquiles, que los mirmidones habían hecho con troncos de abeto y una cubierta de ramas cortadas en una pradera. Alrededor había un gran patio cerrado con estacas. Sujetaba la puerta una enorme barra de abeto, tan pesada que era necesaria la fuerza de tres aqueos para moverla; Aquiles se bastaba solo para ponerla y quitarla. El benéfico Hermes la abrió para el anciano y facilitó la entrada de los presentes destinados al rápido hijo de Peleo. Después saltó al carro y dijo a Príamo:

—Soy, anciano, un inmortal enviado para servirte de guía; soy Hermes y me voy antes de llegar frente a Aquiles; sería una falta en un dios mostrarse tan cuidadoso de los hombres. Pero tú entra, abraza las rodillas del hijo de Peleo y suplícale en nombre de su padre, de su madre y en el de su hijo, para así moverle el corazón.

Hermes retornó al ancho Olimpo y Príamo bajó del carro, dirigiéndose a la tienda donde Aquiles podía estar; lo encontró con sus compañeros, sentado aparte. Sin que nadie lo viera, y acercándose al valeroso Aquiles, se abrazó a sus rodillas y le besó las manos, manos terribles y mortíferas que habían abatido a muchos de sus hijos. Aquiles se sorprendió al ver su aspecto divino y también los demás presentes.

Entonces Príamo habló así:

—¡Acuérdate de tu padre, Aquiles, igual a un dios! Es de mi edad y los dos estamos en el umbral de la vejez.

Él tiene la alegría de saber que vives y sabe que puede esperar la llegada de su hijo. Otro es mi infortunado caso. De mis mejores hijos no me queda uno solo. Tenía cincuenta, diecinueve de la misma madre, otros nacidos de mujeres del palacio. La mayor parte fueron víctimas de Ares, y al que yo estimaba más que todos lo has matado tú cuando defendía a su patria: Héctor. Por él vengo ahora y traigo un gran rescate. Respeta, Aquiles, a los dioses y apiádate de mí. Soy más digno de compasión porque he tenido que hacer lo que nadie ha hecho: besar la mano del que mató a su hijo.

Aquiles se conmovió por la alusión a su padre. Apartó suavemente al anciano y en ese momento se sintieron los dos unidos por el recuerdo de los muertos: el uno por el del valeroso Héctor, el otro por el de Patroclo.

Sus sollozos invadieron el lugar. Y cuando Aquiles hubo llorado bastante, se levantó y levantó al anciano, y le dirigió estas palabras:

—Te han perseguido las desgracias, es cierto, pero, ¿cómo te has atrevido a venir hasta las naves aqueas y presentarte a mi, que maté a tantos hijos tuyos? Siéntate y procuremos calmar nuestro dolor, pues de nada sirven los lamentos.

Luego Aquiles se refirió a los bienes que los dioses habían dado a su padre y a los sufrimientos que había traído a Príamo.

Príamo contestó:

—No me hagas sentar en tanto mi hijo Héctor yace abandonado. ¡Devuélvemelo, que lo vean mis ojos! Y recibe el rescate que te traigo y mi deseo de que llegues a tu patria; has respetado mi vida.

Mirándolo airado, Aquiles dijo:

—No alientes mi irritación; tengo decidido devolverte a Héctor. Mi propia madre ha venido a pedírmelo, y a ti, no me lo niegues, te ha guiado un dios, pues ningún humano se hubiera atrevido a llegar aquí: los guardianes no dejarían de verlo y no tendría fuerzas para sacar la barra de las puertas.

Príamo calló, mientras el hijo de Peleo saltaba fuera de la tienda, seguido de dos servidores que desengancharon los caballos y las mulas. Seguidamente recogieron el inmenso rescate, dejando dos mantos y una túnica para envolver el cuerpo de Héctor. Aquiles ordenó a las esclavas que lavasen el cadáver, pero en otro sitio.

Preparado el cuerpo de Héctor y depositado en un lecho, Aquiles, sollozando, dirigió al otro guerrero yacente estas palabras:

—Patroclo, no vayas a enojarte conmigo porque he entregado al padre de Héctor el cadáver de su hijo. Ha traído un rescate del que tendrás la parte que te corresponde.

Aquiles invitó a Príamo a tomar algún alimento y con tal propósito degolló un carnero blanco que sus compañeros prepararon convenientemente, cortándolo en trozos que pusieron al fuego en asadores. Automedonte se ocupó del pan, que llevó a la mesa en pequeños cestos; Aquiles distribuyó las viandas. Príamo admiraba al divino Aquiles, de hermosa figura, y este mostraba también su admiración por la presencia del visitante.

Habló luego el anciano Príamo:

—Dame un lecho para que me acoja al sueño. Desde que tus manos quitaron la vida a mi hijo, no se han cerrado mis ojos y no he

cesado de sollozar. Hoy, por primera vez desde entonces, he tomado alimento.

Aquiles ordenó se dispusieran lechos con paños de color de púrpura, mantas para abrigarse y cubiertas. Las esclavas hicieron rápidamente dos lechos. Aquiles dijo entonces a Príamo:

—Anciano querido, acuéstate fuera; puede llegar algún aqueo y verte en la oscura y breve noche e ir a contárselo a Agamenón; esto retrasaría la entrega del cadáver. Dime cuántos días necesitas para los funerales de Héctor; estaré quieto ese tiempo y también lo estará nuestro ejército.

Príamo respondió:

—Si consientes, Aquiles, en que celebre los funerales de Héctor, me darás gran satisfacción. Lloraríamos a Héctor durante nueve días, lo enterraríamos al día décimo, y celebraríamos ese mismo día el banquete; al undécimo levantaríamos la pira y al duodécimo volveríamos a pelear.

Aquiles le contestó:

—Se hará como deseas, anciano Príamo. Y le tomó, la muñeca derecha, señal de que nada debía temer.

Príamo y el heraldo se acostaron a la entrada y Aquiles lo hizo en el fondo de la tienda; a su lado se tendió Briseida.

Los caudillos y los jinetes descansaron toda la noche, pero Hermes no podía dormirse: buscaba el medio de sacar de allí a Príamo. Llegó hasta el anciano e inclinándose le dijo:

—Veo que no te inquieta el peligro, pues has conseguido que te devuelvan a tu hijo a cambio de un gran rescate; pero debes pensar que tus gentes tendrían que pagar tres veces más si cayeras en manos de Agamenón y de los aqueos.

El anciano tuvo miedo e hizo que se levantara el heraldo. Hermes enganchó los caballos y mulas y los llevó fuera sin que nadie los reconociese. Cuando llegaron al vado del río Escamandro, Hermes partió hacia el Olimpo y Príamo y el heraldo avanzaron hacia la ciudad con el

cuerpo de Héctor. Nadie, ningún hombre ni mujer de hermosa cintura los advirtió hasta que Casandra vio a su padre de pie en el carro y vio el cadáver de Héctor en otro carro. Emocionada, comenzó a dar alaridos:

—¡Venid, troyanos y troyanas, y veréis a Héctor!

Cerca de las puertas los curiosos encontraron a Príamo trayendo el cuerpo del guerrero. La esposa de Héctor y su madre se arrancaban los cabellos y corrieron hacia el carro, donde tocaron la cabeza del muerto, rodeadas de una muchedumbre que lloraba. Todo el día se habrían quedado entregadas al lamento, si el anciano no hubiera dicho al pueblo:

—Dejad que las mulas sigan.

Abrieron paso al carro. Ya en el palacio, pusieron el cuerpo en un lecho y los cantores guiaron las lamentaciones de las mujeres, entre ellas Andrómaca, que lloró teniendo en las manos la cabeza de Héctor:

—Marido mío, has perdido la vida y me dejas viuda en el palacio, cuando es muy pequeño aun el hijo que tú y yo hemos traído a la vida. Temo no llegue a la adolescencia; antes será destruida la ciudad, ya que ha desaparecido el defensor que la libraba de dificultades. Serán llevados todos en las naves, yo entre ellos, y tú, hijo mío, tendrás que seguirme a un país donde trabajarás para un duro amo irritado, porque Héctor abatió a un hermano, a un padre o a un hijo. Y por esto lo lloran las gentes y son inexpresables los duelos que causas, Héctor, a tus padres. A mí solo me quedan dolores y tristezas; no pudiste tenderme los brazos al morir y darme consejos que pudiera recordar entre lágrimas.

Así hablaba Andrómaca, sollozando; también Hécuba declaró sus lacrimosas quejas:

—Héctor, el más querido de mis hijos, amado de los dioses, que te cuidaron hasta en la muerte. Aquiles vende a los que aprisiona; pero a ti, después de haberte arrancado el alma, te arrastró una y otra vez alrededor de la tumba de Patroclo, a quien habías muerto. Ahora yaces en nuestra morada, como un guerrero que Apolo acabara de matar con sus flechas.

Helena fue la tercera de las mujeres:

—Héctor, ojalá hubiera muerto yo antes que me trajeran a Troya. Hace veinte años que vivo aquí y en ese tiempo jamás te oí una palabra molesta o dura, y si alguien me censuraba, tú sabías contener su enojo con tus suaves palabras. No tengo ya en la tierra troyana a nadie amable para mí o que me muestre su amistad; todos me odian.

El viejo Priamo dijo a los soldados:

—Traed leña y no temáis emboscadas de los argivos, pues Aquiles dio orden de no realizar actos hostiles antes de la duodécima aurora.

Los soldados uncieron bueyes y mulos y durante nueve días se ocuparon en llevar leña; cuanto se acercaba la aurora décima, condujeron el cuerpo de Héctor y lo pusieron en lo alto de la pira y le prendieron fuego.

Al aparecer la Aurora con dos dedos de rosa, procedieron a extinguir la hoguera con vino en los sitios en que el fuego había tomado demasiado vuelo. Los hermanos y compañeros de Héctor recogieron los huesos y llorando los guardaron en una urna de oro. Hecho esto, enterraron la urna en una fosa tapada con grandes piedras juntas y abundante tierra. Alrededor pusieron centinelas por miedo a que los aqueos atacaran antes de terminarse el plazo fijado. El banquete ritual unió a todos en la morada de Príamo, y éstos fueron los postreros honores tributados a Héctor, domador de caballos.